

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales



Tesina de grado

Carrera de Ciencia Política. Orientación Análisis Político

Los movimientos sociales y la economía solidaria: El caso de la Red de Comercio Justo del Litoral

Alumna: Paula A. Rosés

Legajo: R-1218/1

e-mail: paulaandrearoses@hotmail.com

Cel.: (0341) 153279278

Directora: Dra. Ruth Sosa

Rosario, Mayo de 2015

Dedicatoria

A Mauricio, quien con su ejemplo me enseñó a resistir en las condiciones más difíciles, en las situaciones más adversas.

Agradecimientos

A mi familia, por el apoyo incondicional que me han brindado siempre, por tener las palabras justas, por creer en mí y hacerlo saber a cada instante.

A Ruth, por toda la paciencia, dulzura y compromiso brindados a lo largo de la investigación que me permitieron concluir hoy en estas páginas. Por alentarme y no permitirme nunca bajar los brazos.

A la cátedra de Sociología Política, por ayudarme a crecer en mi carrera, invitándome a participar en distintos espacios y a dar mis primeros pasos en la docencia y en la investigación.

A mis amigos de la Facultad, por todos aquellos días de estudio, por aquellas charlas, discusiones y momentos compartidos que quedarán siempre, como huellas imborrables, en mi memoria.

A mis amigas de la secundaria, por tratar de entenderme y apoyarme en todas mis elecciones. Por la sinceridad, por todas las alegrías y aquellas diferencias que se cristalizan en el tiempo.

A las organizaciones sociales entrevistadas, por permitirme entrar en el universo de la economía solidaria compartiendo su historia. Y especialmente, por tratar de dejarnos un mundo más justo.

Resumen

La economía solidaria —entendida como un movimiento heterogéneo, comprendido por nuevas formas asociativas y de trabajo autogestivo— inscribe su aparición en un campo de acción histórico determinado, el de la última década del siglo XX. En Argentina, los actores de la sociedad civil y los sectores populares encontraron respuestas a la profunda crisis económica en la cual estaban inmersos a través de las distintas iniciativas de gestión.

En este trabajo se considera la economía solidaria como “un proceso abierto” —es decir, que se caracteriza por estar en permanente construcción—, cuyos participantes apuestan a generar y construir lógicas y relaciones económicas más equitativas.

La actual proliferación de tales formas asociativas ha permitido a los movimientos sociales generar distintas redes de contención para los sectores más vulnerables, las cuales, a su vez, han posibilitado nuevas formas de sociabilidad, de vínculos socioculturales e identidades.

Nuestro trabajo se propone analizar las estrategias de comercialización que son promovidas “desde abajo y para los de abajo”. Se parte del supuesto de que, en la economía solidaria, los actores compiten en una situación de desigualdad frente al mercado tradicional; por lo tanto, los distintos espacios de comercialización alternativos tienen un lugar preponderante para comprender la perdurabilidad de dichas experiencias. Esta situación lleva a indagar acerca de las diferentes acciones emprendidas en este sentido por los actores de la economía solidaria, para lo cual se aborda la experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral.

Palabras claves: Economía solidaria. Comercio Justo. Movimientos sociales. Red de Comercio Justo del litoral.

Índice de contenidos

Introducción.....	6
Capítulo 1. Abordaje de las diferentes conceptualizaciones y perspectivas teóricas sobre el universo heterogéneo de las experiencias autogestivas.....	10
1.1. La perspectiva europea de la Economía Social.....	12
1.2. Apuntes sobre la concepción de “el Tercer Sector”.....	15
1.3. Algunos aspectos claves sobre la corriente latinoamericana.....	18
1.3.1. La concepción de Economía del Trabajo.....	20
1.3.2. Economía de la solidaridad.....	21
1.4. Principales similitudes y divergencias en las vertientes latinoamericanas.....	23
1.5. A modo de síntesis.....	27
Capítulo 2. Una aproximación al contexto político, económico y social de las experiencias de economía social y solidaria en la Argentina.....	32
2.1. Las transformaciones en la década del noventa. Algunas tendencias globales.....	34
2.2. Las transformaciones en el escenario a nivel nacional. El proceso de reformas estructurales.....	37
2.3. Un punto de inflexión. La crisis de diciembre de 2001.....	45
2.4. La gestión kirchnerista y su intervención en el movimiento de economía social y solidaria.....	49
2.5. A modo de síntesis.....	54
Capítulo 3. Un abordaje al territorio de la Economía solidaria. La experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral.....	58
3.1. Introducción a las redes de comercio justo.....	58
3.2. Las redes de comercio justo en Argentina y Latinoamérica.....	60
3.3. Caracterización de las organizaciones de la Red de Comercio Justo del Litoral.....	64
3.4. Los comienzos de la Red: experiencias y sujetos.....	68

3.5. Las prácticas colectivas en la red. Las ferias, los encuentros entre organizaciones y consumidores, y los nodos solidarios de distribución y comercialización.....	72
3.6. Principales desafíos y estrategias.....	79
3.7. Las organizaciones de la Red de Comercio Justo del litoral y su relación con el Estado.....	82
3.8. Los movimientos sociales, la economía social y las políticas públicas.....	88
3.9. A modo de síntesis.....	92
Capítulo 4. Conclusiones y reflexiones finales.....	95
Referencias bibliográficas.....	103

Índice de figuras

FIGURA I. MAPA DE LA RED DE COMERCIO JUSTO DEL LITORAL.....	71
FIGURA II. MAPEO DE LOS VÍNCULOS DE LA RED DE COMERCIO JUSTO DEL LITORAL.....	81

Introducción

La presente investigación focaliza su área de estudio en el universo de la economía solidaria; se trata de un movimiento heterogéneo que engloba diferentes experiencias de autogestión, en las cuales la producción y la organización tienen un espíritu comunitario. Comprende, asimismo, una multiplicidad de interacciones que desarrollan prácticas y concepciones alternativas; además de albergar una gran diversidad de experiencias, algunas incluso antagónicas entre sí. En tal sentido, la economía solidaria se encuentra atravesada por un gran debate teórico respecto a su definición, prácticas y alcances.

Se considera que dichas prácticas de autogestión surgen como respuestas proactivas de los sectores populares y los movimientos sociales; en particular, nacen de un fuerte rechazo a la situación de desigualdad estructural de recursos y poder en que están inmersas una gran cantidad de personas. Por este motivo, su emergencia está muy ligada a los contextos de crisis.

Estos emprendimientos no se encuentran en condiciones de competir de forma igualitaria frente a la lógica del mercado tradicional y sus reglas, pues entran en disputa con productos que no incorporan en sus precios los costos sociales y ambientales que han tenido. Allí radica la importancia de los distintos mecanismos de contención que generan los movimientos sociales; por ejemplo, los circuitos de comercialización alternativos, que cumplen un papel relevante en la supervivencia de muchas experiencias autogestivas.

El presente análisis se centra, particularmente, en el caso de la Red de Comercio Justo del Litoral, a fin de interpelar las prácticas e instituciones que sostienen dicha experiencia. El principal interrogante que guía esta investigación gira en torno al modo de interacción que, con el objeto de mejorar las condiciones de sus emprendedores, presentan las distintas organizaciones del movimiento de economía social. De este interrogante se desprenden otros más específicos, a saber: ¿cómo interactúan las organizaciones entre ellas y con los distintos emprendedores?; ¿cuáles son las condiciones sociales, económicas y políticas que limitan o posibilitan su accionar?; ¿a qué problemáticas buscan responder y cuáles dejan fuera?; ¿cómo ha evolucionado el funcionamiento de la red en los últimos años?; ¿cómo han visualizado sus integrantes las transformaciones de la mirada estatal sobre la economía social y de qué forma se han posicionado ante ello?

Para abordar dichos aspectos del fenómeno estudiado y aproximarse al análisis de la

realidad en la que están inmersos los actores de este movimiento, se hace necesario considerar el debate actual con respecto a las distintas perspectivas de la economía solidaria y posicionarse bajo determinados parámetros.

Existe una amplia bibliografía sobre las variadas experiencias autogestivas y se han hecho contribuciones desde diferentes vertientes. Resaltan los amplios aportes de autores como Razeto, Coraggio, Laville, Hintze, Guerra, Singer, Defoumy, Monzon, De Melo Lisboa, Nosetto, Quijano y Gaiger. No obstante, hay muy pocos estudios que tengan como foco de análisis la relación entre los movimientos sociales y la economía solidaria. En este sentido, cabe destacar las contribuciones de Palomino, Amaral Marques, Zibechi, Porto-Goncalves y De Piero.

En el presente trabajo se realiza una aproximación a este aspecto poco explorado. Con tal propósito, resultó indispensable recurrir a una amplia literatura sobre movimientos sociales y organizaciones. A ese respecto, cabe indicar que tienen especial relevancia las herramientas que, para acercarse a los actores de la economía solidaria, brindan autores como Jelin, Touraine, Melucci, Tobio, Ocampo Banda, Svampa Porto-Goncalves.

Gran parte de la bibliografía consultada señala que los nuevos movimientos sociales se caracterizan por su heterogeneidad y por producir una multiplicidad de estrategias a través de prácticas originadas “desde y para los de abajo”. Éstas se encuentran vinculadas a la defensa de derechos y demandas específicas que —aun tratándose de derechos legalmente reconocidos— requieren de una intervención constante para garantizar su cumplimiento.

Otro atributo distintivo de los movimientos sociales es la creatividad con la que construyen soluciones para las problemáticas específicas que surgen en los diversos territorios. Por otra parte, se hace indispensable remarcar la originalidad con la que dichos movimientos intentan situar sus demandas en la agenda pública y presionar a distintos actores con el objeto de promover iniciativas que las atiendan. Para comprender el accionar y la incidencia de estos movimientos en las instituciones políticas retomamos especialmente los aportes de Porto-Gonçalves (2001): “Todo movimiento social se configura a partir de aquellos que rompen la inercia y se mueven, es decir, cambian de lugar, rechazan el lugar que históricamente estaban asignados dentro de una determinada configuración social, y buscan los espacios de expresión” (p. 81).

Desde hace varias décadas, los movimientos sociales han venido observando y

denunciando el problema de la profundización de la brecha social, el aumento de la pobreza y la desocupación. No obstante, sus características, sus prácticas territoriales y las formas de realizar los reclamos se han modificado según el contexto político, social y económico. En esta investigación, se afirma que el desarrollo de las distintas experiencias de economía solidaria es, en efecto, una de las estrategias desplegadas para hacer frente a esa problemática.

A lo largo de la presente análisis se retoman estas cuestiones teóricas; no obstante, queremos señalar que el trabajo de campo tiene aquí un lugar central y acompaña todo el proceso desde sus inicios.

A partir de la delimitación del área de estudio, tienen lugar los encuentros con diversos actores de la economía social. Por un lado, se realizan entrevistas a funcionarios públicos del ámbito nacional, provincial y municipal vinculados a la promoción de la economía social en diferentes agencias: Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Santa Fe y la Subsecretaría de Economía Solidaria del municipio de Rosario.

Por otro lado, al determinar el objetivo específico de este estudio, se iniciaron los diálogos con militantes sociales de gran trayectoria y formación en el área y, especialmente, con los integrantes de la Red de Comercio Justo del Litoral. En este caso, además de realizar entrevistas, se participa en distintas actividades que llevan a cabo en sus espacios.

En este trabajo, se sostiene que el conocimiento no se produce de manera aislada, sino que es un producto social, y por ello puede decirse que estas páginas han sido elaboradas, bajo esa consigna, de forma dinámica, mediante la interacción con los distintos actores y el aporte del respaldo bibliográfico; el encuentro con los actores ha propiciado, sin duda, un gran enriquecimiento a nuestra investigación.

Esta exposición ha sido organizada en cuatro capítulos, con el objeto de abarcar de un modo más integral el movimiento de la economía social y el desarrollo de los objetivos planteados en nuestro estudio.

En el primer capítulo, se realiza una aproximación a las diferentes concepciones y denominaciones de esta “otra economía” y se identifican los principales nudos del debate en torno a la delimitación conceptual. No obstante, la problemática de las diferentes denominaciones adoptadas no se postula como un aspecto exclusivo del debate académico, sino que se indaga su implicancia en los diversos territorios y para los distintos actores de la

economía solidaria.

En el segundo capítulo, se propone una aproximación al contexto político, económico y social en el cual han emergido las experiencias de economía social en Argentina. A este respecto, se considera indispensable hacer alusión a los antecedentes y condiciones sociohistóricas de la conformación del movimiento; especialmente, las transformaciones en la última década del siglo XX posibilitaron el surgimiento de nuevos actores de la sociedad civil, los cuales “inventaron” nuevas soluciones al problema de la pobreza, la exclusión y la vulnerabilidad social. Si bien una gran variedad de secuelas de las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales de los años noventa siguen presentes, no se desconoce la importancia de algunos cambios que se sucedieron con posterioridad a 2001. En este sentido, existen ciertas modificaciones en el abordaje estatal de lo social y, específicamente, en la gestión de las políticas públicas para la economía social y solidaria que resulta indispensable retomar aquí. Estas políticas se han transformado en herramientas que los distintos actores se han reapropiado y, en diversos casos, incluso han contribuido al desarrollo de diferentes experiencias autogestivas.

En el tercer capítulo, se realiza una aproximación al campo de la economía solidaria. Para ello, se efectúa un acercamiento a los territorios a través del diálogo con los distintos actores, junto con recorridas por los emprendimientos y lugares de comercialización, a fin de interpelar los distintos saberes, problemáticas y acciones. Mediante las entrevistas en profundidad, se indaga acerca de las problemáticas de la economía solidaria y se analizan las diferentes planificaciones y tácticas que han ejecutado las organizaciones de la “otra economía” para mejorar la situación de los emprendedores y de las distintas experiencias de autogestión. Se analiza el caso particular de la Red de Comercio Justo del Litoral y sus estrategias para responder a las dificultades en que están inmersos los actores de la economía solidaria.

Finalmente, en el cuarto capítulo, se ofrecen algunas reflexiones que han sido elaboradas durante el transcurso de esta investigación y se proponen nuevos interrogantes en torno a los futuros abordajes de este fenómeno, con la perspectiva de contribuir a un mayor desarrollo del tema.

Capítulo 1

Abordaje de las diferentes conceptualizaciones y perspectivas teóricas sobre el universo heterogéneo de las experiencias autogestivas

Definir las experiencias autogestivas¹ es una tarea ardua y difícil, dada la multiplicidad de enfoques, abordajes y denominaciones existentes en torno a este fenómeno. En consecuencia, al acercarnos al campo, encontramos diversos conceptos provenientes de distintas corrientes y perspectivas teóricas, tales como: otra economía, economía social, economía social y solidaria, economía popular, economía del trabajo, socioeconomía solidaria, que intentan abarcar el universo, de por sí muy heterogéneo, de las iniciativas autogestivas.

Además, la utilización de dichos conceptos como sinónimos, o la preferencia de distintos autores por uno u otro término en diferentes momentos, complejizan aún más su abordaje. Pablo Guerra sostiene que ello se debe a la necesidad de los teóricos —quienes al mismo tiempo articulan sus conceptualizaciones con diversos actores y territorios— de considerar y ponderar, en cada momento, distintos puntos nodales de la discusión terminológica.

El debate necesariamente pasa a considerar aspectos tácticos y estratégicos, aspectos políticos e históricos, además de los puramente técnicos. En este sentido, si bien desde el punto de vista de mis elaboraciones teóricas prefiero la denominación “socioeconomía solidaria”, ciertamente a la hora de elaborar políticas públicas o a convocar eventos académicos, hemos preferido otras denominaciones. (Guerra, 2007, p. 21)

Para realizar una aproximación inicial a este tema, hay que tener en cuenta que todas las palabras están colmadas de sentidos y que la economía social no es sólo un modo de

¹ En esta investigación se entiende por “autogestión” a las distintas prácticas sociales orientadas al trabajo, que están en un proceso de permanente construcción y creación. Se trata de distintos emprendimientos que se caracterizan por tener autonomía de gestión y por hacer primar en su organización a las personas y el trabajo, antes que el capital. Además, dichas prácticas generan nuevos vínculos sociales y subjetividades.

entender la economía, sino también la sociedad. Asimismo, resulta de gran relevancia considerar cómo se definen los propios actores, ya que el movimiento de economía social (o economía solidaria) es un colectivo en busca de una identidad que no se debe definir por su condición o por su carencia, sino por su práctica, por su generación de lazos sociales, por su intención de democratizar al mercado.

En otras palabras, el tema de la denominación es una cuestión profunda, no se trata de una mera discusión formal, es un debate de contenido. El modo de nombrarse hace a la identidad de los distintos actores, y esto implica que es la manera en que cada uno se hace presente y es reconocido por los demás. En tal sentido, si se sostiene que el nombre es parte de la identidad —la cual está en permanente construcción—, entonces está condicionado por nuestro pasado, presente y futuro.

El debate sobre cómo nombrar las experiencias de autogestión que se enmarcan dentro del movimiento de la economía social nunca estará cerrado, ya que las posibilidades de sostener la opción por un nombre adecuado dependerán de la historia y del futuro de estos movimientos, es decir, de cómo estas experiencias sigan creciendo o desarrollándose en determinado contexto histórico. En consecuencia, resulta evidente la necesidad de conocer las distintas argumentaciones e ideas en torno a su definición, ya que existen diferentes interpretaciones teóricas de aquellos fenómenos económicos, políticos, culturales y sociales que se enmarcan dentro del universo de economía social o solidaria.

De acuerdo con este planteo, se hace mención, por un lado, a la corriente europea de Economía Social, y por otro, a la vertiente latinoamericana en sus diferentes variantes, sin perder de vista que las categorías y conceptos que las inscriben están permeados por las distintas características que remiten a las particularidades de cada territorio (sociales, económicas, políticas, culturales) y a las particulares dinámicas locales y regionales.

Si bien en este apartado no se propone un abordaje exhaustivo de cada una de estas corrientes —ya que ello excedería los objetivos de la presente investigación—, es indispensable, no obstante, retomar algunas cuestiones conceptuales centrales con el fin de aproximarse e intentar un análisis de los distintos actores de la economía social. Por otra parte, en este trabajo se considera que quizá no haya un nombre o perspectiva teórica que pueda abarcar de forma unánime a todos los diferentes actores de esta “otra economía” con sus prácticas y lógicas. Lo cual no implica, sin embargo, que no se pueda encontrar un concepto que nos permita analizar las experiencias autogestivas en determinado momento

histórico, según las distintas situaciones, actores y tensiones en pugna.

1.1. La perspectiva europea de la Economía Social

Ocuparnos del pensamiento sobre la otra economía nos lleva a situarnos en la amplia tradición de la perspectiva europea, la cual se remonta al siglo XIX. La categoría de economía social tiene una larga historia; se la puede encontrar ya en los escritos de Charles Gide,² en 1883, pero, fundamentalmente, esta “otra economía” es inseparable de la historia del movimiento obrero en Europa y, dentro de ella, se encuentra vinculada de manera especial a la tradición mutualista y cooperativista.

Mientras avanza el proceso de industrialización en Europa y trae aparejadas terribles condiciones de trabajo, también empieza a surgir, como reacción a ello, una amplia actividad de solidaridad obrera. Se dan así los pasos iniciales del movimiento obrero, que lleva a cabo las primeras huelgas para exigir la reducción de la jornada laboral, mejoras en las condiciones de trabajo y salariales, etc. Además, comienzan los vínculos intergremiales, que buscan fortalecer e integrar la lucha y la resistencia de los obreros.

En este marco, surgen las primeras experiencias de cooperativas y mutuales, popularmente conocidas como “sociedades de resistencia”, “socorros mutuos” y/o “sociedades fraternales”, para paliar aspectos de la cuestión social³ de aquella época. Los fondos que las mismas generaban eran utilizados, en principio, para cubrir situaciones peculiares, como casos de enfermedad, desocupación, etc.

² Charles Gide (1847–1932) fue un importante economista francés, profesor de las Universidades de Burdeos, Montpellier de París y del Colegio Cooperativo de Francia. Fue el primer teórico en utilizar la denominación “economía social” en los círculos académicos.

³ Remitir a la cuestión social era hablar de un concepto gestado en Europa, mucho más abarcador y complejo que la referencia a la cuestión obrera. Involucraba las consecuencias laborales, sociales e ideológicas de la industrialización y la urbanización nacientes. Específicamente, apuntaba a los problemas laborales, a la pobreza, a la criminalidad, a la prostitución, a las enfermedades, a las epidemias, al hacinamiento, etc. Como remarca Suriano la cuestión social no es sólo una construcción del discurso dominante sino también, y principalmente, una construcción discursiva de los propios actores involucrados. En el caso argentino, se observa que los primeros actores que se refirieron explícitamente a la cuestión social fueron los anarquistas y sindicalistas revolucionarios de principios del siglo xx. (Cfr. Suriano, 2000).

En sus inicios, dichas asociaciones estuvieron guiadas por la corriente crítica denominada “Socialismo asociacionista o gremial”, cuyos partidarios eran catalogados como “socialistas utópicos”. Dentro de los principales exponentes de este pensamiento sobresalen Robert Owen, Henri de Saint Simon, Felipe Bouchez, Luis Blanc, William King, François Charles Fourier, etc.

Si bien el desarrollo del movimiento obrero y sus vertientes —el movimiento cooperativo y el mutualista— varió en cada país según su contexto político, económico y social, cabe destacar que, en aquella época, todavía no existía el Estado del bienestar; en consecuencia, algunos colectivos se organizaron voluntariamente y crearon distintas entidades como instrumento para enfrentar a la cuestión social, con el objeto de dar respuesta a diversas necesidades.

En Inglaterra, a fines del siglo XVIII, en un contexto de gran desocupación, surgieron las cooperativas de consumo con el propósito de cubrir el acceso a los artículos de primera necesidad y proveer fuentes de trabajo. En Francia, las primeras cooperativas tuvieron un carácter más radical; se intentó organizar una producción alternativa que buscaba desplazar ciertas ventajas del empresariado. En Alemania, donde la revolución industrial se produjo de forma más tardía, las primeras experiencias fueron llevadas adelante por diferentes agricultores, comerciantes, la pequeña industria y artesanos. (Instituto de la cooperación, 2008)

Siguiendo a Monzón y Defourny (1993), se destaca que el pensamiento de los “socialistas utópicos” marcó fuertemente la primera etapa del movimiento cooperativista; incluso se solía identificar economía social y socialismo. Esta vertiente tuvo gran influencia hasta 1870, y luego comenzaron a adquirir mayor presencia otras corrientes teóricas, como la escuela social-cristiana reformista, la escuela liberal y la escuela solidaria.

No se observa ninguna homogeneidad en el seno de las diferentes escuelas y entre algunas de ellas existen connivencias muy a tener en cuenta. Sin embargo su principal mérito reside en mostrar el pluralismo político-cultural que envuelve los comienzos de la economía social, lo que resulta muy importante para un enfoque contemporáneo del sector. En todo caso, el modelo de economía social se ha forjado sin duda en la encrucijada de todas las grandes corrientes ideológicas del siglo XIX, principalmente del modelo francés, que actualmente orienta los descubrimientos de

tercer sector en diferentes países a nivel europeo. (Monzón y Defourny, 1993, p. 7)

La economía social está compuesta por un gran abanico de formas institucionales que tienen como objetivo común la resolución de nuevos y viejos problemas; en sus orígenes, este fenómeno asociacionista estaba fuertemente vinculado con la ciudadanía. Se trata de un proceso que tiene lugar en el contexto de la instauración democrática; según Jean-Luis Laville (2007), hasta la mitad del siglo XIX primó un asociativismo basado en la idea de igualdad, donde la solidaridad se entiende como un especie de lazo voluntario que une a los ciudadanos, tiende a favorecer la acción colectiva e intenta unir el Estado y el mercado.

Progresivamente, esas acciones son reconocidas por los poderes públicos y dan lugar a la creación de marcos jurídicos de la economía social que si bien les confieren una existencia legal, contribuyen a separar lo que el movimiento asociacionista inicial quería reunir. La separación entre el mercado y el estado provoca una distinción entre, por un lado, las cooperativas que están en el mercado y, por el otro, las mutuales y las asociaciones cuyas acciones se implementan en la órbita del estado social. (Laville, 2007, p.132)

A lo largo del siglo XX, por otra parte, las perspectivas que buscan una alternativa al capitalismo y aquellas que quieren integrar la economía y el Estado son paulatinamente desplazadas. En cambio, adquieren centralidad enfoques como el de la “Economía Plural”. Este último, según señala Oxoby (2010), concibe la economía social como una institución más propia del sistema económico, conformada por entidades que cumplen función económica y social, como la creación de riqueza y la distribución equitativa de la ganancia. Estas entidades se transforman en verdaderos agentes económicos y sociales, capaces de integrar la función social y la económica.

A partir de los años ochenta, el término “Tercer Sector”, que proviene de la corriente norteamericana, empezó a tener mayor influencia y, gradualmente, comenzó a sustituir en Europa el término “economía social”. Si bien no hay una única definición aceptada de “Tercer Sector” en el ámbito internacional, sostiene Vidal (2009), hay dos acepciones que prevalecen en Europa:

Tercer Sector tiene dos significados, según sea el enfoque académico. Si la tradición es anglosajona, el investigador identifica tercer sector sólo con el tercer componente: organizaciones no lucrativas. Si el investigador participa de la tradición francófona o latina, tercer sector es economía social: incluye los tres componentes, cooperativas, mutuales y asociaciones. (p. 6)

En virtud de lo expuesto anteriormente, se observan diferencias muy importantes con la construcción de la “otra economía” en América Latina, ya que, en el caso europeo, los agentes de la economía social están totalmente integrados al sistema. Sea que se adopte la denominación “economía social”, “Tercer Sector” o, según la Unión Europea, “Tercer Sistema”,⁴ se lo concibe como un sector importante y consolidado que, si bien se diferencia del Estado y del mercado, genera una actividad totalmente funcional al sistema económico y político. En la actualidad, suplanta ciertas falencias del Estado y del mercado. Además, estas entidades son pensadas en su mayoría como “pequeñas empresas”, lo cual es muy diferente a los casos latinoamericanos, donde dichas experiencias —por las características sociales, económicas y políticas contextuales— están más vinculadas a la informalidad, a la precariedad y a la exclusión en las que se hallan inmersos muchos sectores sociales.

Como observa Vidal (2009), a pesar de los grandes esfuerzos por llegar a un consenso sobre los significados y la precisión conceptual de los términos “economía social o tercer sector”, su significado es incierto y objeto de controversias en el ámbito académico. Esta situación complejiza el abordaje y la indagación del fenómeno. En la presente investigación, se considera que este rasgo —que el autor resalta en el caso europeo— también puede extenderse a la vertiente latinoamericana.

1.2. Apuntes sobre la concepción de “el Tercer Sector”

⁴ Según la Comisión Europea, en el año 2000, se definió con el término “Tercer Sistema” a las organizaciones privadas y autónomas con determinadas características en común, a saber: la distribución limitada de beneficios, la contratación de personas, que su objetivo no es lucrativo, sino que se busca el beneficio de la comunidad o de un sector específico; son también organizaciones participativas, gobernadas con el criterio multistakeholder. (Cfr. Vidal, 2009)

Existe una amplia utilización de los conceptos de economía social y de Tercer Sector como sinónimos, por tal motivo, se considera indispensable realizar una aclaración sobre la expresión “Tercer Sector”, antes de abordar con mayor detalle la vertiente de economía solidaria en América Latina.

Sin pasar por alto que existe un debate sobre la conceptualización del término —partiendo además, como ya se señaló, del supuesto de que todo término está en permanente construcción y hay diferentes acepciones que se utilizan en distintos lugares y continentes—, se cree oportuno abordar a continuación algunos aspectos centrales que nos permitirán una mayor comprensión del marco conceptual.

Desde la década del noventa, comienza a aparecer con fuerza la utilización de la categoría “Tercer Sector”, la cual hace referencia a un sector que, por una parte, se distingue del Estado y el mercado y, por otra, pone énfasis en el rol del ciudadano. De acuerdo a su principal visión académica —iniciada por Salamon y Anheir en la universidad de John Hopkins de Estados Unidos, enfoque que predomina a nivel internacional—, el Tercer Sector está conformado por organizaciones que son formales e institucionalizadas. Su funcionamiento depende, en gran parte, de la participación voluntaria; se caracterizan, además, por no distribuir lucros, por su formato autogerencial y, por último, por ser instituciones privadas e independientes del gobierno. Sin embargo, sostiene Armando De Melo Lisboa (2004), la terminología que se impone en la región al hablar de “Tercer Sector” tiene un carácter más despolitizado y proviene de la literatura norteamericana.

En Estados Unidos, tales organizaciones se caracterizan por contar con una gran colaboración del gobierno y de las empresas privadas, que constituyen, junto con los aportes de los mismos miembros, las fuentes principales de financiamiento.

Actuando como un sector funcional, suplementario y complementario de la economía y del poder estatal, subordinado a los demás. Su sentido es actuar donde el Estado y el mercado son incapaces e inadecuados. Expresa una forma de pensar la solidaridad en tanto filantropía, donde la dimensión de lo político es negada. Como no busca fundar otra forma de regularización social, se reduce a posibilitar la convivencia solidaria entre clases desiguales. (De Melo Lisboa, 2004, p. 411)

De esta manera, resultan funcionales a los programas neoliberales de

“desresponsabilización” del Estado —que se desliga de sus funciones sociales— y de la transferencia de la cuestión social al sector privado.

En América Latina, esta circunstancia se tradujo en una línea programática que intentaba lograr una disminución del gasto estatal en políticas sociales, a la vez que se promovía una gran oferta de financiamiento internacional a organizaciones sociales que intervinieran en problemas vinculados a la pobreza; este accionar fue rotundo en la década del noventa.

En efecto, en nuestro país, esta línea de acción se hizo muy explícita y recorre parte de la historia de las organizaciones de la economía social, como relata uno de los miembros de Mink'a Cooperativa de Comercio Solidario, al hablar de la situación que atravesaban los emprendimientos de economía social en los años noventa y de las distintas estrategias de apoyo que llevaba adelante la organización:

(...) los emprendimientos estaban todos en situación de pobreza, todo lo que implica estar excluidos en la década del noventa, las ONG eran las que un poco hacían el remplazo del Estado, y bueno, un poco la mirada era esta. Las organizaciones están ahí, había mucha financiación para esto. En realidad la mirada neoliberal era “hacete competitivo, si no, morite”. (Mario⁵, miembro de Mink'a Cooperativa Comercio Solidario. Comunicación personal, 12 de agosto de 2013.)

En este marco se confiere mayor posibilidad de acción a las organizaciones de la sociedad civil, que son impulsadas como actores paliativos que intentan cubrir las carencias desatendidas por las vías de asistencia estatales —en muchos casos, haciendo uso de estas lógicas de financiamiento promocionadas por el Banco Mundial y el FMI para flexibilizar los costos de los servicios sociales privados—. Gran parte del universo de las organizaciones de la economía social no se quedan, sin embargo, en el mero asistencialismo y en una acción despolitizadora, ya que la economía social se expresa, precisamente, como un movimiento social heterogéneo que intenta democratizar el mercado y construir distintas redes de integración social a través de lazos de solidaridad.

Por estos motivos, consideramos que los términos “Tercer Sector” y “economía

⁵ En este trabajo se recurre a la utilización de nombres ficticios para preservar la identidad de informantes claves que han hecho una contribución fundamental al desarrollo del presente análisis.

social” (o solidaria) no pueden ser tomados como sinónimos, y menos aún para abordar las experiencias de economía social de Argentina. Además, el término Tercer Sector excluye a los sindicatos y movimientos sociales, y en este trabajo se concibe a la economía social como un movimiento en el cual las organizaciones sociales tienen un papel muy importante para la promoción y consolidación de esta “otra economía”.

1.3. Algunos aspectos claves sobre la corriente latinoamericana

En América Latina, históricamente, el desarrollo de la economía social en la región tuvo características similares al desarrollo del sector europeo, al primar desde sus comienzos el movimiento cooperativo. No obstante, los cambios sociales, políticos y económicos que se produjeron en América Latina —los cuales serán abordados con mayor profundidad en el próximo capítulo— provocaron el surgimiento de otras formas de autogestión muy heterogéneas, un gran porcentaje de las cuales quedaría sujeto a la “necesidad” y a la informalidad. Además, por las distintas características que desarrollan estas formas de “otra economía”, tuvo lugar, a partir de los años ochenta, la utilización de distintos términos para hacer referencia al mismo fenómeno.

El concepto de economía social, según propone Luciano Noretto (2005), abarca diferentes experiencias de organización no capitalistas; se trata de unidades económicas que están guiadas por principios, por una ética vinculada a la reciprocidad, a la idea de que la economía está inserta en una sociedad de personas inscriptas en lazos sociales. La economía social —representada por las cooperativas, los trueques, las huertas comunitarias, las empresas recuperadas, las instituciones de microcrédito y ferias, entre otras— implica, por lo tanto, el rechazo a la supremacía de la reproducción del capital sobre la reproducción de la vida.

Es interesante destacar que las experiencias mencionadas —especialmente, el cooperativismo— tienen, en su mayoría, una larga data en la historia argentina. Sin embargo, luego de la crisis de 2001, cuando el Estado y el mercado mostraron la imposibilidad de dar una respuesta a las demandas de los sectores populares, se produce en Argentina una reactivación o un fortalecimiento en estas experiencias; así lo demuestran los emprendimientos de economía solidaria y el surgimiento de nuevas experiencias, como el caso de las fábricas recuperadas.

Para Héctor Palomino (2006), en la década del noventa, las actividades autogestivas estuvieron fuertemente influenciadas y promocionadas, particularmente, por los organismos multilaterales, y fueron complementarias al retiro del Estado. Pero hay un cambio muy importante luego de la crisis de 2001: los emprendimientos de la economía social surgen del propio proceso de movilización y participación; se establecen como “un espacio público”, donde el trabajo no tiene como fin sólo el intercambio por remuneraciones monetarias, sino que es revalorizado en su carácter político. Así, a través de la construcción de redes de economía alternativa que incorporan a una multiplicidad de actores con motivaciones diferentes, se intenta dar soluciones originales al desempleo y la pobreza por fuera del sistema económico institucionalizado.

Por otro lado, Sergio de Piero (2005) sostiene que se puede caracterizar a la economía social como un espacio en el cual, mediante diversas iniciativas, se intenta generar nuevas formas económicas que producen combinaciones novedosas entre lo económico y lo social; asimismo, desarrollan prácticas y concepciones alternativas que marcan una diferencia con la economía capitalista y de la del socialismo, oponiéndose a las características de ambos modelos.

Al respecto, Martín Flores (2006) considera que los emprendimientos de economía solidaria tienen como objetivo crear una salida laboral autónoma, a fin de permitir la inclusión social sin caer en el asistencialismo y la competencia salvaje. Es decir, se priorizan los vínculos humanos antes que las ganancias. La estrategia consiste en llevar a cabo una producción colectiva y autogestionada y tratar de realizar una distribución sin cadenas de intermediarios. Estas nuevas formas asociativas han creado redes y organizaciones que las agrupan y protegen; de este modo, buscan soluciones a problemas comunes e intercambian información, etc.

En la perspectiva latinoamericana, Quijano (2007) realiza una distinción entre dos vertientes principales; por un lado, se destaca la economía solidaria, y por el otro, la economía popular.

La corriente de “economía solidaria” está compuesta, principalmente, según el autor, por cooperativas, las cuales pueden llegar a organizar a grandes grupos de personas. Se diferencian de las empresas capitalistas, ante todo, porque sus miembros se identifican como un sistema de autogestión de los trabajadores, y contraponen su práctica y su ideología al capitalismo de forma explícita.

Por otro lado, Quijano considera a la “economía popular” como una propuesta específicamente latinoamericana, la cual se distingue de la anterior por estar conformada por instituciones heterogéneas que no siempre tienen una autoidentificación ideológica y política en común.

Se trata de instituciones heterogéneas de organización de la producción y de la distribución y de la relación con el mercado y vinculadas, a veces inclusive al mismo tiempo, a heterogéneas actividades económicas, de producción y distribución; en segundo lugar, su elemento común es que son unidades constituidas por agentes que tienen relaciones “primarias” entre sí, y en consecuencia no pueden ser agrupaciones muy grandes, son más bien pequeñas; en tercer lugar, que tienden a organizarse socialmente según lo que algunos autores han llamado lógica comunitaria. (Quijano, 2007, p.157)

Por último, el autor resalta otra característica en las organizaciones económicas populares, la solidaridad, la cual se produce de manera obligada por las condiciones reales a que están sujetas las relaciones sociales.

1.3.1. La concepción de Economía del Trabajo.

Dentro de este gran debate sobre cómo denominar el heterogéneo universo de la economía social, Coraggio prefiere denominar a la economía que se opone a la capitalista como “Economía del Trabajo”, que no es la economía alternativa que se conoce actualmente, sino a la que se quisiera llegar; la que hace referencia a la reproducción ampliada de la vida, el trabajo asociado, cooperativo y autónomo en el sentido más amplio es, en sus términos, la economía utópica (Cfr. Guerra, 2007). Denomina, en cambio, como “economía social” a las experiencias autogestivas actuales, “esta economía es social porque produce sociedad” (Coraggio, 2002, p. 3).

En resumidas cuentas, se trata de un proceso de construcción, de formas transitorias de organizar la economía, la producción, su consumo y distribución. Aquí es donde sitúa la corriente de economía solidaria, que en su interior también involucra diversos contenidos; es decir, abarca desde una concepción centrada en valores a otra que se confunde con el

cooperativismo. Esta corriente parte de la idea de desarrollar formas solidarias sustentadas por el trabajo de los beneficiarios complementado muchas veces por donaciones.

Para Coraggio, el punto de partida es la economía popular, definida como el conjunto de actividades y prácticas económicas y sociales desarrolladas por los sectores más vulnerables para garantizar la satisfacción de las necesidades básicas materiales o inmateriales. Y añade:

La economía popular está compuesta por: (a) el conjunto de recursos que comandan, (b) las iniciativas que realizan para satisfacer sus necesidades de manera inmediata o mediata —actividades por cuenta propia o dependientes, mercantiles o no—, (c) las reglas, valores y conocimientos que orientan tales actividades, y (d) los correspondientes agrupamientos, redes y relaciones —de concurrencia, de regulación o cooperación, internas o externas— que instituyan a través de la organización formal o de la repetición de estas actividades, los grupos domésticos (unipersonales o no) que dependen para su reproducción de la realización ininterrumpida de su fondo de trabajo. Este concepto de economía popular difiere por lo tanto del uso corriente del término como equivalente al sector informal en cualquiera de sus acepciones. (Coraggio, 2007, p. 171-172)

1.3.2. Economía de la solidaridad.

Por su parte, Luiz Razeto prefiere utilizar el concepto de economía de la solidaridad, en vez de economía solidaria, pues en este último aparece adjetivado un elemento al que el autor considera sustantivo. Dicho concepto hace alusión a la necesidad de introducir la solidaridad no sólo en la teoría de la economía, sino también en su práctica. Lo que se propone a través de esta perspectiva es que la solidaridad se incorpore en todos los momentos del ciclo. Es decir, en la producción, consumo, acumulación y circulación. De este modo, se manifiesta en formas concretas, en nuevos modos de hacer economía, e implica una nueva racionalidad económica; esta nueva racionalidad se expresa en distintas realidades.

La economía de la solidaridad está constituida por experiencias de autogestión

económica cuyo rasgo común consiste en que están basadas en la solidaridad, la cooperación y el mutualismo. Estas características determinan una racionalidad que se distingue de las otras racionalidades económicas. Es decir, el factor que la mueve es un elemento comunitario de acción y gestión conjunta, solidaria y cooperativa que produce un mejor rendimiento y eficiencia en la operación económica, y beneficios a cada integrante. Razeto lo denomina factor "C"; se trata de un componente que se destaca y diferencia de los tradicionales factores que determinan la viabilidad económica (la fuerza de trabajo, los medios materiales, la tecnología, el financiamiento, la gestión).

Dicho elemento implica hacer las cosas juntos; es cooperación, es una fuerza de unión, es una fuerza de colectividad; por ello convierte esta economía en una diferente, una economía solidaria, porque, al final, es solidaridad.

El autor destaca dos dimensiones fundamentales para comprender la economía de la solidaridad: por un lado, a escala global, visualiza un proceso de solidaridad ascendente que se genera de forma gradual; y por otro, a escala local, se afirma el desarrollo y crecimiento de un sector de dicha economía. En este sentido, Razeto (2007) sostiene:

Por un lado, habrá economía de la solidaridad en la medida que en las diferentes estructuras y organizaciones de la economía global vaya creciendo la presencia de la solidaridad por la acción de los sujetos que la organizan. Por otro lado identificaremos economía de solidaridad en una parte o sector especial de la economía: en aquellas actividades, empresas y circuitos económicos en que la solidaridad se haya hecho presente de manera intensiva y donde opere como elemento articulador de los procesos de producción, distribución, consumo y acumulación. (p. 323)

Además, considera que hay distintos caminos que llevan a construir la economía de la solidaridad a través de una multiplicidad de actores con sus diferentes perspectivas y estrategias. También puede lograrse transitando el sendero de la promoción social y la solidaridad entre los que menos tienen; en los sectores populares, en la solidaridad que surge dentro de los distintos circuitos de producción y distribución de bienes, servicios y donaciones. Asimismo, se la encuentra en iniciativas de organización autónomas que constituyen un esbozo de formas económicas solidarias, o se manifiesta en la participación

social, en las experiencias que surgen por la preocupación del desarrollo económico, en las propuestas que tienen una gran preocupación por el problema ecológico, o las que tienen en cuenta el lugar de la mujer y la familia en la economía, así como también se encuentran aquellas estrategias de otra economía en las tradiciones de los pueblos y etnias originarios del continente.

Lo que puedo afirmar con certeza es que la economía de la solidaridad no es utópica. Utópico es lo que no está en ningún lugar y la economía de la solidaridad está un poco en todas partes, y desde allí donde está nos invita a desarrollarla. (Razeto, 2007, p. 338)

En resumidas cuentas, la coexistencia de aquellos distintos recorridos transitados permite al autor plantear esta forma de economía como una verdadera alternativa económica y no solamente pensar en ella como una especie de la economía social.

1.4. Principales similitudes y divergencias en las vertientes latinoamericanas

Dentro del universo de la economía social se encuentran diferentes modos de pensar la economía que buscan crear organizaciones con el objeto de estimular la participación y la democratización de todo el entramado de las relaciones sociales. Se diferencian de la lógica capitalista en su forma de producción, en la organización y la promoción del espíritu comunitario. De este modo, ponen en cuestión factores estructurales del capitalismo.

Paulo Lisandro Amaral Marques (2009) identifica la economía solidaria como un movimiento en construcción que tiene como referencia los llamados “movimientos alterglobalización y antiglobalización”, cuya expresión mayor son los Foros Sociales Mundiales-FSM, los cuales buscan, más allá de realizar acciones de protesta, presentar proposiciones alternativas en el campo político y económico. En el terreno de la política, apuestan por el desarrollo de formas de democracia directa, como las experiencias de los Presupuestos Participativos. En relación al ámbito económico, las propuestas se orientan al desarrollo de fórmulas de economía social y autogestionada, conocidas de forma general como “economía solidaria o alternativa”.

Dentro de este movimiento, se visualiza la negación como rasgo que unifica a estas

diferentes formas de pensar la economía. Es característica su oposición al capitalismo neoliberal, que implica una manera particular de relacionarse con la naturaleza, de expropiar salvajemente los recursos naturales y contaminar el medio ambiente. De la misma forma, repudia el incremento de la pobreza inducido por la lógica que produce, a su vez, una gran concentración de la riqueza.

Cabe destacar y analizar dos cuestiones centrales. Por un lado, el hecho de que estas definiciones tienen una mayor cantidad de rasgos en común que diferencias abismales y/o conceptos contradictorios. Y por el otro, el hecho de que permanece en cuestión y constituye uno de los principales ejes de debate si dichas experiencias autogestivas son, o no, alternativas al modo de producción capitalista.

Según Coraggio (2007), las distintas experiencias autogestivas comparten ciertos rasgos no capitalistas que son reconocidos por la mayoría de los académicos. Por un lado, la no separación entre el trabajo, la propiedad y/o gestión de los medios de producción y el producto. Además, son emprendimientos autogestivos basados en la libre asociación y el trabajo cooperativo. Los lazos de solidaridad forman también una parte importante de las relaciones sociales de producción; consecuentemente, en estas economías, el valor de cambio es subordinado al valor de uso, es decir, a la satisfacción de las necesidades básicas. Por último, el autor también destaca que el concepto de eficiencia se resignifica, ya que se valorizan otros efectos no reducibles al esquema cosificado productivista.

Sin embargo, se puede observar que uno de los principales puntos de mayor debate gira en torno a si se puede considerar esta economía social o solidaria como alternativa al modelo de desarrollo capitalista. Si bien existe un consenso en que son formas de producción no capitalistas —ya que su objetivo no es la generación de excedentes, sino la reproducción ampliada de la vida—, no hay un acuerdo con respecto a si este modo de producción logrará coexistir con el sistema capitalista o no; es decir, se pone en cuestión si tendrá un desarrollo paralelo propio y/o subordinado al modo de producción dominante, o si implica la construcción de un sistema que suplantaré al capitalismo.

Este debate en relación al carácter transgresor de la economía social y su alcance, no sólo pertenece a la esfera académica, sino que también se hace presente en la vida política, ya que ha sido incorporado por sectores de izquierda y movimientos sociales.

Muchos de ellos han incorporado, en efecto, esta economía a su estrategia de acción y a sus programas de cambio social. En otras palabras, esta “otra economía” ha sido

adoptada por diversos actores sociales y políticos, ya sea como una forma de resistencia a la pobreza o como una nueva propuesta de política pública. En el campo de acción de los movimientos sociales, de organizaciones de base y de distintos actores políticos, se entrecruzan diferentes conceptos, visiones y prácticas que la promueven como una alternativa al sistema económico dominante.

Por su parte, Luiz Inacio Gaiger considera que, en su estadio actual, la economía solidaria no reproduce las relaciones capitalistas, pero tampoco amenaza la reproducción de las formas del capitalismo. No obstante, esto no excluye que el camino de la economía social conduzca a una transformación social a largo plazo, considerándolo como la puesta en marcha de un nuevo modo de producción.

Para Gaiger, estas formas de producción solidarias son alternativas superiores. Aunque en la actualidad todavía persistan como una configuración experimental subsidiaria y complementaria, son la expresión de una forma social de producción específica; los actores que están inmersos en estas prácticas de cooperación y reciprocidad se mantienen en ellas porque les permiten satisfacer más plenamente sus intereses individuales. Y añade:

Es insuficiente afirmar únicamente la fuerza de la solidaridad, una vez introyectada como principio de acción. Es más apropiado admitir que la adhesión de los trabajadores a las prácticas de cooperación y reciprocidad no se mantiene porque ellos son moralmente instados a hacerlo, sino primordialmente, porque ellos mismos observan que de ese modo, satisfacen más plenamente sus intereses individuales, que como resultado del proceso de concentración del ingreso, la riqueza y los recursos naturales que implicaron las políticas neoliberales obviamente no tienen por qué ser solamente utilitarios, aunque en cierto punto no pueden dejar de serlo. En este aspecto reside la importancia decisiva de demostrar la superioridad de la forma social de producción solidaria ante otras alternativas.

De la percepción de esta simbiosis entre intereses propios y ajenos, nace el interés común, base de la acción de clase, entre individuos similarmente ubicados en el proceso de producción de la vida material. (Gaiger, 2007, p.105-106)

Sin embargo, el autor advierte que el problema principal de pensar la economía solidaria como alternativa reside en considerar si representa una superación del modo de

producción del capitalismo y de sus instituciones. Dar una respuesta a este interrogante sería anticiparse al desarrollo histórico del sistema capitalista y a responder si estamos ante el estadio final del capitalismo o ante una transformación y adaptación del mismo. De todas maneras, afirma la superioridad de la economía solidaria frente a otras formas de producción y admite que, en el hipotético escenario de dicho estadio final, cuenta con todos los atributos para lograr producir un sistema institucional que asegure la reproducción de sus condiciones de existencia.

Por su lado, Quijano (2007) resalta que la idea de concebir un sistema alternativo recorre el pensamiento de los últimos dos siglos de historia, pero encuentra que hay algo nuevo en la demanda actual, y está relacionado con los cambios que ha tenido el capitalismo —que ha demostrado el carácter salvaje del modo de acumulación— junto a las experiencias frustradas de distintos estatismos y el despotismo de las experiencias del campo socialistas. Plantea que el nuevo imaginario anticapitalista actual no sólo se contrapone al capitalismo, sino también a las propuestas de estatización de la economía.

Para pensar un sistema de economía alternativa, enfatiza, es necesario contar con una estructura de autoridad alternativa, y por lo tanto, es necesario abrir el debate sobre la sociedad, el cambio histórico, el poder, la revolución, pero desde una perspectiva propia, latinoamericana, liberada del eurocentrismo.

Coraggio (2010), en su propuesta de “Economía del trabajo”, hace hincapié en darle otra orientación al tema; en lugar de hablar de una alternativa que suplante el modo de producción actual, considera mejor referirse a la creación de un subsistema diferenciado del sistema capitalista. Lo principal de un espacio de ese orden sería que no sólo permita pensar en la satisfacción de las necesidades de los sectores populares, sino incluirlos, y promover así la construcción de una economía para todos, que se proponga la satisfacción de las necesidades básicas y garantice la reproducción ampliada de la vida como límite a los procesos de acumulación capitalista.

Esta definición no pone en jaque el sistema económico imperante; pero si por una parte implica moverse dentro del sistema capitalista, por otra, ubica el rasgo diferencial de la economía del trabajo dentro de un subsistema. Es decir que, desde esta perspectiva, se plantea una división entre un sistema económico, la economía política y la economía del trabajo.

Construir una economía alternativa requiere una conjunción entre la economía pública y la economía social y solidaria que se encuentran y concretan en espacios democráticos, un camino para la soberanía del pueblo, ejercida en el encuentro de las organizaciones sociales, los representantes políticos y los funcionarios públicos. La construcción de otra economía es una tarea para múltiples actores que deben compartir los rasgos estratégicos de una propuesta de transformación y aportar y contar con recursos suficientes para conformar una verdadera plataforma de apoyo a los agentes de esa nueva economía. (Coraggio, 2010)

El desafío consistiría en poder expandir estas formas de producción a través de acciones combinadas por distintos actores políticos y sociales que apunten a la construcción y el fortalecimiento de estrategias de desarrollo local, integral, sustentable e integrador.

Como se ha expuesto a lo largo de estas páginas, el debate sobre la “alternatividad” de la economía social y solidaria es un tema aún no cerrado, y uno de los principales puntos de discusión. En términos generales, en el presente análisis se considera que es muy difícil pensar, en América Latina, el carácter transgresor y de alternatividad al sistema capitalista predominante, ya que la economía social ha emergido en la región vinculada con la cuestión social y los sectores más excluidos, y continúa desarrollándose muy ligada a cubrir las necesidades básicas de la población. Dicha condición dificulta a los mismos actores proyectarse como una alternativa radical.

Para poder reflexionar y hacer afirmaciones sostenibles acerca de cuáles son las posibilidades que tiene esta “otra economía”, antes es necesario profundizar estudios que permitan cuantificar y visibilizar el volumen que representa el universo de la economía social en el mercado y en la sociedad. Es decir, sólo así sería posible establecer si realmente la economía social permitirá construir alguna estrategia emancipadora radical o sólo constituirá un subsistema integrado como se piensa desde la perspectiva de la economía del trabajo, entre otras.

1.5. A modo de síntesis

La identidad sería entonces no un conjunto de cualidades predeterminadas —raza,

color, sexo, clase, cultura, nacionalidad, etc.— sino una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad racional solo temporalmente fijada en el juego de las diferencias. (Leonor Arfuch, 2005, p. 24)

A lo largo de este capítulo, se sostiene que coexisten diferentes vertientes y conceptos para analizar esta “otra economía” que se está construyendo, pero que ninguno de los términos propuestos es lo suficientemente preciso para poder abarcar la totalidad de las experiencias autogestivas que integran este heterogéneo movimiento.

Tales diferencias conceptuales se encuentran no sólo en el ámbito académico, sino también en el territorio y en las percepciones de los diversos actores. Es indudable que se trata de un aspecto en el que está implicado el modo en que los mismos actores se definen, ya que los agentes del movimiento de economía social son un colectivo en busca de una identidad. Y en ese sentido, el nombre no es una cuestión secundaria, es una problemática profunda; apela, fundamentalmente, a dar cuenta de una identidad que no sea definida por su carencia, sino por su práctica, por su modo de entender la economía y la sociedad.

Este punto se torna visible en la reflexiones de los dirigentes del movimiento, cuando algunos argumentan, por ejemplo, acerca de las razones para optar por una definición, como en el caso de quienes incorporan en su discurso el término “economía del trabajo”:

(...) hicimos un diagnóstico participativo nosotros, en el año 2006, (...) el 98% tenía un concepto equivocado de la economía social: que eran los comedores escolares, parroquiales, los bolsones, los planes, una economía para pobres, como se dice, de beneficio. Entonces dijimos: ¿qué hacemos, le seguimos nombrando igual tratando de cambiar la mentalidad de la gente o lo nombramos de otra manera lo que hacemos, de manera que el otro entienda? Dijimos, la gringada lo único que entiende es de trabajo. (María miembro de la Organización Poriájhu. Perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral, comunicación personal, 22 de mayo de 2013.)

El problema de encontrar consenso en torno a una definición, como se ha desarrollado a lo largo de estas páginas, se da también en el ámbito académico. No obstante,

se encuentra más marcado en el territorio. Por ejemplo, en la provincia de Santa Fe, al realizarse los encuentros por una Ley de promoción de la economía social y solidaria, entre las organizaciones participantes se llegó al consenso de que dicho término era un “paraguas”⁶ donde se podía incluir mejor a los distintos emprendedores. Pero muchas organizaciones se muestran reacias a utilizarlo debido a que los organismos públicos se apropian de él para llevar a cabo distintas estrategias y programas de economía social.

En este sentido, delimitar un nombre para la actividad que realizan resulta una tarea muy difícil y llena de contradicciones y luchas que ponen en juego el campo simbólico. En palabras de uno de los actores: “Es complicado, sobre todo cuando Rosario a través del socialismo se apropió del término y lo hizo bosta, porque es la vidriería de la confitura y las medialunas relucientes” (María miembro de la Organización Poriajhu. Perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral, comunicación personal, 22 de mayo de 2013).

Estos testimonios llevan a reafirmar que no hay concepto que pueda abarcar de forma unánime todas las experiencias autogestivas que integran esta “otra economía”. Pero ello no implica que no pueda encontrarse alguna noción que nos permita analizar, en un determinado momento histórico, a distintos sujetos sociales pertenecientes a esta “otra economía”, sin perder de vista las particularidades de cada territorio y las prácticas y lógicas de los distintos actores.

Por tales motivos, en esta investigación, para aproximarse a la experiencia de la Red de Comercio Justo, se prefiere utilizar el término “economía solidaria”, entendida como un proceso de construcción y articulación “desde abajo y para los de abajo”. Es decir, se trata de una experiencia en la cual los sectores populares y los movimientos sociales ponen en marcha distintas acciones autogestivas para lograr cubrir necesidades no sólo de empleo, sino también aquellas orientadas a atender y dar una respuesta a los problemas de la reproducción ampliada de la vida; son, por lo tanto, esfuerzos realizados en busca de proveer todo lo necesario para el crecimiento y desarrollo de una vida digna.

La economía solidaria es un movimiento social heterogéneo, lleno de tensiones y contradicciones. Es un proceso abierto, que se caracteriza por estar en permanente

⁶ Notas de campo del encuentro “Experiencias organizativas y proyectos políticos de la Economía Popular, Social y Solidaria. Debates y prácticas hacia la democratización de la economía”, que tuvo lugar en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Realizado el 5 de junio de 2014.

construcción. Sus integrantes apuestan a generar y construir lógicas y relaciones económicas más equitativas, con el objetivo o meta de democratizar, al menos un poco, la economía.

En este trabajo se prefiere el término “economía solidaria”, porque se considera que la solidaridad tiene un carácter central en los procesos estudiados; los lazos que se van tejiendo entre los distintos actores y el apoyo que brindan las organizaciones y los movimientos sociales son indispensables para poder entender la perdurabilidad y alcance del fenómeno. Esta solidaridad extra es resaltada por los mismos agentes de la economía social:

(...) son experiencias basadas en lo comunitario, (...) el factor “C”, es algo que estoy cada vez más convencido, esa idea de todas las “C”: la cooperación, compartir todo como valor económico, como el capital. Realmente, es como tener una máquina funcionando bien, una herramienta cooperativa, que te hace más competitivo en serio, hay que trabajarlo, desarrollarlo y cuidarlo como la plata que tenés en un banco, es tan útil, tan importante. (Mario, miembro de Mink'a. Cooperativa Comercio Solidario, Comunicación personal, 12 de agosto de 2013.)

La economía solidaria surge como una forma de resistencia y se mantiene en el tiempo; es un movimiento heterogéneo pero con gran expansión, e inclusivo de distintas voces y actores, lo cual es un rasgo esencial que resulta imprescindible tener en cuenta al abordar dicho fenómeno.

Por otro lado, en esta investigación compartimos la idea que desarrolla Coraggio (2010) para pensar la transición hacia la economía del trabajo; la idea de apostar a la conformación de un subsistema diferenciado de la economía capitalista y la economía pública, que sirva para mantener la reproducción ampliada de la vida, y que permita aproximarse a la meta, lejana hoy, del pleno empleo. Asimismo, se afirma la necesidad de llevar adelante, de forma integrada, con actores sociales, movimientos, organizaciones y gobiernos, la construcción de políticas públicas y programas de desarrollo integral e integrador que consideren prioritario atender la cuestión social y se posicionen con este propósito.

En este aspecto, es interesante concluir con algunas reflexiones de los miembros del

movimiento al definir la economía solidaria:

Nosotros decimos que es llenar de otro contenido el concepto de “trazabilidad”, de la economía convencional. No quiero decir capitalista, porque es muy fuerte, estamos trabajando desde adentro. No podemos pensarnos fuera de la economía capitalista.

Es difícil pensarse totalmente por fuera de la economía capitalista, es una superestructura tan grande, que abarca tanto y no puedo entender que alguien pueda pensarse afuera.... Es difícil, es como el patriarcado, no podemos pensarnos fuera de una estructura de la que ya estamos adentro..., desde la economía, la trazabilidad es la historia de un producto desde la competitividad, la calidad... Nosotros pensamos otro concepto de trazabilidad de esta economía que ni siquiera nos ponemos de acuerdo en cómo definirla. (Vanessa, miembro de la organización La Verdecita, Granja Agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013.)

En este sentido, se puede observar que las dificultades en torno a cómo definir esta “otra economía” están vinculadas a las tensiones dentro del movimiento, uno de los puntos fuertes de tensión se concentra en la disputa cultural. Según Escobar (2001), la cultura involucra un proceso colectivo e incesante de producción de significados, valores y subjetividades que moldea la experiencia social y, en el presente caso, si bien este movimiento se destaca por la emergencia de nuevos valores en las prácticas autogestivas — el igualitarismo, la solidaridad, la cooperación—, también coexisten en su seno, de forma contradictoria, valores de la tradición capitalista —el individualismo, las concepciones tradicionales de emprendimientos, entre otros—.

Además, como la cultura tiene un papel importante en la construcción de nuestro sentido de nosotros mismos, la heterogeneidad de sujetos y valores pone en tensión los vínculos construidos y dificulta a los mismos integrantes encontrar y definir una identidad colectiva.

Por último, cabe destacar que la idea de pensar esta “otra economía” como un sistema alternativo es un debate abierto. En este sentido, es fundamental resaltar que la economía solidaria surge vinculada a la necesidad y la precariedad, como un freno puesto

por los movimientos sociales y los sectores populares al pensamiento que se impuso en los años noventa, según el cual el neoliberalismo era la única vía posible. Pero esta afirmación no implica que todos los actores de la economía social trabajen para generar un modo de producción que suplante el capitalismo. Muchos actores buscan encontrar relaciones y redes de inserción más justas y humanitarias dentro del mismo sistema capitalista.

Capítulo 2

Una aproximación al contexto político, económico y social de las experiencias de economía social y solidaria en la Argentina

El fenómeno de la economía social —entendido como un movimiento heterogéneo, caracterizado por nuevas formas asociativas y un tipo de trabajo autogestivo que llevan a cabo los sectores populares y los nuevos movimientos sociales— inscribe su aparición en Argentina en un campo de acción histórico determinado, el de la última década del siglo XX. Durante este período se sucedieron en el país grandes transformaciones producidas a partir de reformas estructurales cuya orientación política era nítidamente neoconservadora. Así, la globalización de la economía y la reestructuración de las relaciones sociales se concretaron bajo el signo del neoconservadurismo, basado en las recomendaciones y los lineamientos establecidos por los organismos de crédito internacional, popularmente conocidos como “Consenso de Washington”.

En este trabajo, se parte del supuesto de que las diferentes experiencias de autogestión constituyen una línea de acción de los movimientos sociales y de los sectores populares. Si bien, por una parte, las experiencias de economía solidaria emergen, en Argentina, como instancias que se caracterizan por estar más vinculadas a la necesidad material que al intento de pensar en “otro mundo posible”, por otra parte, se perfilan como una respuesta pro-activa que dan los sectores populares y los movimientos sociales a la pobreza y a la desigualdad.

De esta manera, se considera indispensable hacer referencia no sólo al contexto que posibilita o limita la emergencia y subsistencia de las experiencias de autogestión, sino también al vínculo de dichas experiencias con ciertos actores que surgieron o adquirieron mayor visibilidad en la década del noventa, así como a su relación con las diferentes respuestas espontáneas que ha dado la sociedad al contexto de crisis económica y desempleo.

Entre tales actores cabe mencionar a los trabajadores desocupados, tradicionalmente llamados piqueteros;⁷ la aparición del fenómeno de las fábricas recuperadas —un modo de

⁷ Si bien la denominación “piqueteros” hace alusión a los trabajadores desocupados, los primeros piquetes de que se tienen registro en nuestro país surgen a principios del siglo XX como medida de fuerza por los chacareros y como un elemento subsidiario de huelga por el movimiento obrero (Cfr, Iglesias 2010). Además, en

defender los puestos de trabajo—; o las “Redes de trueque”, que son distintas experiencias de los sectores populares para generar formas de intercambio de bienes y servicios por fuera del mercado. Por último, se destaca el accionar de las asambleas barriales que emergieron luego de la crisis desatada en diciembre de 2001, y que han desplegado distintas estrategias para poder cubrir las necesidades inmediatas de los vecinos.

Desde un principio, las organizaciones de la sociedad civil han caracterizado su intervención dentro del universo de la economía solidaria por la promoción y contención de una multiplicidad de actividades autogestivas. Sin embargo, en el período al que nos referimos, su accionar aparecía, especialmente, como un complemento a la redefinición de los roles de los Estados —fenómeno que ha tenido lugar en sus diferentes niveles y agencias durante las últimas décadas—.

Tales acciones constituían respuestas creativas que las organizaciones brindaban ante la situación de necesidad, pero también eran promocionadas por los organismos internacionales a través de distintos programas asistenciales focalizados. Estos programas se formulaban como paliativos temporales de los desequilibrios del mercado provocados por la abrupta transformación de la economía. Desde la perspectiva de dichos organismos, se sostenía que eran transitorios, ya que —según afirmaban—, con el tiempo, aquellos “desequilibrios” serían reabsorbidos por el mismo sistema.

Esta situación, como nos comenta un militante al hacer alusión al desarrollo de las actividades de su organización en esos años, se manifestaba directamente en los territorios:

(...) los emprendimientos estaban todos en situación de pobreza, todo lo que implica estar excluidos en la década del noventa, las ONG eran las que un poco hacían el remplazo del Estado, y bueno un poco la mirada era esta. Las organizaciones están ahí, había mucha financiación para esto (Mario, miembro de Mink'a. Cooperativa Comercio Solidario, Comunicación personal, 12 de agosto de 2013)

los años noventa reaparece esta medida de fuerza en Cutral-Có (Neuquén) y en General Mosconi y Tartagal (Salta), ante la privatización y desmantelamiento de las instalaciones de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), ya que se trata de ciudades cuya economía local es altamente dependiente de esa producción. Resulta significativo, dado que el inicio de los piquetes se suele vincular con las movilizaciones de los trabajadores desocupados, posteriores a estas “puebladas” contra las privatizaciones.

En esta investigación, se considera indispensable retomar ciertas cuestiones vinculadas a los contextos político, económico y social que condicionaron y posibilitaron el surgimiento y desarrollo de dichas experiencias. Ello permitirá realizar un abordaje más ajustado del movimiento de economía social, al contar con un mayor número de herramientas para el análisis de la Red de Comercio Justo del Litoral.

En este capítulo, se realiza un recorte temporal que abarca, específicamente, desde la década del noventa hasta la actualidad. Esto no implica desconocer las transformaciones que se produjeron entre aquella Argentina de los años dorados —en la cual había un mercado de trabajo caracterizado por el pleno empleo— y la actual —en la que los índices de desempleo ascendieron ampliamente—. Aquí se sostiene que estos cambios están vinculados con procesos de largo plazo; especialmente, con las transformaciones políticas, sociales, culturales y económicas que fueron parte del programa del gobierno de facto que asumió a mediados de la década del setenta.

2.1. Las transformaciones en la década del noventa. Algunas tendencias globales

Las tendencias geopolíticas y económicas que se instalaron hacia la última década del siglo XX, enmarcan a la Argentina en un proceso de transformaciones semejante al de la mayoría de los países del cono sur.

Se trata de proyectos hegemónicos guiados por las políticas neoliberales que implicaron grandes cambios estructurales y, a su vez, modificaron la geografía de las sociedades latinoamericanas (Cuenya, 2004); principalmente, los programas de privatización, apertura y desregulación que se promocionaron e impusieron a través de los lineamientos del Consenso de Washington.

Aquel rumbo que marcó el capital internacional —modificaciones en el patrón de desarrollo tecnológico, la reorientación de los roles de los Estados, la reorganización del sistema productivo a nivel mundial, la segmentación creciente de la estructura social— se tradujo en procesos de estructuración económica profundos. En América Latina, estos procesos no sólo alteraron cuestiones inherentes a la economía, sino también, características y funciones sociales, políticas y culturales.

Se modificaron no sólo las fuerzas productivas —en gran medida por el cambio en el

patrón tecnológico y de comercialización de la economía mundial— sino también los grados de autonomía y dependencia tanto de los individuos como de las instituciones sociales. Las políticas implementadas definieron una dinámica en donde el capital humano se devaluó frente al financiero y al corporizado en algunos conglomerados productivos. (Barbeito y Lo Vuolo, 1995, p. 11)

Dentro de las transformaciones que se llevaron adelante en la década del noventa es importante destacar la redefinición del accionar de los Estados.⁸

Por un lado, los gobiernos municipales se adaptaron de manera más flexible y con mayores posibilidades de favorecer a ciertos sectores de la economía con ventajas comparativas; asimismo, absorbieron funciones que antes cubría el Estado nacional, como, por ejemplo, las demandas ciudadanas y su participación en el ámbito público.

Por otro lado, los Estados nacionales, si bien conservaron su rol central en la implementación de políticas, dejaron de ser un agente directo de crecimiento económico para pasar a ser un “socio” y un elemento catalizador e impulsor del proceso. Esto concretó a través de la liberalización del sistema de precios y la reducción de ciertas acciones de intervención estatal al mínimo; especialmente, en el área de las políticas sociales⁹.

En consecuencia, al quedar el desarrollo en manos del mercado, las oportunidades y ventajas de la mundialización se difunden de manera desigual, ya que el poder y las riquezas se concentran en un número cada vez más pequeño de áreas geográficas y personas.

A pesar de las ilusiones que instalaba este nuevo modelo de “progreso”, los proyectos y programas neoliberales multiplicaron los niveles de pobreza y la desigualdad de manera inédita. La violencia, la inseguridad, la segregación espacial y la fragmentación

⁸ Es importante resaltar que, si bien, las transformaciones que se hacen mención en este apartado son fundamentales para poder comprender el contexto de origen de la multiplicidad de experiencias autogestivas, el contexto actual se caracteriza por una creciente complejidad social que obliga a lentos y complicados procesos de negociación y concertación. En esta investigación se considera que hay cambios y transformaciones relevantes en la acción estatal actual. Es decir, no se desconocen los matices y rupturas con las funciones estatales desarrolladas en los años noventa, especialmente, en el área de políticas sociales.

⁹ La idea de concebir al Estado como socio y elemento catalizador del crecimiento económico y no como agente directo del crecimiento se halla presente en los comunicados del Banco Mundial en los años noventa, y a su vez, es retomado por Susana Murillo en la obra “Colonizar el Dolor” (Cfr. Murillo, 2008, p. 88).

sociopolítica son parte del resultado de la aplicación de estos proyectos, particularmente, en América Latina (Cuenya, 2004).

La revolución tecnológica y organizativa del capital a escala global y bajo el predominio de la lógica del capital financiero (Federico-Sabaté, 2000), así como las reformas de Estado, que redujo drásticamente su papel como productor —y como empleador— de bienes públicos y/o de ciertos bienes y servicios considerados “estratégicos,” como regulador de los mercados y como programador y redistribuidor del excedente generado en las empresas, han generado una situación de crisis de reproducción de la vida de grandes masas de personas, familias y comunidades, si es que no de países completos — desempleo, subempleo, precarización laboral, pérdida de ingresos reales, degradación de la oferta de bienes públicos y calidad de vida, etc.—. (Federico-Sabaté, 2007 p. 274)

Sin embargo, la implementación de tales políticas, no sólo produjo transformaciones regresivas en las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, sino que también tuvo como contrapartida, en la región, la aparición de distintas formas de resistencia y protesta. Emergen así —como resultado del proceso de concentración del ingreso, la riqueza y los recursos naturales que implicaron las políticas neoliberales— nuevos movimientos sociales y se inicia un nuevo ciclo de protesta. (Cfr. Seoane, Taddei y Algranti, 2006)

La dinámica de apropiación territorial que caracteriza la práctica colectiva de los nuevos movimientos sociales se destaca por una gran capacidad de interpelación y de articulación con distintos sectores sociales. Se desarrollan diversas estrategias de autogestión: desde acciones que intentan funcionar como un paliativo ante el incremento de los niveles de pobreza e indigencia, hasta otras más radicales que intentan transformar las relaciones de producción. Además, también a través de sus acciones concretas, ponen en marcha una política cultural, ya que se movilizan colectivamente a partir de diferentes significados e intereses.

Como afirman José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranti, estas estrategias autogestivas que se registran por todo el territorio latinoamericano son conformaciones heterogéneas marcadas por las particularidades de cada espacio:

En este *continuum* diverso pueden abarcarse los asentamientos cooperativos del MST brasileño, las comunidades indígenas en Ecuador y Bolivia, los municipios autónomos zapatistas en México, los emprendimientos productivos de los diferentes movimientos de desocupados y el movimiento de fábricas recuperadas (ambos en Argentina), así como las puebladas y levantamientos urbanos que implicaron la emergencia de prácticas de gestión del espacio público (tal es el caso, por ejemplo, tanto de la “Guerra del Agua” en Cochabamba, Bolivia, como de la experiencia de las asambleas populares surgidas en los principales centros urbanos de Argentina a posteriori de diciembre de 2001). (Seoane et al., 2006, p. 242)

Es pertinente destacar que estas innumerables y valiosas experiencias surgen vinculadas a contextos de crisis económicas, políticas y sociales. Recorren trayectorias diversas, que van desde amplios procesos de resistencia al capital —como el caso de los municipios autónomos zapatistas en México, donde la autogestión aparece como un contrapoder— a experiencias de co-gestión estatal —como el caso de Bolivia, donde incluso hay consolidada una Empresa de Apoyo a la Producción de Alimentos (EMAPA), la cual es una estrategia gubernamental de alcance nacional que tiene como objetivo general llegar a garantizar la seguridad alimentaria—. O también se presentan casos donde directamente se lleva adelante un fomento estatal —como ha ocurrido en Perú, con la construcción de una economía social de mercado que está regulada no sólo por el gobierno sino también por las leyes constitucionales—.

2.2. Las transformaciones en el escenario a nivel nacional. El proceso de reformas estructurales

Fueron tan intensas las modificaciones que se puede afirmar que la clase-que-vive-del-trabajo sufrió la más aguda crisis de este siglo, que afectó no solo su materialidad, sino que tuvo profundas repercusiones en su subjetividad y en la íntima interrelación de estos niveles afectó su forma de ser. (Ricardo Antunes, 1999, p. 19)

En la presente investigación, se analizan las transformaciones económicas, sociales y

políticas que se desarrollaron en la década del noventa y que posibilitaron el surgimiento de las distintas experiencias pertenecientes a la economía solidaria. En primer lugar, es importante destacar que dichas transformaciones son la continuación de un proceso de más largo plazo. Hay un hilo conductor entre los lineamientos implementados por el último gobierno de facto y las políticas aplicadas con el gobierno de Carlos Saúl Menem que no debe soslayarse.

Históricamente, Argentina se diferenció de otros países del continente por tener una industrialización temprana y contar con una oferta de mano de obra escasa. La adopción del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI)¹⁰ creó las condiciones para un acelerado crecimiento de la economía urbana y la conformación de mercados de trabajo fuertemente institucionalizados —a través de una legislación protectora, una amplia acción sindical, la regulación estatal, entre otras cuestiones—.

Esta situación empezó a cambiar a través del proceso de modernización iniciado a mediados de la década del setenta, que produjo un giro en el modelo de regulación y de intervención estatal; ello implicó transformaciones en las políticas económicas que favorecieron, principalmente, los intereses de las corporaciones agropecuarias y financieras.

Esta reestructuración conllevó, igualmente, una mayor injerencia de actores socioeconómicos y militares; entre ellos, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el gobierno norteamericano, las empresas internacionales, las fuerzas armadas y grandes capitales nacionales e internacionales. Dicha injerencia se tradujo en el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, que dio inicio a la dictadura militar y a la aplicación, a través de aquel gobierno, de medidas de ajuste estructural —como el abandono de las políticas de protección y de fomento de la industria, la liberalización financiera,

¹⁰ El proceso denominado “industrialización por sustitución de importaciones” (ISI) fue el motor de crecimiento en la década del treinta —luego del impacto de la crisis del año 1929— e involucró a pequeñas y medianas empresas. En líneas generales, se caracterizó por ser una industrialización especializada en manufacturas; es decir, se trataba de la producción a baja escala de artículos de industria liviana, muy ligada al consumo interno, mediante la utilización de mano de obra intensiva y maquinaria anticuada. A fines de la década del cincuenta, se produce la segunda etapa de la ISI, cuando se genera una nueva industria con tecnología moderna e inversión extranjera directa; ésta se caracteriza por fomentar la industria pesada y, a diferencia de la etapa anterior, requiere poca mano de obra y es de capital intensivo. En este sentido, cabe destacar el fomento de la industria de productos químicos derivados del petróleo, celulosa, siderurgia, maquinarias y de la industria automotriz, entre otras.

privatizaciones, una mayor apertura de la economía, entre las más relevantes—.

Cabe destacar que, a través de las medidas políticas implementadas durante el gobierno de facto, se produce una marcada concentración del capital y se facilita, asimismo, la formación de grandes grupos económicos. Éstos últimos, junto a empresas transnacionales, conformarán grandes conglomerados —con una producción diversificada— que tenderán a la monopolización y oligopolización de los mercados; de este modo, se convierten en uno de los principales beneficiarios del proceso modernizador.

Este aspecto es significativo, porque implicó que un grupo reducido de actores alcanzara un lugar preponderante en los diferentes espacios de producción y distribución, y ejerciera, a su vez, un fuerte control, con un impacto negativo sobre los distintos actores que participan en la cadena de distribución de alimentos desde posiciones más vulnerables —campesinos, trabajadores rurales, pequeños productores, proveedores y consumidores—.

Cabe resaltar que las nuevas estrategias de consumo, comercialización y producción llevadas adelante desde la sociedad civil están condicionadas por esta concentración de las formas de abastecimiento de productos básicos de la población —las cuales, hasta la década del ochenta, se caracterizaron por estar diversificadas en diferentes ramas, pequeñas empresas y comerciantes; es decir, operaban a bajas escalas—. ¹¹

Resulta pertinente remarcar este aspecto, que condiciona la inserción de los distintos espacios de autogestión y su perdurabilidad; al mismo tiempo que reafirma la importancia de las diferentes redes de comercialización y contención constituidas por los sectores populares y los movimientos sociales.

A fines del siglo XX, se profundiza el proceso de apertura de la economía iniciado a mediados de los setenta; esta profundización tuvo lugar durante el período presidencial de Carlos Saúl Menem e implicó reorientar la forma de participación del capital local en la economía mundial.

La gestión de Menem dio inicio a una transformación económica, política y social

¹¹ Luego de la entrada de la inversión extranjera se producen cambios estructurales en el sistema de comercialización. De hecho, la aparición de los supermercados e hipermercados ha modificado los hábitos de consumo y contribuido a la mercantilización del qué, el cómo y el dónde compran los ciudadanos argentinos. Se registra, asimismo, una evolución ascendente en la centralización de las adquisiciones cotidianas en los supermercados, en detrimento de los comercios tradicionales y de los pequeños productores. Según el informe nacional de la Subsecretaría de Agregado de Valor y Nuevas Tecnologías, un grupo reducido de empresas concentró en 2012 un 70% del abastecimiento de los productos básicos en la Argentina. (Cfr. Ablin, 2012, p. 4)

mediante la aplicación de una batería de medidas de apertura económica, junto con la reforma administrativa del sistema tributario, la privatización de empresas estatales, la liberación de precios, el ajuste y el saneamiento fiscal. En este sentido, cabe mencionar —entre otras medidas de intervención macroeconómica— la reorganización administrativa, la racionalización del gasto y la reestructuración de la deuda.

Tales reformas siguieron los lineamientos del Consenso de Washington, que contenía recomendaciones consideradas indispensables para obtener los préstamos del FMI y el Banco Mundial. Éstas establecían la conveniencia de realizar las reformas rápidamente y del modo más sencillo posible, y de mantener el cumplimiento estricto de aquellas medidas; el caso argentino se convirtió en un ejemplo a seguir para los intereses de las grandes potencias.

En este marco, el Ejecutivo solicitó la aprobación del proyecto de ley de emergencia económica —cuyas medidas apuntan a una reducción inmediata y temporal del gasto público—, y de la ley de reforma de Estado, que posibilitó la aprobación, por medio de decretos,¹² de un amplio número de privatizaciones que habrían requerido una gran labor legislativa.

La ley de convertibilidad del Austral (Ley N° 23.928), sancionada el 27 de marzo de 1991 por el Congreso Nacional, fue una de las medidas populares de la época. Luego de periodos de crecimiento sostenido de la inflación, y de haber padecido momentos de hiperinflación, el eslogan “un peso, un dólar” rápidamente compró los corazones de muchos argentinos y permitió ampliar el consumo de bienes durables por parte de varias franjas de la población. Sin embargo, en poco tiempo, comenzaron a evidenciarse las limitaciones y el carácter excluyente que tenía la implementación de dichos programas y proyectos hegemónicos.

¹² En los primeros años de su gestión presidencial, entre julio de 1989 y agosto de 1994, hubo trescientos treinta y seis decretos de necesidad y urgencia; muchos de ellos fueron una herramienta eficaz para disminuir las probabilidades de formación de frentes de resistencia a las decisiones presidenciales, lo que permitió concluir algunas privatizaciones en tiempo récord y darle un carácter único a la experiencia argentina; por ejemplo, el decreto N° 1591/89, que dispuso la venta de Aerolíneas; el decreto N° 2778/90, que aprobó el plan de reestructuración de YPF; el decreto N° 668/89, que inició el proceso de privatización de Ferrocarriles Argentinos. (Cfr. Mustapic, 2000).

La convertibilidad implicaba entonces que la única fuente de creación de dinero era el sector externo y, puesto que había suprimido el recurso a las devaluaciones competitivas y se había implementado en condiciones de una apertura casi irrestricta del mercado doméstico a la competencia internacional y de desregulación generalizada de los flujos de capitales y mercancías en el mercado mundial, desataba una segunda carrera, esta vez hacia un aumento de la competitividad sustentado en un aumento de la explotación del trabajo. (Bonet, 2011, s/p)

Ciertamente, estos procesos de reestructuración¹³ implicaron distintas transformaciones en el sistema productivo y en el mercado de trabajo. También produjeron un aumento y profundización de las inequidades sociales. La intensa concentración del ingreso implicó la acentuación de la pobreza y de las desigualdades sociales y económicas.

Ante dichos efectos, la población generó diferentes estrategias para poder garantizar la reproducción social de la vida. La primera reacción se tradujo en la ampliación del mercado informal. No obstante, en ese sentido, comienzan a producirse “desde abajo” interesantes formas de autoorganizarse para subsistir, y así se visibilizan los recursos creativos que posee la sociedad civil:

Se descubre que los excluidos y carenciados sobreviven, intentando centenares y centenares de soluciones parciales e improvisadas, espontáneas o no a sus problemas. La mayor parte de ellas predominantemente subordinadas a la satisfacción de sus necesidades y a la calidad de los vínculos socioculturales — solidaridad, cooperación, reciprocidad, confianza, ayuda mutua— y no a la lógica de la explotación del trabajo ajeno. (Federico-Sabaté, 2007, p. 275)

¹³ Si bien en este trabajo nos centramos en las transformaciones del ámbito urbano, no desconocemos que hubo grandes transformaciones también en el sector agropecuario; éstas tuvieron como consecuencia, además de los daños ambientales, un importante desplazamiento de las poblaciones hacia las periferias de las grandes ciudades, lo cual contribuyó al incremento de los bolsones de pobreza en éstas últimas. La denominada “revolución verde” consistió, en ese entonces, en un nuevo modelo de empresa agropecuaria marcada por cambios tecnológicos y productivos basados en una forma de producción radicalmente distinta a la llevada a cabo hasta el momento en el suelo argentino. Ésta se caracterizó por precisar poca mano de obra —lo cual provocó un desplazamiento de los trabajadores rurales—, la utilización de un combo de semillas transgénicas y productos agroquímicos junto con maquinaria especializada.

Cabe destacar que la situación socioeconómica trajo aparejada una alteración en la denominada “cuestión social”, la cual es definida como un proceso abierto en permanente construcción. A fines de siglo, ésta gira en torno al empobrecimiento, la precarización de las reformas laborales y el desempleo masivo. Según Coraggio y Arancibia (2004), la cuestión social es el entramado de problemas interdependientes con significado social que amenazan, precisamente, la cohesión de la sociedad, al tornársele imposible a ésta integrar a todos los ciudadanos. Ello supone construcciones sociales complejas con bases simbólicas y materiales.

Además, en esta época, como consecuencia de las reformas laborales y una gran extensión de la informalidad, se produce un aumento muy significativo de la precariedad laboral.

El desmoronamiento de la sociedad salarial, como plantea Robert Castel (2009),¹⁴ se caracteriza por la aparición de nuevas amenazas —desocupación y precarización laboral—, las cuales ponen de manifiesto la profunda desestabilización de aquélla; vale decir que no se trata de un fenómeno particular de nuestro país. La inseguridad, la inestabilidad y la incertidumbre se convertirán en las nuevas palabras clave del trabajo actual. Como sostiene el autor, las transformaciones de las últimas décadas acarrearán importantes cambios en los mercados de trabajo, generan desafiliación, desanclaje y la ruptura de los soportes inclusivos que el trabajo otorgaba en la sociedad salarial.

Aquella situación en la que las personas son despojadas de los derechos adquiridos y enmarcadas en un proceso de empobrecimiento, desvalorización de sus capacidades e inseguridad social fue el escenario común para mayoría de las sociedades regionales y locales de la periferia, e incluso en el interior de las regiones metropolitanas de los países latinoamericanos.

Cabe destacar que, en Argentina, el desempleo fue considerado un problema marginal hasta la década del setenta, ya que se trataba de una sociedad cercana al pleno empleo y con tasas de pobreza que se alejaban del 10% de la población. A partir de aquella década, sin embargo, las tasas se agudizan, en gran parte, como consecuencia de las

¹⁴ Robert Castel define como “sociedad salarial” a la organización social que asumió la acumulación capitalista bajo un régimen de pleno empleo, el keynesianismo, con características homogéneas y donde el trabajo asalariado gozaba de estatus y dignidad, y de la protección que era brindada por sectores públicos y privados, es decir, tanto por las empresas como por el Estado. (Castel, 2009)

políticas de ajuste.

Como afirma Carlos Fidel (2004), desde inicios de los años noventa, se registra una evolución de crecimiento progresivo de la tasa de desempleo; esta variación evidencia una curva ascendente: de apenas superar el 2% pasa a un 21,5% en el 2001, mientras que la línea de pobreza se expande hasta envolver a un 50% de la población. Estos indicadores dejan al descubierto un agudo deterioro de las condiciones de vida de franjas mayoritarias de la población.¹⁵

Al profundizarse los niveles de desempleo, una gran cantidad de empresas reducen el personal y otras anuncian su quiebra; ante tal circunstancia, los trabajadores comienzan a improvisar otras formas de defender su empleo: empiezan a ocupar aquellas fábricas y empresas que habían quedado recientemente “abandonadas”. De este modo se inician, a mediados de los años noventa, los distintos procesos de recuperación de empresas.

Es en un contexto de cambios fundamentales en la correlación de las fuerzas sociales, y también de fuertes transformaciones en las condiciones de vida y reproducción, que surgen las luchas de los movimientos sociales de los años noventa. Según Svampa (2008), éstas no sólo se caracterizan por una acción defensiva y un marcado discurso antineoliberal; también contienen una “dimensión pro-activa” que abre la posibilidad de pensar nuevas alternativas emancipadoras a partir de la defensa y promoción de la vida y la diversidad.

En este sentido, Elizabeth Jelin (2005), al analizar los movimientos sociales en la Argentina, escribe: “se podría decir que los primeros años de la década de los noventa

¹⁵ Si bien en los primeros años de la década se registró un ligero aumento del Producto Bruto Interno (PBI) y del empleo, a mediados del decenio, se constataron las limitaciones de la implementación de aquel modelo de desarrollo, y se pusieron en evidencia los problemas estructurales del mercado de trabajo. Durante 1995, el PBI cayó un 4% y el desempleo creció hasta un 18%; eran niveles sin precedentes en la historia de Argentina. (Cfr. Fidel, 2004)

Estos impactos negativos se tradujeron, además, en un aumento de la pobreza que afectó a sectores de clases medias y bajas de la sociedad, a través de la caída de los ingresos familiares, la precarización laboral y el aumento del desempleo —también agravado por la cantidad de jóvenes y mujeres que ingresaban al mercado laboral demandando empleo para afrontar la disminución de recursos en el hogar—.

Cabe destacar que, en comparación al estancamiento económico del decenio anterior, en los primeros años de la década del noventa, se registró un crecimiento económico. No obstante, ese auge económico tuvo lugar acompañado por amplios índices de desigualdad y exclusión social.

fueron de ‘hibernación’, en un período en el que se estaban gestando nuevas modalidades de expresión social, por un lado y respuestas estatales, por el otro”. (p. 546)

Ante las nuevas situaciones a que se vieron expuestos, los sectores populares y los movimientos sociales generaron distintas respuestas. Se puede observar, a partir de mediados de los noventa, la irrupción de los movimientos de desocupados, que no solo actúan a través del piquete, sino que, además, van tejiendo diferentes tramas de solidaridad y brindando respuestas originales frente a la necesidad de asegurar la supervivencia. En el caso particular de los grupos piqueteros, muchas de las experiencias autogestivas no tenían proyección sustentable a largo plazo, y no en todos los casos se planteaba la economía social y solidaria como un proyecto alternativo. Además de brindar una respuesta a la crisis, una gran cantidad de organizaciones de desocupados fortalecen los vínculos identitarios a través de estas prácticas.

También durante este periodo, se desarrollan las redes de trueques, más conocidas como los “Clubes de trueque”, definidos por sus promotores como “redes de economía alternativa a la formal”.

Los valores de cooperación y de intercambio recíproco y solidario que sostenían las redes de trueque inscribían una verdadera contracultura, frente al individualismo prevaleciente en los noventa. El crecimiento casi exponencial de las redes de trueque hasta 2002, paralelo al incremento de la pobreza, llega a incorporar varios millones de personas en este tipo de intercambios. (Palomino, 2005, pp. 421-422)

Las redes de trueque permitieron a una gran cantidad de familias reactivar sus capacidades de trabajo y consumo a través del intercambio de bienes y servicios, y mediante el uso de las “monedas sociales” que se establecieron en los distintos círculos.

La demanda de alternativas de desarrollo local o regional cobra peso en la agenda social y política. Además, dentro del universo de los movimientos sociales, y como respuesta a estos cambios en el mundo del trabajo, se visualiza un fenómeno muy particular que constituye el campo de estudio de la presente investigación: nos referimos a las nuevas formas asociativas y de trabajo autogestivo; a saber, emprendimientos comunitarios, fábricas recuperadas, redes de trueque y ferias —entre las más relevantes—.

Este movimiento emergente de economía social —que se distingue por sus

características específicas del movimiento cooperativo de principios del siglo XX— comienza a implementar y crear soluciones originales para la pobreza y el desempleo por fuera o en los márgenes del sistema económico institucionalizado. Una de las estrategias principales es la construcción de redes que les permitan consolidar el desarrollo de circuitos de comercialización alternativos; dentro de ellos, los diferentes eslabones de producción, distribución y consumo adquieren un carácter político.

Esta contextualización nos permite comprender por qué, desde el surgimiento de estos movimientos, la invocación de una “economía social y solidaria” por parte de diferentes actores sociales se encuentra más asociada a la necesidad, a la carencia que padecen distintos sujetos sociales —y a un contexto de crisis económica— que al deseo y la apuesta de crear “otra economía no capitalista” que llegue a suplantar al modelo actual.

Para quienes estaban sumergidos en la pobreza y el desempleo, la autogestión asociada se presentó, a fines del siglo XX, como un mecanismo capaz de resolver de modo eficaz la provisión de alimentos y el uso de la fuerza de trabajo.

No obstante, con el mejoramiento de las condiciones socio-económicas y de las condiciones de vida de amplios sectores, distintos actores sociales siguieron apostando a la construcción y desarrollo de otras formas de trabajo. Es decir, las experiencias autogestivas se mantuvieron, y más aún, siguieron proliferando.

En la actualidad, esta “otra economía” es impulsada por los sectores populares y los movimientos sociales, y se resalta su carácter político, ya que intentan democratizar el mercado; en muchos casos, estas formas de trabajo implican una manera particular de resistencia al capital, para no caer en otras formas de trabajo precarizado y construir alternativas de inclusión social.

2.3. Un punto de inflexión. La crisis de diciembre de 2001

(...) Nuestro origen data del 2001, de aquella crisis tremenda, y somos la respuesta a aquella crisis que les dieron, las asambleas de Saavedra y Nuñez, que pensaron de qué manera organizar y formalizar la comercialización de productos de la economía social, de empresas recuperadas, de los nuevos emprendedores que quedaban desocupados en aquella debacle económica (...). (Claudia Giorgi, 2014, s/p)

Es recurrente encontrar, en los relatos de actores de la economía solidaria, un vínculo con la coyuntura de 2001; expresiones como “Somos hijos del 2001”¹⁶ recorren las historias de las experiencias autogestivas actuales. En ese periodo, estas experiencias comenzaron a proliferar, dado que la situación económica, política y social no sólo generó una reacción de la sociedad, sino que posibilitó la ocupación de diferentes espacios; de este modo, a fin de sobrellevar la crisis económica, se desarrollaron diferentes actividades.

Lo expuesto hace imprescindible abordar algunos elementos claves que nos permitan entender la conexión del fenómeno estudiado con la crisis social, económica y política más grande la historia argentina. Ésta se desató a consecuencia de la aplicación de los proyectos de modernización excluyente, mencionados a grandes rasgos a lo largo de todo este apartado, que dejaron como saldo una mayor vulnerabilidad social, precarización laboral y un gran aumento de la pobreza. Es decir, la rebelión popular que se desencadenó el 19 y 20 de diciembre de 2001, y culminó en los acontecimientos trágicos generados por la represión policial, también marcó la crisis del modelo neoliberal.

A principios de diciembre de 2001, las medidas anunciadas por Domingo Cavallo agravaron aún más la recesión económica y potenciaron la situación de descontento social ya existente entre amplios sectores de la población. No sólo se vieron alcanzados los ahorristas, afectados directamente por la medida conocida como “el corralito”,¹⁷ también aumentó la falta de confianza en los mercados y se produjo el desplome en las ventas. Como resultado de esta situación, debido a la falta de liquidez y la disminución de su capacidad adquisitiva y de consumo, se vieron seriamente perjudicados los comerciantes y los trabajadores de la economía informal.

A los pocos días del anuncio de aquellas medidas, comenzaron los saqueos en la ciudad de Rosario y, rápidamente, se extendieron a otras grandes ciudades. Si bien algunos de ellos tuvieron carácter espontáneo, mientras que otros eran dirigidos y promovidos por actores políticos, lo cierto es que en el breve periodo de una semana se produjeron miles de saqueos a cadenas de supermercados y a pequeños comercios que causaron una gran

¹⁶ Notas de campo del encuentro “Experiencias organizativas y proyectos políticos de la Economía Popular, Social y Solidaria. Debates y prácticas hacia la democratización de la economía”, que tuvo lugar en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, el 5 de junio de 2014.

¹⁷ “El corralito” es la denominación popular de una medida macroeconómica que consistía en la restricción de la extracción de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro.

conmoción social.

De forma paralela, se sucedieron inmensas movilizaciones, en las cuales, por primera vez, confluyeron distintos actores y sectores sociales bajo la consigna “que se vayan todos”. Muchas de aquellas protestas se llevaban a cabo golpeando cacerolas, por lo que se las denominó “cacerolazos”. Entre los protagonistas de estos acontecimientos, cabe destacar a los actores mencionados anteriormente, que surgieron al mismo tiempo que crecían la desigualdad y la pobreza.

Aquella suma de acontecimientos se tradujo, primero, en la renuncia de Cavallo y parte del gabinete, y horas después, del presidente de la República Argentina, ante la falta de apoyo político y de legitimidad que tuvo el gobierno de la Alianza, incapaz de contener la gran crisis política, económica y social.

El estallido social era visible en varios planos; los cacerolazos y las marchas de protesta hacia las distintas sedes del poder institucional se prolongaron de forma continua y casi sin pausa; la pobreza se manifestó en las calles, también en una oleada de saqueos¹⁸ que se desató en diversos puntos del país. Cuando la desocupación y el hambre se conjugaron con medidas restrictivas como “el corralito”, las calles se vieron transformadas por la irrupción de los cacerolazos, los piquetes y los escraches.

En el escenario de aquellas jornadas de diciembre, había distintos actores: ahorristas cuyos ahorros habían sido vulnerados; las organizaciones de piqueteros, que llevaban ya más de cinco años reclamando por trabajo y subsidios y poniendo en evidencia los límites del modelo económico desigual; los maestros y los estudiantes, entre otros actores movilizados.

“¡Que se vayan todos!” subió el nivel de la ira, abrió un nuevo nivel de lucha por un mundo diferente. Primero porque no sólo exigía la expulsión de un político, como sucede tan a menudo (De la Rúa, Mubarak, Berlusconi), sino de toda la clase política. Y segundo, y más fundamentalmente porque la exigencia abrió la puerta

¹⁸ Nos parece interesante retomar, en este punto, la visión de autores como Svampa (2008) y Auyero (2002), quienes, al momento de analizar los saqueos, proponen interrogarlos como un posible “repertorio de protesta” que vuelve a aparecer en diferentes momentos coyunturales, pues los consideran una práctica ya instalada en la memoria colectiva.

para la ocupación de una multitud de espacios. (...) El *que se vayan todos*, el grito de “podemos hacerlo nosotros mismos, no necesitamos ni al capital ni al Estado”, las *asambleas barriales*, las *fábricas recuperadas*, los piqueteros y las cocinas, talleres y escuelas comunitarias, *el movimiento del trueque*: todas estas son formas de lucha que se proyectan dentro un mundo que todavía no existe, o que existe sólo a través de nuestras luchas. Este es quizás el ejemplo urbano más glorioso de luchar por crear otro mundo viviendo ahora el mundo que queremos crear. Fue una lucha que fue más allá de la mera negatividad para crear, en una rápida apertura de grietas, un antimundo, no sólo un mundo de oposición, sino un mundo de relaciones sociales diferentes, diversas formas de hacer las cosas. (Holloway, 2011, s/p)

En este contexto, cabe destacar el rol de las Asambleas, las cuales, al constituir espacios de debate sobre las necesidades y demandas, elaboraron alternativas para la profundización democrática y la construcción de nuevos modelos socioeconómicos.

Surgieron como respuesta a la crisis de representación, a la desconfianza hacia el sistema de partidos y las formas delegativas de democracia; algo que había sido anticipado con el “voto bronca”¹⁹ de las elecciones de octubre del mismo año. Las asambleas barriales se fueron multiplicando en las principales ciudades del país; en ellas había un fuerte reclamo o demanda que dejaba a la luz la crisis institucional que se vivía por aquellos tiempos: el cambio del sistema político. Es decir, se trataba de una crisis de la democracia representativa.

(...) no tenemos más remedio que tomar la vida en nuestras propias manos: si algo nuevo surgió del 19 y 20 de Diciembre de 2001 es el imperativo de la autoorganización. Las asambleas populares y vecinales somos una forma autoconvocada de encuentro de voluntades de transformación, que incipientemente abarcan cada uno de los aspectos de nuestra existencia. No tiene sentido proclamar nuestra múltiple autonomía y seguir aceptando las reglas del juego económicas;

¹⁹ En las elecciones legislativas del 14 de octubre de 2001, se produce el popularmente conocido como “voto bronca”, que es una sumatoria de los sufragios blancos y anulados. En esa ocasión, este tipo de voto registró un gran crecimiento, sumaron el 22% del total sufragado, y también el número de abstenciones se incrementó del 18.4% al 26.3%, es decir, alrededor de 2.500.000 ciudadanos no acudieron a la votación.

podemos y debemos movilizarnos para reclamar al Estado y a los patronos respuestas a nuestros problemas, pero también debemos encarar por cuenta propia su solución. Aquí es donde entra esta construcción de la economía solidaria.²⁰

Además, cabe destacar que, luego de la normalización política e institucional en el año 2003, las asambleas barriales comenzaron a perfilar distintos objetivos y direcciones. Muchas de ellas definieron sus líneas de acción según las necesidades del territorio; en una gran variedad de casos, se replicaron diferentes experiencias de trueque y de economía social para satisfacer las necesidades de los vecinos, mediante la improvisación de ollas populares, huertas, ferias e incluso talleres de formación en oficios. Tal es el caso de “La Asamblearia”, una de las organizaciones que integra la Red de Comercio Justo del Litoral.

Fueron movimientos muy ligados a las asambleas y a todo post-2001 y el Foro Mundial separados, incluso el término “economía social y solidaria” se empezó a usar mucho en los foros; es un movimiento importante porque, evidentemente, la situación más difícil de afrontar era la economía; allí aparecieron las empresas recuperadas y hubo cruces importantes en todos. Estamos convencidos que es una fortaleza. (Mario, miembro de Mink'a. Cooperativa Comercio Solidario. Comunicación personal, 12 de agosto de 2013)

En síntesis, la coyuntura de 2001 fue un momento clave. En tal sentido, es interesante la noción del concepto de “crisis” explorada por Elias Palti (2008); el autor se remite a la raíz etimológica del término, de origen médico, e indica que refiere a “una mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento” (p.13). Por lo tanto, Palti concluye que “la crisis discierne, delimita ciclos vitales; participa, en fin, del orden del kairós, el tiempo significativo, ordenado como proceso, en oposición al chronos, al mero transcurrir ciego, vacío” (p.15).

Siguiendo esta concepción, que nos permite entender las crisis como momentos de oportunidad, es posible visualizar los sucesos de 2001 como una instancia de inflexión, ya que después de esta coyuntura agitada, los Estados han intentado, desde sus distintos niveles

²⁰ Volante distribuido por las asambleas (reproducido en Fontecob, 2003).

y agencias, variadas estrategias que funcionen como paliativos y favorezcan la inclusión social.

También, los actores de la sociedad civil han ocupado diferentes espacios e impulsado, de modo creativo, innumerables respuestas a la situación económica y política que van más allá de las metas de los movimientos sociales; esto se evidencia, especialmente, en el entramado de acciones que se han plasmado en el campo de la economía solidaria.

2.4. La gestión kirchnerista y su intervención en el movimiento de economía social y solidaria

Con las elecciones de 2003, comienza una nueva etapa en la historia argentina, como conclusión de un largo y accidentado proceso de recomposición política y económica conducido por el peronismo. Kirchner inició su periodo gubernamental luego de la salida anticipada de Duhalde y con los efectos del estallido del 2001 todavía presentes. Éstos condicionaron el accionar del gobierno, que fue llevado a realizar ciertas concesiones sociales²¹ y concretar algunas demandas de los distintos actores sociales movilizados. Aun así, logró recuperar la gobernabilidad política e impulsar el crecimiento económico.

A partir de lo expuesto en este capítulo, se puede afirmar que el Estado no es el actor principal que interviene en el territorio de la economía solidaria. No obstante, luego de la crisis de 2001, se produjeron ciertos matices en el accionar estatal.²² Se inicia así un período

²¹ Especialmente, durante los dos primeros años del ciclo abierto con el kirchnerismo, se recurrió a una lógica de reconstruir el consenso a través de la satisfacción gradual de las demandas de los diferentes grupos sociales movilizados. Sobresalen, dentro de las distintas decisiones políticas que se orientan en este sentido, la suplantación del programa Jefes y Jefas de Hogar, impulsado por la gestión de Duhalde, por el programa Proyectos productivos “Manos a la obra”; la renovación de la Corte Suprema de Justicia; la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final; la devolución de los ahorros bancarios con pérdidas menores a las esperadas hasta el momento, entre las más relevantes.

²² En este trabajo se considera, no obstante, que, en líneas generales, las políticas de desarrollo neoliberal mencionadas a lo largo de este capítulo se mantienen; especialmente, en cuanto a la forma de insertarse en el mercado internacional a través de la exportación de materias primas, en un horizonte donde se esperan más “Famatinas”; y aunque se ha dejado de lado la paridad cambiaria, la relación capital-trabajo se mantiene. Es decir, el crecimiento se lleva adelante a través de una maximización de la explotación de la mano

que registra un cambio en las iniciativas gubernamentales.

Es posible sostener que, con posterioridad a la convertibilidad, se produjo un giro en torno a las políticas públicas; se interviene más activamente a nivel macroeconómico que en el período anterior, y se llevan a cabo distintas estrategias o paliativos a fin de promover la inclusión social. En este sentido, cabe destacar que ya desde el plan “Jefes y jefas de hogar desocupados” se puede encontrar este viraje, porque, por su magnitud, al superar los dos millones de personas beneficiarias, el programa posee una notoria importancia en el aspecto cuantitativo.

Desde la asunción de Néstor Kirchner se profundiza dicha orientación a reparar situaciones sociales precedentes y que, en algunos momentos del período anterior, se expresaron en procesos de desintegración social. Esta es una diferencia sustancial entre las políticas gubernamentales aplicadas en las gestiones kirchneristas y los subsidios de la segunda mitad de los noventa, los cuales eran puntuales y transitorios. En la gestión actual, nos encontramos con una gran variedad de programas y subsidios masivos y permanentes.

Quizás esta línea de acción se ha generado como parte de las concesiones sociales que el gobierno otorgó para poder desactivar o canalizar el proceso de movilización y convulsión social en que se encontraba la sociedad en aquel momento. Pero es innegable, en este marco, el apoyo y fomento brindados a aquellas iniciativas autogestivas pertenecientes a la economía social y solidaria.

De esta manera, distintas acciones de intervención estatal para dar respuesta o más bien como paliativo a la desocupación, pobreza y exclusión en los momentos de mayor crisis fueron enmarcadas en un impulso al campo de la economía social (Hintze, 2003).

La dirección hacia nuevas políticas públicas está asociada a las transformaciones que han acontecido en el mundo del trabajo, ya que la posibilidad de contar con un vínculo con el trabajo y de construir o estar inmerso en un marco de relaciones sociales —que se constituyeron durante décadas como los pilares básicos de la integración a la sociedad— se ha tornado aleatoria.

Estas modificaciones en el ámbito del trabajo no sólo engloban diferentes formas de

de obra, ya que luego de transcurridos varios años desde la crisis de 2001 y de un crecimiento económico a tasas chinas, los salarios, en términos generales, siguen deteriorados, e incluso están en niveles inferiores a la década del noventa. (Cfr. Gambina, 2013). Aunque se han reducido considerablemente los niveles de pobreza y desempleo, los índices de desigualdad no han disminuido al mismo ritmo que aquéllos.

relacionarse, también significan un avance del sector patronal o empresarial en detrimento de los sectores trabajadores y una gran profundización de políticas neoliberales llevadas a cabo con el consentimiento del Estado o ejecutadas directamente por el gobierno de turno (Gambina, 2013).

Según Hintze y Deux (2007), es posible registrar una línea de políticas públicas que tienden a fomentar el trabajo asociativo como forma de incidir en la vida. Desde su perspectiva, esta línea puede hallarse, desde el 2003 en adelante, en los distintos niveles y agencias estatales; se trata de políticas orientadas no a la economía social tradicional, sino a la economía social y solidaria. Cabe destacar el Plan de desarrollo territorial y economía social “Manos a la obra” como uno de los principales referentes que influyó la generación de organismos estatales de la economía social y solidaria en las jurisdicciones subnacionales.

También se destaca el programa nacional de Microcrédito para la Economía Social y Solidaria que, mediante los distintos “Banquitos de la Buena Fe”, y a través de distintas organizaciones sociales, logra acercarse a distintos vecinos y productores y otorgar créditos de una manera bastante original. Esto se logra, en efecto, a través de un control y acompañamiento de las mismas organizaciones pertenecientes a la economía social.

Por último, cabe mencionar, al hacer referencia a los más importantes en el ámbito nacional, al programa “Marca colectiva”. Igualmente, en el ámbito provincial y municipal se han generado innumerables iniciativas.

En síntesis, en el período 2003-2006 se ha creado una amplia gama de organismos dedicados a la economía social (Cfr. Hintze y Deux, 2007).

Hay intervención fuerte, desde el gobierno nacional en este movimiento, la más fuerte (...) los bancos populares de la buena fe, más allá de las críticas que se le puede hacer, (...), yo creo que es el movimiento en torno a la economía solidaria más grande de la Argentina, la masividad que tiene no se equipara con nada, con ninguna otra experiencia de economía solidaria en la Argentina, donde hay un banquito popular de la buena fe, a ver, el punto clave ahí es la recuperación de la gente en poder manejar capital, eso es políticamente importantísimo. (Mario, miembro de Mink'a. Cooperativa Comercio Solidario. Comunicación personal, 12 de agosto de 2013)

En el presente análisis, por lo tanto, se reconoce la intervención estatal que se realiza en el campo de la economía social. No obstante, consideramos que se carece de un abordaje crítico sobre las posibilidades de inserción de la producción de la economía social, lo cual no es una cuestión menor. A través del acercamiento a distintos organismos públicos, podemos afirmar que, desde el Estado, sólo existe una aproximación conceptual a la problemática del comercio justo, y sólo se interviene a través de la promoción de las ferias. A nivel nacional, también existen los “Mercados Federales”,²³ los cuales son instancias de exposición de los productos de la economía social, pero se realizan de forma anual en el Gran Buenos Aires.

En estas páginas no se desconoce que la cuestión de la comercialización está presente en las iniciativas gubernamentales, pero se discrepa con la forma en que se delimita “el problema” de la inserción de los productos de la economía solidaria. En las acciones concretas, ha sido incluido en los programas y en las políticas públicas básicamente a través de la promoción de ferias.

Al respecto, es importante resaltar que la definición del problema determina un tipo específico de política pública e iniciativa política; en otros términos: “La definición del problema es parte del problema” (Parson 2007: 120); y la imprecisión en la definición, en este caso, es una de sus características principales.

Consecuentemente, en el presente trabajo se considera que la problemática de la comercialización no se resuelve sólo con garantizar espacios públicos para las ferias. Para lograr un sólido mercado social “formal” hay que abordar la cuestión de manera integral, atendiendo distintos aspectos de la economía solidaria. Entre ellos, la publicidad y promoción de los emprendimientos autogestivos —cómo se producen y el entramado de relaciones que generan—; la promoción de nuevas marcas que saquen de la informalidad a los productores; el desarrollo de normativas específicas —es decir, con exigencias acordes al tipo de producción realizada—; redes de traslados sustentables y de bajo costo, etc.

En otros términos, aún son insuficientes las políticas públicas de promoción y consolidación de los distintos mercados sociales. Desde el campo de la ciencia política, es importante resaltar la importancia de generar políticas públicas que respondan a las

²³ Para mayor información sobre los Mercados Federales consultar sitio web del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación: <http://www.desarrollosocial.gov.ar/Noticia.aspx?Id=2170>

necesidades de la población y que, al mismo tiempo, logren la participación de distintos actores. Actualmente, se destaca la dificultad para abordar y complejizar la cuestión de los canales de inserción de la producción de los productores autogestivos. Además, es notorio el deficiente cuestionamiento acerca del rol de los actores privados y de los intermediarios en los distintos niveles de comercialización, y acerca de las posibilidades de inserción en el mercado tradicional.

Existe una gran necesidad de aproximar a los productores y a los consumidores, y de generar distintas iniciativas que contribuyan a sensibilizar a la población sobre el consumo responsable. También se destaca que los espacios de ferias auspiciados por los organismos estatales carecen de una difusión relevante. En palabras de los entrevistados:

La provincia está meta promover ferias, que está bien pero no es lo único. Ahora, un esquema de comercialización de largo aliento tiene mucho más riesgo que eso, te tenés que jugar. Son políticas que están pensadas desde una idea del productor al consumidor, que estaría bueno, pero con una feria no lo resolvés. La gente busca otro tipo de soluciones para la comercialización. O ferias más permanentes, así funcionan, si están reconocidas por la ciudadanía. (Mario, miembro de Mink'a. Cooperativa Comercio Solidario. Comunicación personal, 12 de agosto de 2013)

En este sentido, se resalta el accionar de los diferentes movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil que, por un lado, intentan poner en la agenda social y política la problemática de comercialización y la demanda de alternativas de desarrollo local o regional; y por el otro, “improvisan” estrategias de comercialización alternativas. En esta línea, desarrollan prácticas sociales orientadas a poder enfrentar las desigualdades.

A modo de ejemplo, en nuestra región, es posible mencionar diversas estrategias, tales como experiencias de trueque, catálogos de compra on line de productos de la economía social, tiendas de la economía social, campañas antiinflación, redes de consumidores responsables, nodos de distribución solidaria, la promoción de productos de la economía social en eventos políticos, sociales y culturales, etc.

En resumidas cuentas, se reconoce una gran impronta estatal que se traduce en los distintos programas sociales y subsidios, pero el acompañamiento y los esfuerzos por lograr su integración social y dar contención a los emprendedores de la economía solidaria

constituye un paso muy importante, el cual sólo se manifiesta en prácticas que se dan “desde abajo y para los de abajo.”

Es decir, se llevan a cabo a través del apoyo de las organizaciones sociales y de las diferentes redes que tejen los movimientos sociales; por lo tanto, no debe perderse de vista que son los sectores populares y los movimientos sociales los principales actores que van construyendo y fortaleciendo ese universo heterogéneo de prácticas sustentadas en los lazos de solidaridad, trabajo y autogestión.

2.5. A modo de síntesis

En este capítulo se aborda brevemente el contexto en el cual surgió y se ha desarrollado la economía social y solidaria en Argentina. Si bien quedan fuera del análisis de estas páginas muchos factores y elementos importantes que condicionaron este período, el objetivo es enfatizar las principales cuestiones que limitaron o posibilitaron el desarrollo del movimiento de economía solidaria en sus diferentes vertientes.

Como se puede apreciar en el análisis realizado a lo largo de estas páginas, luego de la aplicación de los programas neoliberales que, sin duda, implicaron una “Modernización excluyente”, los actores de la sociedad civil y los sectores populares encontraron, a través de las distintas iniciativas de autogestión, respuestas a la profunda crisis económica en la cual estaban inmersos.

Por estos motivos, se considera que tales experiencias, en sus inicios, se encontraban más vinculadas a la necesidad que a la realización de la utopía de una alternativa al capitalismo. Esta afirmación no implica en absoluto que dichas iniciativas económicas sigan la lógica de pensamiento que sostiene el neoliberalismo como la única vía, ya que, de esta manera, muchos actores construyen nuevos espacios alternativos, generan nuevas relaciones y redes de inserción más justas y humanitarias, y así constituyen, también, nuevas formas de “desobedecer al capital”.

Lo dicho anteriormente permite comprender por qué, en la última década, con el mejoramiento de la situación económica, que habría permitido a muchos actores desprenderse de estas experiencias de autogestión y reinsertarse en el mercado tradicional, se ha producido, no obstante, una continuación en estos espacios e, inclusive, una proliferación de las iniciativas de economía solidaria.

Por otro lado, se destaca un cambio de la percepción de las políticas sociales en relación con las políticas públicas implementadas a fines del siglo XX. Actualmente, en el campo la economía social, existe un fomento gubernamental brindado a través de las distintas políticas sociales que llevan adelante los Estados desde sus diferentes niveles y agencias.

Esta multiplicación de programas de financiamiento y apoyo a la economía social han contribuido en el desarrollo y perdurabilidad de diferentes experiencias; en muchos casos, a través de acciones de cogestión con las organizaciones sociales. No obstante, esta dependencia de financiamiento puede llegar a repercutir, eventualmente, en la autonomía de las organizaciones del movimiento.

El problema de la autonomía de los movimientos sociales ante el Estado es un tema muy complejo, al considerarse la dependencia de los recursos que se genera para poder llevar a cabo los objetivos y proyectos de las organizaciones sociales. Sin embargo, es mucho más complejo cuando dichos fondos no se destinan sólo a construir otras formas de producción y consumo, sino que garantizan la supervivencia de las personas que integran estos colectivos; es decir, son utilizados para satisfacer necesidades básicas y asegurar la subsistencia de sectores más vulnerables.

Por otro lado, cabe destacar que si bien hay un gran fomento de estas iniciativas, uno de los grandes desafíos que tiene el sector es el de obtener legislaciones adecuadas para las características de los distintos emprendimientos autogestivos, que van desde leyes de expropiación para los trabajadores de fábricas recuperadas, reglamentaciones bromatológicas específicas para los pequeños productores, leyes de promoción de la economía social, hasta la necesidad de profundizar las leyes de protección social, entre las más importantes.

Sobresale la gran articulación que han construido los sectores de la sociedad civil para poder proteger a los productores de la economía social y fomentar los lazos de solidaridad y el trabajo colectivo. Esta estrategia ha tenido un gran impacto en muchos productores y ha mejorado la calidad de vida de muchas personas.

(...) la economía solidaria viene a ser una herramienta de inserción, donde se desarrolla lo económico pero, al mismo tiempo, hay que desarrollar lo cultural, lo social, lo educativo, la salud, todo..., porque los sujetos que llegan, llegan privados

de todo derecho, llegan del afuera totalmente, una pequeña movida económica mueve, sí o sí todos los aspectos de la vida. (María, miembro de la Organización Poriajhu, perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 22 de mayo de 2013)

Se destaca esta fuerte apuesta de los sectores populares y de los movimientos sociales por la consolidación del camino de la economía social y solidaria. Aunque en el centro del movimiento hay contradicciones y tensiones, y un profundo debate sobre los sentidos, alcances y límites de esta “otra economía”, en los territorios se han generado distintas estrategias y redes de economía social, y se seguirán creando innumerables respuestas a la vulnerabilidad y exclusión social.

En este sentido, los pequeños productores, organizaciones sociales y sectores populares “improvisan constantemente” distintos senderos para la comercialización de sus producciones. Con respecto a este punto, las organizaciones adquieren un rol fundamental en las pequeñas relaciones de producción y circulación; muchas veces se generan circuitos que se legitiman con avales sociales y se articulan productos autogestivos de diferentes ámbitos, ramas de actividades e, incluso, se vinculan productores a gran distancia geográfica.

Hay una diversidad de experiencias autogestivas de intercambio que resulta pertinente analizar. No obstante, a continuación se abordará específicamente una de estas formas de articulación, que es la Red de Comercio Justo del Litoral. A través de ella, se despliega una interesante estrategia de trabajo en red y de vinculación entre organizaciones rurales y urbanas con el fin de hacer frente a uno de los grandes problemas de la economía social y solidaria: la comercialización.

Capítulo 3

Un abordaje al territorio de la Economía solidaria. La experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral

Son cosas chiquitas, No acaban con la pobreza, no nos sacan del subdesarrollo, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí baba. Pero quizá desencadenen la alegría de hacer, y la traduzcan en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito es la única manera de probar que la realidad es transformable. (Eduardo Galeano, 1992, pp. 84-85)

3.1. Introducción a las redes de comercio justo

El movimiento de Comercio Justo tiene, a nivel internacional, un gran desarrollo que se puede rastrear desde la década del sesenta, a través del inicio de actividades que intentan promover o visibilizar la cuestión del comercio justo. Dentro de estas iniciativas, cabe destacar el reclamo de organizaciones y países del sur a través de la consigna: “Trade, not aid” (“El comercio, no ayuda”) durante la primera conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), celebrada en Ginebra en 1964.

Las acciones llevadas a cabo por esos actores evidenciaron la situación injusta en la que estaban inmersos los países, y la condición vulnerable y desigual de los productores en las relaciones de comercio internacional. En este sentido, también se dejan al descubierto las inequidades existentes en las distintas fases de producción y distribución del mercado mundial.

Estas situaciones llevaron a gobiernos y organizaciones sensibilizados a implementar distintas estrategias para mejorar la situación de los productores. Comenzó, así, el proceso de construcción de un sistema de comercio alternativo que, a su vez, es un movimiento sociopolítico, el cual ha tenido un gran crecimiento desde principios del siglo XXI.

Es en Europa donde con mayor fuerza se han desarrollado las acciones orientadas a un comercio más equitativo dentro del continente. El comercio justo llegó, incluso, a

institucionalizarse y a generar sellos y marcas, las cuales son reconocidas por un gran parte de los consumidores europeos. Éste ofrece a los consumidores el poder que, mediante acciones responsables, permite cambiar la situación de los productores a través de sus compras diarias. En tal sentido, el pago de estos productos significa garantizar precios que cubran los costos de una producción sustentable, relaciones comerciales de largo plazo y condiciones de trabajo dignas.

Se observan dos vías de acción de comercio justo: las tiendas de comercio justo — que es el desarrollo más similar al que luego se genera en América Latina— y la venta en supermercados, la cual integra a un gran porcentaje de productores.

Muchas organizaciones de comercio justo han visto la necesidad de establecer una coordinación conjunta; así se han generado grandes entidades que nuclean a otras e intentan establecer acuerdos y brindar visibilidad y protección a los actores involucrados en dicho movimiento.

Actualmente hay cuatro organizaciones internacionales de comercio justo que regulan y promueven una comercialización mas justa a nivel internacional. La institución “*Fair Trade Labelling Organization*” (Organización para el Etiquetado del Comercio Justo), más conocida como FLO, es la principal entidad de etiquetado; es la encargada de establecer los requisitos del comercio justo, certificar y proporcionar apoyo a las organizaciones de productores que cumplan con los requisitos de la certificación “*Fairtrade*”.

La segunda institución es “*World Fair Trade Organization*” (La Organización Mundial del Comercio Justo, anteriormente llamada IFAT), popularmente reconocida por la sigla WFTO. Su objetivo principal es “mejorar las condiciones de vida y el bienestar de productores en desventaja al relacionar y promover organizaciones de Comercio Justo y abogar activamente por una mayor justicia en el comercio internacional” (WFTOLA, 2014).

Desde 1994, las tiendas de comercio justo europeas se organizaron en “*Network of European World Shops*” (NEWS) —la traducción de su siglas significa Asociación de Tiendas de Comercio Justo Europeas—; esta asociación se encuentra conformada por organizaciones nacionales de tiendas, destinadas a mejorar la situación de los productores y las organizaciones mediante la generación de actividades conjuntas.

Por último, dentro de las principales instituciones internacionales se encuentra “*The European Free Trade Association*” (Asociación Europea de Comercio Justo), también

denominada por sus siglas EFTA, la cual está compuesta por las importadoras de Comercio Justo de los Países Europeos, y está destinada a fomentar la labor y cooperación de las organizaciones miembro facilitando, por un lado, la coordinación y la creación de redes, y por el otro, la formulación de proyectos en conjunto.

A su vez, desde 1998, estos organismos se encuentran reunidos en una iniciativa denominada FINE (dicha sigla está formada por la conjunción de la primera letra de cada una de las cuatro entidades que hemos mencionado, es decir, FLO, IFAT, NEWS! y EFTA).

En esta red confluye gran parte del movimiento de comercio justo europeo; desde allí se supervisan las políticas e iniciativas estatales sobre el área y se conforman instancias de comunicación e intercambio con los principales dirigentes de la Comunidad Europea y de los países que la integran. Además, intentan establecer criterios generales de certificación, con los cuales se elaboró la siguiente definición del comercio justo:

El comercio justo es un “partenariado” comercial basado en el diálogo, la transparencia y el respeto, que busca una mayor equidad en el comercio internacional. Contribuye al desarrollo sostenible ofreciendo mejores condiciones comerciales y asegurando los derechos de los pequeños productores y trabajadores marginados, especialmente los del sur. Las organizaciones de comercio justo, apoyadas por los consumidores, están activamente comprometidas en apoyar a productores, sensibilizar y desarrollar campañas para conseguir cambios en las reglas y prácticas del comercio internacional convencional. (Gendron, Palma Torres, Bisailon, 2012, p. 22)

En este sentido, la Unión Europea fue pionera en la adopción de un gran número de resoluciones acerca del comercio justo, y ese continente es el que genera más programas de promoción y financiamiento del comercio justo.

Si bien el comercio justo sigue siendo utilizado, generalmente, para referirse a los intercambios en la relación Norte-Sur, también se está abordando el tema en distintas cumbres y encuentros de la comercialización Sur-Sur, con diferentes miradas políticas sobre el comercio justo internacional y con avances concretos, tanto en los acuerdos como en las transacciones.

3.2. Las redes de comercio justo en Argentina y Latinoamérica

En América Latina hay diferencias notables respecto a cómo se desarrollan las estrategias de comercio justo con relación a Europa que radican, en parte, en las formas de construir la economía social en cada uno de los territorios. Tal como se ha desarrollado a lo largo del capítulo primero, las experiencias de economía social en Europa hacen referencia a pequeñas empresas, cooperativas y mutuales. Éstas se hallan fuertemente institucionalizadas y, en la mayoría de los casos, trabajan de forma articulada con los Estados, e incluso con los mercados, cubriendo áreas de vacancia.

En este sentido, la necesidad de pensar un comercio justo reside en los intercambios comerciales que se hacen con los productores de América Latina y África, donde una gran cantidad de personas se dedican a producir en situaciones de vulnerabilidad social y exclusión.

Si bien hay redes de comercio justo que fomentan mejoras en el comercio dentro de Europa, se trabaja como un “tercer sector”, bajo otros “paraguas conceptuales”, ya que los actores de la economía social son visibilizados como pequeñas empresas que están institucionalizadas e insertas dentro del mercado en condiciones mucho más favorables. En este sentido, no hay posibilidades de tener niveles equitativos de comparación con los emprendimientos de economía solidaria de América Latina.

Las redes de comercio justo latinoamericanas trabajan en contextos diferentes, permeados por una gran vulnerabilidad social, pobreza y exclusión; desde allí, intentan generar oportunidades para mejorar la calidad de vida de los pequeños productores y la de sus comunidades. En muchos casos, también cuestionan las relaciones internacionales de comercio y el lugar de inserción desde Latinoamérica.

Algunas de las acciones que llevan a cabo las organizaciones latinoamericanas son, por ejemplo, la promoción y contención a los actores de la economía solidaria para poder incluir a una mayor cantidad de productores en estas redes más justas de exportación; igualmente, intentan consolidar esquemas de comercialización alternativos dentro del mismo territorio, generar vínculos más estrechos entre productores y consumidores y garantizar a los productores un trato más justo y mejoras en las condiciones de inserción y comercialización en la región.

Además, se destaca la existencia de un universo de emprendedores y asociaciones

que producen en una escala menor a la necesaria para exportar, o cuyos productos no son los que demandan en el mercado europeo, con una mayor necesidad de insertarse en redes de comercio regionales y locales.

En algunos países se han producido grandes avances en la legislación sobre comercio justo; la actual Constitución Ecuatoriana, por ejemplo, en su Sección Quinta se dedica específicamente a los “Intercambios económicos y comercio justo”. En Brasil, está vigente un decreto que instituye el “Sistema Nacional de Comercio Justo y Solidario”, y adopta una definición y delimitación del Comercio Justo y Solidario.

Asimismo, en Colombia, ya en los años noventa, se desarrollaron programas para beneficiar a los campesinos, y para que obtengan una mejor posición en la cadena productiva. También se constituyó la sociedad Mercado Justo y Paz, que buscó propiciar espacios directos de comercialización entre pequeños y medianos productores para evitar intermediarios. Y en el 2006, se creó el Primer Mercado Campesino de Comercio Justo, en la ciudad de Cali.

De igual modo, en Bolivia, se han llevado adelante estrategias de comercialización y se consolida la Empresa de Apoyo a la Producción de Alimentos (EMAPA), la cual es gubernamental y de alcance nacional; ésta no sólo intenta generar espacios de comercialización más justos, sino también garantizar la seguridad alimentaria.

Cabe destacar que las experiencias de “otra economía” basadas en principios solidarios y de distribución más justa no se reducen a las antes mencionadas; hubo, además, en nuestra región, un fomento muy grande, por parte de los movimientos sociales y los sectores populares, a través de los foros mundiales y latinoamericanos, a la iniciativa de comenzar a proyectar “otros mundos posibles” y “otras economías”. En este sentido, las respuestas pro-activas a la crisis, a la exclusión y a la pobreza que han llevado a cabo los movimientos sociales al generar alternativas de inserción económica son formas no sólo de resistencia, sino de “re-existir”, de inventar soluciones originales.

Dentro de estas acciones orientadas a repensar los intercambios, cabe destacar, en Sudamérica, el “Mercosur Solidario”, formado por una diversidad de organizaciones sociales, entre las que se intenta construir una propuesta de ley que proteja y promueva no sólo al comercio justo sino a toda la economía social. Al mismo tiempo, se proponen realizar acciones de comunicación, formación y capacitación sobre el área.

En Argentina, las acciones orientadas al comercio justo son llevadas a cabo por una

multiplicidad heterogénea de organizaciones sociales²⁴ y los movimientos sociales. Si bien, como se desarrolló en el apartado anterior, en las últimas décadas hay una gran promoción de la economía social desde las instituciones gubernamentales, no se registran, hasta el momento, grandes iniciativas estatales que aborden específicamente la problemática de la comercialización.

Es interesante destacar que el movimiento de comercio justo, desde sus orígenes, se caracteriza por la articulación entre distintas organizaciones de diferentes sitios geográficos, e incluso, en diferentes Estados; ya sea que esta se realice a través de un trabajo en conjunto, de interacciones, intercambios y ayuda mutua entre entidades sociales o políticas de países latinoamericanos y organizaciones o instituciones europeas, o a través de una gran variedad de redes de asociaciones y movimientos sociales a escala local, regional nacional e incluso transnacional.

En los últimos tiempos, estas redes se han extendido, y tienen un alcance cada vez mayor. Para poder comprender la dinámica política y la dimensión estratégica que poseen dichas interacciones, es pertinente retomar la elaboración conceptual sobre las redes de movimientos sociales de Lise Scherer-Warren (2005):

Son redes sociales complejas que trascienden organizaciones empíricamente

²⁴ Hay una gran variedad de iniciativas de comercio justo que se ha llevado adelante dentro del movimiento de la economía solidaria en Argentina. En este sentido, cabe destacar que existen organizaciones dedicadas exclusivamente al comercio justo, como la Fundación Silataj, la Federación de Cooperativas Agropecuarias de San Juan (FECOAGRO), la Cooperativa Entrerriana de Productores Agrarios del Departamento La Paz, la fundación Fortalecer, la Asociación Civil APONA (Asociación de Productores Orgánicos del Norte Grande), la Red Argentina de Comercio Justo (integrada por organizaciones de La Pampa, Buenos Aires, Santa Fe, Río Negro, Formosa, Mendoza, Entre Ríos y Córdoba). Todas ellas son ejemplos de experiencias que, en cooperación con las organizaciones de comercio justo internacional, ayudan a los productores a insertarse en el mercado mundial en mejores condiciones. Algunas de ellas, en sus inicios, se encuentran muy ligadas a la Iglesia, como, por ejemplo, la ONG Arte y Esperanza, la Obra Kolping y el Centro Ecueménico Poriajhú.

También hay actores que intentan generar redes de comercio justo en el territorio, atendiendo a las necesidades, de muchos productores, de poder generar mejores redes de comercialización en la región y promocionar un consumo responsable en el territorio, como, por ejemplo: La organización Otro Mercado al Sur (OMAS), la Red de Comercio Justo del Litoral, la Red de Emprendimientos productivos del Bajo Flores, la Autogestión en Red, Puente del Sur y Asociación Mutual Sentimiento.

delimitadas y que conectan de forma simbólica, solidaria y estratégica sujetos individuales y actores colectivos, cuyas identidades van construyéndose en proceso dialógico: a) de identificaciones sociales, éticas, culturales y/o político-ideológicas, es decir, ellas forman la identidad del movimiento; b) de intercambios, negociaciones, definiciones de campos de conflicto y de resistencia a los adversarios y a los mecanismos de discriminación, dominación o exclusión sistémica, o sea, definen a sus adversarios; c) con vistas a la transposición de los límites de esta situación sistémica en dirección de la realización de propuestas o proyectos alternativos, es decir, establecen sus objetivos, o construyen un proyecto para el movimiento. (pp. 78-79)

Generalmente, el trabajo en red que realizan los movimientos sociales ayuda a la vinculación, además de facilitar la organización y el desarrollo de estrategias más democráticas; los procesos de toma de decisiones tienen formas menos jerárquicas y descentralizadas. En este sentido, es importante abordar la experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral, por su interesante forma de afrontar la problemática de la comercialización y el impacto de ésta en la economía social regional.

La heterogeneidad de organizaciones que la componen son un reflejo de diversas expresiones de la “otra economía”, es decir, de esas resistencias y nuevas estrategias económicas surgidas como respuesta a los escenarios que se configuraron con la implementación de las reformas neoliberales desarrolladas anteriormente.

La Red está integrada por una pluralidad de sujetos provenientes de las experiencias del trueque, de las asambleas populares, de contener la exclusión sufrida en los años noventa, de intentar alternativas más saludables de consumo y de la economía popular; también está integrada por familias campesinas, trabajadoras textiles y redes de consumidores urbanos.

3.3. Caracterización de las organizaciones de la Red de Comercio Justo del Litoral

La Red de Comercio Justo del Litoral es un proyecto que comenzó a armarse hace diez años, ante la necesidad de generar ciertos intercambios que estén regidos por vínculos solidarios, humanos y democráticos. En sus inicios, la Red estaba conformada por entidades

que pertenecían geográficamente al litoral argentino. Pero luego traspasó estas fronteras y, hoy en día, cuenta con nodos de distribución solidaria en otras provincias; además, también comercializan productos de organizaciones de productores de otras regiones.

Como se ha mencionado anteriormente, la Red de Comercio Justo del Litoral está conformada por organizaciones sociales heterogéneas, que han llevado adelante distintas estrategias y respuestas pro-activas ante las crisis; y que, asimismo, han generado tácticas de contención y abordaje de la cuestión social, a través del acompañamiento y el fortalecimiento de las iniciativas que se enmarcan en la economía social.

Actualmente, la Red está integrada por ocho organizaciones miembros y se comercializan productos de alrededor de cuarenta o cincuenta entidades de productores asociados. A continuación, se realiza una breve identificación de aquellas instituciones que permiten el funcionamiento de este espacio.

Si bien no todas son organizaciones de productores, tienen en común el hecho de que, al interior de éstas, sus miembros producen en forma colectiva; por lo tanto, la producción es uno de los ejes de trabajo, aun cuando en algunas de ellas no constituya su actividad exclusiva. Cada colectivo tiene diferentes ideologías, concepciones, prácticas y formas de expresión, así como distintos objetivos que le dieron origen, y mantienen su autonomía más allá de la unidad que presentan frente al problema de la comercialización.

A continuación, se brinda una breve reseña de cada una de ellas.

La *Cooperativa de Mercado Solidario* (también conocida como El Almacén “El Trocadero”) es una organización que surgió al calor de la crisis de 2001, a través de distintas experiencias de trueque. Actualmente, es una cooperativa compuesta por productores, y su eje de trabajo es la producción, comercialización y consumo de los productos de la economía social. En ella surgió la iniciativa de crear circuitos alternativos ante la necesidad de dar alguna solución creativa al “cuello de botella que es la circulación y comercialización”. Al presente, su tienda de economía social y epicentro de reuniones, funciona en el centro de la ciudad de Rosario. En dicho espacio se intentan construir relaciones sociales y económicas respetuosas de la vida y del ambiente.

El *Centro Ecuménico Porijhú* (voz guaraní que significa “los pobres”) es una organización que posee una gran trayectoria, ya que sus actividades se remontan al año noventa y seis; se encuentra ubicada en la ciudad de Capitán Bermúdez, en el sur de Santa Fe. Tiene como objetivo principal generar un espacio de poder político desde la sociedad

civil y, de esta manera, transformar el panorama de exclusión y discriminación. Si bien en sus orígenes el centro de sus actividades lo constituía la radio comunitaria, fueron ampliando sus frentes de acción.

Actualmente, las principales son la educación popular, la radio comunitaria y la economía social. Este último frente de acción ofrece un gran apoyo a los productores que trabajan en el local de “Manos Abiertas”. En este establecimiento se encuentra la tienda “La Enramada”, donde funciona el nodo de distribución solidaria. Al mismo tiempo, Poriajhú es una organización ejecutora de un “Banquito de la Buena Fe”, microcréditos para productores de la economía social. Estas actividades se complementan para brindar mayores herramientas a los emprendedores de la economía social.

La *Cooperativa La Asamblearia*, ubicada en la ciudad de Bombai, en Buenos Aires, es una Organización que surgió luego de la crisis de 2001. Se constituyó como fruto de la colaboración de dos núcleos asamblearios, la barrial de Núñez y la popular de Núñez Saavedra, que generaron distintas actividades para “hacerse cargo” de los problemas comunes. Empezaron realizando compras comunitarias de productos de primera necesidad, para luego intentar formas más organizadas de generar alternativas de producción, consumo y distribución y, de esta manera, promover el desarrollo de una amplia red de economía solidaria.

La granja agroecológica *La Verdecita*, es una organización que funciona en la ciudad de Santa Fe desde el año 2003; fue creada en un contexto de aguda crisis económica y de representación política, agravado por el gran problema de las inundaciones. Desde sus orígenes, la Asociación Civil CEPSEGEN (Centro de Estudios Políticos y Sociales sobre Género), que tiene su núcleo de acción en La Verdecita, ha contribuido en la formación de la granja.

La Verdecita está ubicada en una zona periférica y semirural de la ciudad. Dentro de sus principales frentes de acción, trabaja para lograr el resurgimiento del cinturón hortícola de Santa Fe, privilegiando una visión asociativa y cooperativa entre los productores. Es una institución formada por pequeñas familias productoras de la zona, que conformaron una cooperativa de trabajo. Además, desde el año 2010, se organiza dentro de la granja la Escuela Vocacional Agroecológica (EVA), que propone alternativas a los pequeños productores para un desarrollo sustentable del área rural.

La *Asociación de Familias con Identidad Huertera* (AFIH) es una asociación

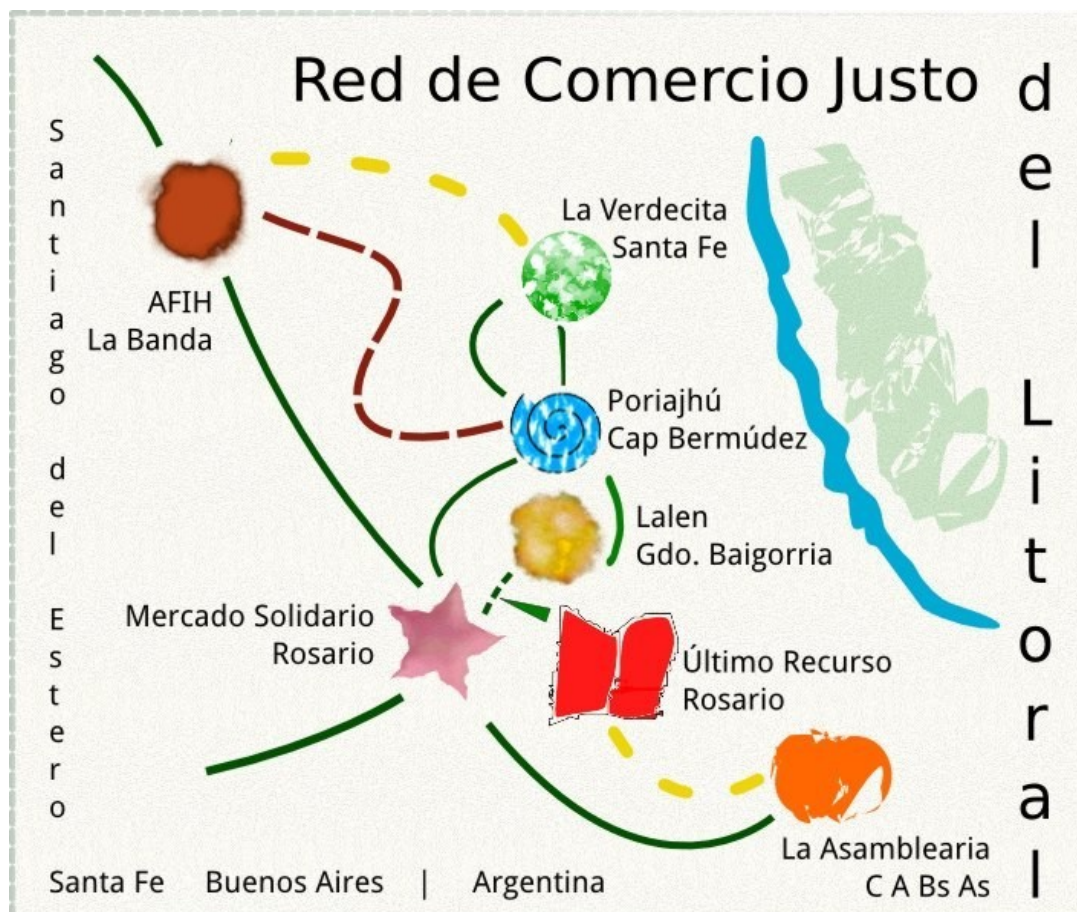
conformada por un grupo de pequeños productores del departamento La Banda, provincia de Santiago del Estero. La actividad principal es la producción de verduras y, en menor medida, dado que pocos productores tienen extenso territorio, la producción de alfalfa y la cría de animales. Sus productos no se encuentran destinados sólo al autoconsumo, sino también a la comercialización, y buscan la articulación con otras organizaciones con el fin de fortalecer sus experiencias territoriales. Otro de los objetivos de la organización es transmitir y replicar en los distintos espacios experiencias del desarrollo autogestivo. A su vez, tienen una tienda agroecológica, que funciona como puesto de comercialización y mercado propio de la organización, donde opera un nodo de distribución solidario de la Red.

El Almacén Ambulante, una de las últimas incorporaciones a la red, es una organización que se conformó en el año 2012. Es una iniciativa de productores que trabajan en los alrededores de Rosario. Se trata de una experiencia de reparto de productos agroecológicos a través de un bolsón de productos; tiene la particularidad de aumentar el compromiso de productores y consumidores, ya que se comprometen a comprar en forma regular. Es decir, esta iniciativa ofrece la posibilidad de garantizar al productor un consumo de su producto de forma estable, y a los consumidores, que estos productos son realizados a pequeña escala, sin uso de agroquímicos y se hallan libres de explotación.

El Lalen, ubicado en la ciudad de Granadero Baigorria, es una cooperativa de mujeres tejedoras; confeccionan hilares y tejidos, y apuestan al desarrollo de iniciativas productivas con calidad social y ambiental. En El Lalen, trabajan en la recuperación de antiguas y tradicionales técnicas de tejido, así como en la innovación de técnicas, y en el procesamiento de materiales flexibles. Con sus tramas generan circuitos de comercialización, intercambio y crecimiento solidario de la producción tejida en telar. Para ello, forman una cadena con distintos actores de la producción libre de explotación, este proceso comprende desde la compra de la lana sin hilar a otra cooperativa de la economía social hasta la comercialización de su producto en centros de comercio solidario.

El *Kolectivo Editorial Último Recurso* inicia sus actividades en el año 2004. El objetivo de la organización es hacer circular la información en formato gráfico. Realizan todo el proceso de confección de los libros de forma autónoma y colectiva. Trabajan específicamente tres áreas: área de acceso y producción de la cultura, área trabajo y área educación. Para la editorial, generar un mayor acceso a la información, implica también

comunicar cultura, poder acceder a distintos canales de comercialización, distribución y difusión.



El mapa fue elaborado por los mismos actores de la red, en él se visualiza la necesidad de los actores de la Red de poder unir a los diferentes emprendedores y disminuir las distancias geográficas —y las complicaciones que las mismas acarrear—. (Exportado del sitio web de la Cooperativa La Asamblearia.)

3.4. Los comienzos de la Red: experiencias y sujetos

Es importante destacar que algunas de las organizaciones que actualmente integran la red ya tenían un vínculo previo de articulación a través de la experiencia de la Red Argentina de Comercio Justo. Según los distintos relatos, dicha experiencia generó muchas controversias y divisiones entre las organizaciones participantes, a causa de las distintas perspectivas; especialmente, el debate sobre si se debería insertar o no a los productores en el mercado internacional y generar certificadoras.

Ante la persistencias de estas controversias, los miembros de Poriajhú, La

Asamblearia y Mercado Solidario dejaron de participar del espacio. Consideraban que abordar el comercio justo a través del esquema norte-sur implicaba, desde el aspecto ecológico, algo insustentable —por la generación de huellas de carbono—; además, simbolizaba una forma de seguir insertándose en la división internacional del trabajo en una relación de subordinación, en lugar de fomentar la economía solidaria dentro del mismo territorio. En resumidas cuentas, tales diferencias conceptuales e ideológicas provocaron que el espacio se diluya. Sin embargo, esta experiencia previa afianzó la presencia de lazos mancomunados de trabajo entre estas organizaciones.

La Red de Comercio Justo surgió por una iniciativa de la organización Mercado Solidario, con la intención de generar respuestas desde los mismos productores al problema de la comercialización y, en términos de sus integrantes, para “Dar batalla a este cuello de botella”. Es decir, se reconoce en la comercialización el punto conflictivo; se trata de un aspecto frente al cual los actores de la economía solidaria se hallan inmersos en una situación desigual e injusta; por lo tanto, necesitan construir espacios donde se eliminen los intermediarios. En este sentido, la Red asume la necesidad política de resolver el intercambio y la distribución de las producciones autogestivas y asociativas, y para ello, innovan e improvisan nuevas estrategias económicas más democráticas.

La primera actividad que realizó la Red como colectivo fue la convocatoria a una Feria Nacional del Comercio Justo, situada estratégicamente en el espacio de las plazas céntricas de la ciudad de Rosario. El evento se constituyó en una experiencia enriquecedora para las organizaciones participantes y la multiplicidad de productores. Se genera así un lugar de encuentro entre productores y consumidores y, al mismo tiempo, se discuten, piensan e interrogan prácticas económicas. La feria tuvo un itinerario agitado de tres días del que participaron diversas organizaciones de la economía solidaria: fábricas recuperadas, asociaciones productoras, miembros del movimiento campesino e indígena y de la agricultura familiar.

Dicho evento no sólo propició la circulación de los productos de los diferentes emprendedores, sino también la generación de nuevos lazos y mancomuniones para el trabajo colectivo, el intercambio de saberes, experiencias y acervo político. Esto permitió pensar la continuidad de las ferias en los espacios públicos; comenzaron a realizarse cada quince días en la Plaza San Martín, del centro de la ciudad de Rosario, y en ellas participaban de forma continua las organizaciones de la zona; principalmente, Porhijú, la

Verdecita, Mercado Solidario. También intervenían productores que, aunque no formaban parte de estas organizaciones, tenían vínculos con ellas, y se realizaban talleres para abordar las problemáticas de la economía social.

Las ferias de la Red constituyen espacios plurales y abiertos, y allí participan distintas organizaciones y sectores sociales. Algunos no integran la Red pero mantienen vínculos estrechos, como en el caso de la organización “Pomelo del patio”, o el “Movimiento Giros”, y otras iniciativas que con el tiempo se fueron diluyendo, como los productores asociados “Caramelos sueltos; productores juntos pero no revueltos”, o el “Foro por la Soberanía Alimentaria de Rosario”. También algunas murgas o músicos solistas con sus instrumentos se sumaban a estos encuentros para apoyar el evento y difundir su música y su baile. Las ferias constituyeron el núcleo inicial que posibilitó consolidar ciertas bases y criterios de trabajo en conjunto, lo cual favoreció su gran perdurabilidad y les dio la posibilidad de proyectar diferentes acciones.

Las ferias forman parte de esa otra economía, en la cual comprar o vender implican “enredarse” comunicarse e intercambiar experiencias, y en la cual la fetichización de la mercancía, la competencia y el intercambio desigual intentan ser reemplazados por el encuentro directo, solidario y más igualitario entre productores y consumidores. (García Guerriero, 2010, p. 78)

Es decir, son instancias en las cuales la solidaridad se pone en juego y se produce una apropiación simbólica que irrumpe en lo cotidiano o, en términos de Porto-Gonçalves (2009), se produce una “apropiación del territorio”, es decir, se hace del espacio una cosa propia. Las ferias constituyen, en este sentido, lugares donde los sujetos y los grupos sociales se afirman, ya que se generan procesos sociales de territorialización. En otras palabras, se originan modos de gestionar la vida, de establecer distintas normas, de crear símbolos y, de alguna manera, se construyen nuevas formas de hábitat y sociabilidad.

Durante el año 2004, las ferias se realizaron cada quince días en el centro de la ciudad de Rosario; el vínculo, el trabajo, el diálogo continuo entre las organizaciones y la elaboración de criterios propiciaron el surgimiento de nuevas intersubjetividades colectivas y permitieron imaginar y construir diferentes estrategias y horizontes de comercio justo.

Actualmente, la Red se caracteriza principalmente por generar los denominados

“nodos solidarios de distribución y comercialización”, los cuales funcionan en las sedes de las organizaciones sociales pertenecientes a la Red. Éstas no son en su totalidad organizaciones de productores, pero todas están integradas por productores. Realizan un trabajo extra, de contención a aquellos que se encuentran más vulnerables dentro de la economía solidaria. Estos circuitos de comercialización han producido una mejora en la calidad de vida de muchos emprendedores, lo cual no podría ser entendido sin pensar en esa solidaridad extra que prima y que ha permitido el sostenimiento de la red durante tantos años.

En estos nodos se establecieron criterios fundamentales para la práctica de las actividades de la Red, que se reconstruyen a continuación a través de los distintos relatos de los integrantes de las organizaciones.

En primer lugar, los productos que se comercializan deben ser libres de explotación; es decir, no deben tener mano de obra esclava ni infantil en los distintos eslabones de la producción.

En segunda instancia, los miembros de la red consideran indispensable que en la elaboración de sus productos y/o servicios se logren condiciones mínimas de respeto al medioambiente; en este sentido, si bien casi toda producción implica una alteración del medioambiente, se intenta reducir su deterioro.

En tercer lugar, se destaca la necesidad de que en el proceso de comercialización se llegue a un precio justo, con el cual los productores puedan llegar a cubrir todos los costos y necesidades básicas; es decir, garantizar a los productores un buen vivir.

El cuarto criterio distintivo es la asociación y organización; se trabaja con organizaciones de productores y no con emprendedores aislados. Toda persona que ingresa en este circuito de comercialización ya posee, en sus prácticas, experiencias de asociación y cooperación, dado que se entiende la economía solidaria como la generación de vínculos y lazos de trabajo. Además, el trueque también está presente en la relación entre los productores y las organizaciones.

(...) los criterios nuestros no funcionan en la mayoría de las redes de comercio justo, porque nosotros funcionamos desde el trueque, tomar los productos de cada compañero, hacerlo mover, militarlo en cada organización, Y bueno..., si se llevan mochilas de los productores de acá y traen mostaza del trocadero. Es lo mismo.

Mochilas se transforman en mostaza. (Maríana, miembro de la organización Poriajhú. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 28 de agosto de 2014)

En quinto lugar, entender el consumo como un acto político es fundamental para los miembros de la Red; se trata de realizar un ejercicio soberano al momento de elegir el producto que se compra, y poner énfasis en la historia que atraviesa su elaboración — principalmente, el impacto que tiene en la naturaleza y la carga social—. Cabe destacar que la elección por uno u otro consumo es apostar a un tipo de desarrollo.

El sexto acuerdo fundamental es el “no a la reventa”, ya que se prohíbe a las organizaciones lucrar con los productos que se comercializan en estos espacios; es decir, al precio que establece el productor, sólo se le agrega el cálculo del gasto en el combustible para traerlo y, por otro lado, un plus que no supera un 15% para solventar algunos gastos de los nodos de distribución. En este sentido, el tiempo y las energías que implican la comercialización y su logística se milita y se dona.

Los criterios que establecen de forma horizontal, a través de distintas reuniones y debates, son factores importantes a tener en cuenta, porque las creencias, los distintos saberes y las culturas intervienen en las diversas modalidades que asume la práctica política de este colectivo.

3.5. Las prácticas colectivas en la red. Las ferias, los encuentros entre organizaciones y consumidores, y los nodos solidarios de distribución y comercialización

Como se ha venido desarrollando en estas páginas, la Red está integrada por organizaciones de distintas provincias, siendo un importante desafío mantener encuentros fluidos entre los distintos actores.

Ante esta dificultad, tienen lugar reuniones constantes entre las organizaciones que están en el Gran Rosario y La Verdecita, ubicada en la Ciudad de Santa Fe. Los principales encuentros se llevan a cabo en las sedes de Mercado Solidario y en Porhijú. Dependiendo de las actividades o las problemáticas a tratar, la frecuencia con que se realizan puede ser quincenal o semanal. También hay reuniones donde se encuentran con los nodos de Santiago del Estero y Buenos Aires que, por cuestiones de distancia y costos, no participan

en todas las reuniones. Ello no implica, sin embargo, que no estén informados de lo que se resuelve en cada encuentro o que no tengan participación en los procesos de decisiones. En este sentido, las nuevas tecnologías comunicacionales han facilitado mantener el vínculo entre las organizaciones.

Sostener los lazos y los encuentros es para la Red “un trabajo político”; se intenta tener un gran conocimiento de todo lo que se comercializa en el lugar, sobre quienes producen, sus prácticas y procesos organizativos, sobre los materiales que se utilizan y la escala de la producción, al mismo tiempo que se generan lazos solidarios y vínculos afectivos. De esta manera, se intenta dar impulso a relaciones duraderas y acuerdos que permitan una fuerte continuidad de estos proyectos.

Podemos establecer tres ejes de acción de la Red: a) la comercialización, a través de los nodos de distribución solidarios; b) garantizar el encuentro fluido con las organizaciones de productores a los que se les comercializa los productos; y c) las ferias nacionales.

Cada organización que integra este espacio lleva adelante, en su local o en su principal lugar de inserción del territorio, un nodo de distribución y comercialización de los productos. Se llama “nodo” a una “pequeña tienda” en la que se venden los productos y se garantiza la posibilidad de hacerlos llegar a distintas zonas geográficas de manera continua.

Además, cada organización se hace cargo de la logística y comercialización de determinados productos; por ejemplo, la cooperativa de mercado solidario se hace cargo de la recepción y distribución, en los distintos nodos, de la producción que viene de las organizaciones de Mendoza. De este modo, se delega en cada una de ellas la función de mantener un abastecimiento regular, en cada nodo, de cada producto y se realiza un acompañamiento y asistencia personalizados a todas las organizaciones que integran el circuito de comercialización de la Red. Es una estrategia con la cual se intenta mantener, además, una compra regular de los productos de economía social.

Se asegura así la posibilidad de sostener un contacto continuo con estos actores de la economía solidaria, lo cual permite conocer mejor las problemáticas que tienen cada uno de los productores. Luego cada organización puede llevarlas a las reuniones de la Red para pensar, desde este espacio, soluciones colectivas a los distintos problemas que atraviesan.

Como ya se ha indicado, se realizan intercambios, pero no una reventa, pues está prohibida en estas organizaciones. En el costo del producto, como también ya se mencionó, no se suma el costo de tiempo que tiene la logística para asegurar la circulación. Lograr

formas de circulación idóneas constituye una problemática muy importante y siempre latente en la economía solidaria.

lo que se dona también es el tiempo de venta, que en otra economía es un costo..., las organizaciones lo hacemos militantemente y el único valor que se agrega es un porcentaje mínimo para la subsistencia de cada organización. Y después entre las producciones de cada organización, esos productos sí se trocan entre las organizaciones. (Vanessa miembro de la organización “La Verdecita” granja agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Cabe destacar que, para los actores que vienen de experiencias de trueque como Mercado Solidario o La Asamblearia, la reventa implicó un gran problema y punto de tensión dentro de estas experiencias. A medida que la reventa adquiría un lugar preponderante, se fue distorsionando, perdiendo, el eje de la producción y el intercambio en espacios de trueque.

En tal sentido, los actores de la Red afirman la necesidad de librar una lucha contra estas prácticas del mercado; para ello, se proponen generar nuevos mecanismos de comercialización que estén permeados por otras formas más solidarias. Al respecto, según Svampa (2008b), se puede ubicar el “locus” del conflicto en la territorialidad y el modelo de desarrollo, lo cual, en los nuevos movimientos sociales, da origen a distintas dinámicas ante los conflictos abiertos por la exclusión social y la precariedad.

Una segunda estrategia que despliegan con el objetivo de tener un mayor contacto con todos los productores —si bien cada organización se hace cargo de el seguimiento y la comercialización de algunos productos— consiste en realizar circuitos de viajes. Éstos permiten conocer de forma personal a los distintos sujetos y, al mismo tiempo, brindan elementos para construir una visión más cercana e integral de los problemas que, en cada territorio, dificultan llevar adelante emprendimientos asociativos de esta otra economía. Así, de modo colectivo, se intenta reproducir o inventar estrategias para abordar la situación de la economía social.

Además, se gestiona parte de los fondos con el fin específico de posibilitar que los emprendedores asociativos de distintos puntos del país viajen y conozcan los diferentes

nodos de comercialización. En estos encuentros se afianzan los lazos con los actores y se generan vínculos entre productos y consumidores.

Ejemplos de actividades de esta índole son los encuentros abiertos con las organizaciones autogestivas. En el transcurso del año 2014, se realizaron en los diversos nodos una cata de las elaboraciones vitivinícolas calchaquíes de Salta y una charla en la que los actores de la economía social cuentan la realidad en la que se encuentra inmersa su producción. También en el mismo periodo, se realizó una denominada “cata de yerba” de las producciones “Quiqueman” y “Guadai”, y mesas redondas que tuvieron el eje en las diferentes problemáticas productivas y de comercialización de la yerba a nivel nacional.

Otro eje importante son las ferias nacionales de comercio justo; se realizan de forma anual, y en ellas participan todos los emprendedores que están vinculados a la red de manera directa e indirecta. Actores y organizaciones son invitados, y durante este encuentro los diversos nodos van entretejiendo su campo de acción. El mensaje principal que se difunde en estas Ferias busca lograr la visibilización de la producción autogestiva, de las formas de distribución solidaria y del consumo organizado.

La razón de que las ferias nacionales se lleven a cabo anualmente reside en el enorme esfuerzo de logística que demandan y en la gran inversión de tiempo y recursos que significan para los integrantes de la Red. No sólo se trata de decidir en qué espacio se realiza la Feria; también insume mucho tiempo definir y gestionar dónde se alojarán los participantes, cómo se administrarán los recursos para la comida diaria, etc. Por otra parte, se intenta cubrir todos los gastos para asegurar la presencia de la totalidad de las organizaciones de productores y movimientos ligados a la economía solidaria. Además, también toma un tiempo determinar qué tipos de talleres serán abiertos a todo el público y cuáles sólo a las distintas organizaciones; quiénes lo coordinarán, cuáles serán las temáticas ejes de cada feria, qué otras actividades se incluyen.

En estos encuentros anuales, participan movimientos sociales y distintos actores de la economía solidaria. Son, precisamente, espacios de socialización, que tienen por objeto brindar un ámbito de reunión para los distintos productores; allí se discute sobre problemáticas en común, el comercio justo y la soberanía alimentaria.²⁵

²⁵ Las organizaciones de la red retoman el concepto de soberanía alimentaria elaborado por vía campesina. Se la entiende como el derecho de los pueblos a decidir sobre qué, cuándo y cómo producir. Es decir, la soberanía alimentaria es el poder de los pueblos y de los Estados de decidir sobre las formas adecuadas

No es que solamente es la feria con los emprendedores y nada más. Sino que se trata de trabajar qué problemáticas hay en los nodos, en los lugares de comercialización. Transporte, envasado, según lo que se legisla también en cada provincia. Eso es lo que le llamamos la sintonía. Si no se está organizado eso, los productores no pueden vender. Vos tenés que tener hasta alguien que te cuide la entrada de los camiones.(María, miembro de la Organización Poriajhú. Perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 22 de mayo de 2013)

Esta idea de “sintonía” a la que se refieren es muy significativa, ya que simboliza un gran esfuerzo por abordar de modo integral las problemáticas de los emprendimientos asociativos autogestivos.

El énfasis sobre tal idea se debe a que la economía solidaria intenta mantener la reproducción ampliada de la vida, y esto implica la necesidad de abarcar distintos aspectos y de analizar y abordar las problemáticas vigentes en los espacios de producción, en las familias, en los nodos, en los lugares de comercialización. Se trata de ver qué solución se puede proyectar desde estas construcciones que se dan desde abajo, desde las prácticas cotidianas y las iniciativas de las organizaciones.

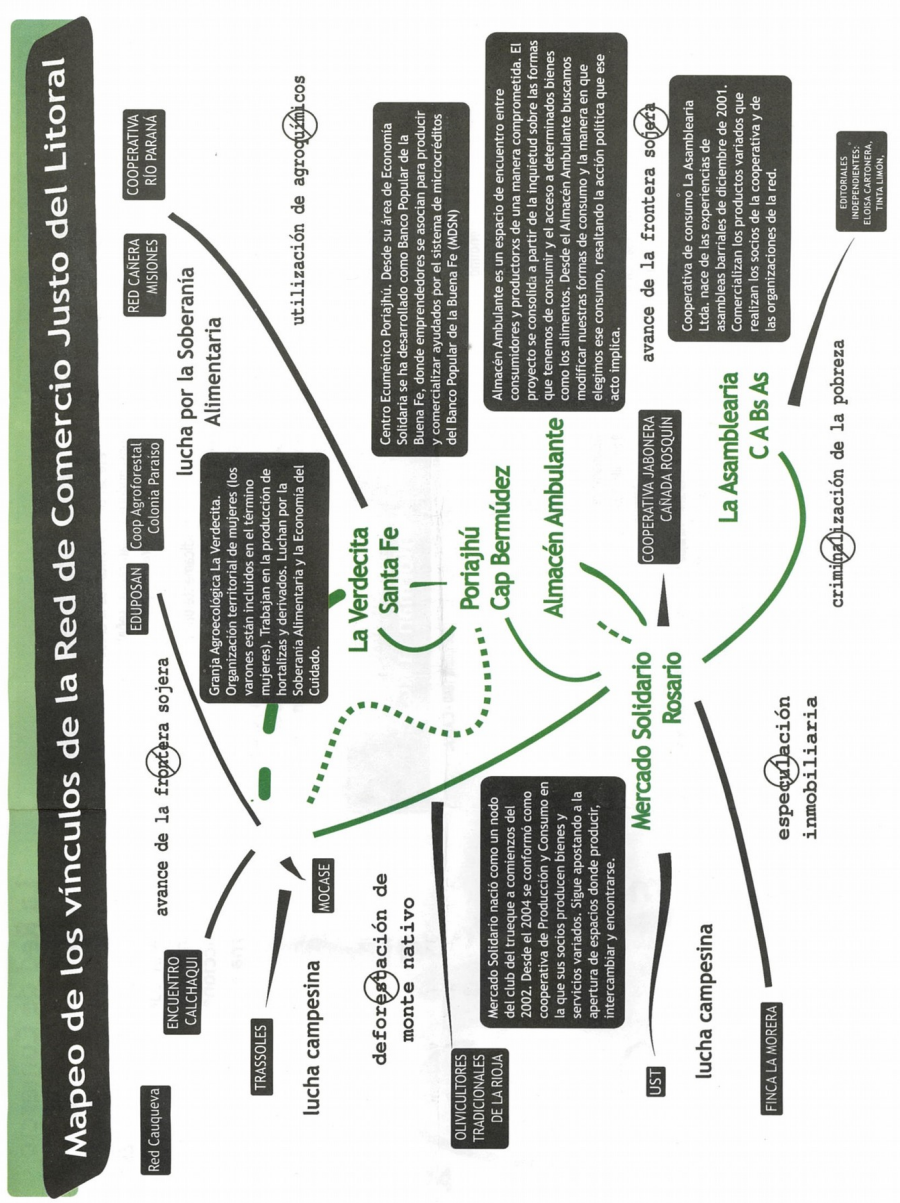
Cabe destacar que otro de los aspectos sobresalientes al aproximarnos a este espacio, son las distintas convivencias sostenidas a partir de diferentes interacciones, ya que a partir de ello se potenciaron ciertas características que les dan fuerza a las organizaciones de la economía social. Por ejemplo, El Trocadero —como su nombre lo indica— es una experiencia que tiene una historia vinculada al trueque; esta es una de las prácticas transmitidas y mantenidas en la Red, ya que, en este circuito de comercialización, algunos productos se “trocan” entre organizaciones en los distintos nodos; y en otros casos se compra el producto y se lo “milita”, se los promociona como producto propio.

La organización Poriajhú, que tiene una gran trayectoria de articulación estatal, por ejemplo, ayuda a muchas organizaciones a re-apropiarse de algunas herramientas; es decir, las ayuda a sentir ciertas herramientas que proveen los Estados como un derecho, como lo

de producción, intercambio y consumo de alimentos. Asimismo, implica definir su política agraria y alimentaria.

son el monotributo social o los microcréditos solidarios. En el caso de La Verdecita, tiene un amplio trabajo en las cuestiones de género que permite poner el eje en las discusiones sobre esta problemática.

En otras palabras, los saberes se resignifican, producen distintas reapropiaciones de lo colectivo, y así se van generando transformaciones en las identidades. Como explicita Ocampo Banda (2008), los procesos de construcción y articulación son, a su vez, procesos educativos-formativos que permiten la creación de nuevos sujetos y el desarrollo de conciencias. El autor afirma que, de esta manera, se constituye un puente entre la conciencia cotidiana y la conciencia política. La figura II, que se expone a continuación, nos permite aproximarnos a la reapropiación de los saberes y a las principales luchas de las organizaciones con las cuales se trabaja de forma articulada en la edificación de esta “otra economía”.



El mapa fue elaborado por los mismos actores de la red, la información fue otorgada en la inauguración del local “Tres Ecologías”, el día 11 de febrero de 2015 para los fines de este trabajo.

Al mismo tiempo, nos permite entender de qué modo se construye la idea de la economía solidaria como un desarrollo integral en el cual se deben tener en cuenta varios aspectos de la vida de los productores —económicos, sociales, culturales y políticos—; y a su vez implica definir un posicionamiento en torno a determinadas cuestiones, como la soberanía alimentaria, la sojización, la extranjerización del suelo, etc.

3.6. Principales desafíos y estrategias

Las estrategias que se llevan adelante en este espacio se construyen a partir de un fuerte conocimiento de las problemáticas y un trabajo articulado en el territorio que se realiza de forma continua desde hace diez años. Ello nos permite entender la perdurabilidad de este movimiento, el gran impacto que tiene en las organizaciones de productores, ya que de manera constante se están pensando nuevas formas de mejorar la producción, de aumentar las escalas, la calidad del producto, y también, cómo saltar ciertas dificultades o lograr la continuidad de las experiencias. Es importante resaltar que, en muchos casos, hay productores cuya producción entera se canaliza a través de este espacio,²⁶ y estamos hablando de un circuito que comercializa la producción de cuarenta o cincuenta organizaciones del territorio argentino.

Uno de los principales frentes que debe atender la Red en el tema de la comercialización, es el problema de los fletes y de los envasados, que son inconvenientes presentes no sólo en este espacio de articulación, sino también en toda las experiencias de economía social.

Al interior de la Red se están discutiendo diferentes soluciones. Actualmente, existen dos propuestas principales que se están debatiendo; una de ellas consiste en conseguir un vehículo, un pequeño camión para el trabajo de comercialización que realizan en los nodos, lo que a mediano plazo reduciría los altos costos de flete que tienen en este momento. La otra propuesta, más sustentable y enfocada desde el problema que tiene el movimiento en general, es petitionar la utilización del vagón de tren para toda la economía social; es decir, garantizar, por medio de los principales circuitos de las redes ferroviaria activas, el traslado de la mercadería a través de un transporte más sustentable y a un costo más accesible.

Otro de los problemas es la monopolización en la producción de frascos. Actualmente, en Argentina, la producción de envases de vidrio está concentrada en muy

²⁶ Esta información fue obtenida no sólo a partir de los relatos de las organizaciones miembros, sino también de los mismos productores, durante el encuentro de organizaciones productoras campesinas de Salta, realizado el día 30 de mayo de 2014 en el almacén El Trocadero (9 de julio 659), y el encuentro de “Cata de yerba”, realizado en el mismo lugar, el viernes 25 de julio de 2014, donde expusieron las problemáticas de los cultivos de yerba los productores de Quiquemann y Gudai.

pocas manos, y el costo del recipiente representa lo más oneroso, ya que el precio de la venta es mayor en la medida que es menor la cantidad de envases comprados.

Una de las soluciones (porque la fábrica de frascos sale cincuenta millones de pesos o más...) que estábamos viendo es de comprar con Poriajhú, porque ahí funciona el Banquito de la Buena Fe, con un microcrédito, de comprar una cantidad importante y después dividirlo. Y habría que organizarlo, porque sería como un camión lleno de frascos, pero bueno, es un problema el de los frascos para los productores. (Vanessa, miembro de la organización “La Verdecita” granja agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Para los integrantes de este espacio, lo que representó un gran avance fue delimitar los criterios que implica un comercio justo, los cuales fueron enumerados anteriormente. Establecer esos criterios reafirma los objetivos en común y funda principios de identificación de la red. Sostienen que ha facilitado comunicar, en otros espacios y encuentros, de forma consensuada, qué es esta articulación, y también ha sido importante al momento de delegar tareas y permitir a los miembros participar en otros espacios en nombre del colectivo.

Es como que podemos usar este mandato, digamos. Siempre acotándonos a esas cuestiones: qué es la red, para qué nació, cómo pensar la distribución y el consumo. Como cuando yo te decía, esto de la economía del cuidado..., yo no voy a llevar eso a otros lados, a ver si el feminismo sí o no, ¿me entendés? Quizás estarían de acuerdo, pero...me estaría tomando una licencia que no acordamos. Siempre que vamos a algún lado nombramos la Red, y transmitimos las nociones básicas de acuerdo, que son esas. (Vanessa, miembro de la organización “La Verdecita” granja agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Es interesante resaltar que incluso los propios integrantes de la Red afirman que la economía social está atravesada por tensiones culturales y que, muchas veces, no se avanza

sobre la denominación de la economía social por miedo a generar disputas y rupturas al interior.

Es un debate que nos tenemos que dar. Muchas reuniones son muy operativas, nos está faltando a lo mejor reuniones más de discusión política, darnos espacios de discusión política. Puede ser que esas discusiones no se den por tiempo o por miedo de que se vaya todo al carajo, pero uno también tiene que aprender a discutir y a disentir..., como te dije hoy, las diferencias tienen que servir para enriquecer, la homogeneización del pensamiento es algo siempre negativo, creo. La heterogeneidad es positiva en todos los aspectos de la vida. (Vanessa, miembro de la organización “La Verdecita” granja agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo, comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Como se expuso a lo largo del primer capítulo, la problemática de la denominación y lo que implica la “otra economía” es un punto de tensiones y contradicciones en el seno de todo el movimiento de la economía solidaria. Ello no se debe solamente a la heterogeneidad de experiencias ni al vínculo con los contextos de crisis económicas; lo cierto es que esta “otra economía” genera nuevos valores, lazos afectivos y comunitarios que se contraponen a los valores del mercado, el individualismo y el consumismo.

En ese sentido, como afirman los entrevistados, hay una necesidad de seguir “reeducándose”; es el desafío de estos actores; se trata de lograr que todos aquellos que están vinculados a este circuito de comercialización lleguen a pensarse de una manera integral, no sólo como productores, sino como productores y consumidores.

Si bien estos valores sobre el consumo responsable están en gran medida incorporados en las prácticas de los actores de las organizaciones miembros, queda un largo trabajo para incorporarlos también como parte del lazo solidario con muchas de las asociaciones de productores que comercializan en la Red. En algunos casos, estas cuestiones se fueron resignificando, como, por ejemplo, en el caso de los productores vitivinícolas Trassoles, los cuales forman parte de una cooperativa que hace años que comercializa en la Red y se está por incorporar como nodo de distribución.

Se trata de una problemática analizada arduamente en los espacios de articulación; incluso muchos la abordan desde la perspectiva de la educación popular. La cuestión es

compleja, ya que los sujetos están atravesados por distintas circunstancias, desafíos y realidades específicas, como la tenencia de la tierra, el acceso al agua, la pobreza, la exclusión, la vulnerabilidad, etc.

Las experiencias de economía solidaria generan nuevos valores, lazos afectivos y comunitarios que se contraponen a los valores del mercado, el individualismo y el consumismo y, al mismo tiempo, conviven de forma contradictoria con ellos. Para poder aproximarnos a este aspecto del problema, es necesario entender que la cultura es una dimensión presente en todas las instituciones, sean éstas económicas, políticas o sociales; es decir, existe un conjunto de prácticas materiales que constituyen diversos significados, subjetividades y valores.

A fin de comprender dichas tensiones, resulta interesante retomar la idea de “política cultural”, ya que “se refiere a menudo a las luchas dispersas por significados y representaciones, cuyas apuestas políticas son algunas veces de difícil discernimiento para los actores sociales concretos” (Escobar et al. 2001, p. 23).

3.7. Las organizaciones de la Red de Comercio Justo del litoral y su relación con el Estado

La interacción entre el Estado —desde sus diversos niveles y agencias— y las organizaciones de la sociedad civil es un tema amplio y complejo. No siempre se produce una articulación armoniosa y de cooperación, sino que, en muchos casos, prima el conflicto; o, a veces, tal interacción contiene grandes porcentajes de los dos factores.

En el campo de la economía social, la interacción con el Estado es un punto fundamental, no sólo por la cantidad de políticas públicas que se ejecutan para su promoción —lo que implica mejores condiciones políticas para la interacción con las instituciones estatales—, sino, además, por la gran necesidad de crear legislaciones acordes para estos actores sociales.

Existen interesantes acciones de cogestión de programas sociales de promoción a la economía solidaria; pero la importancia de los programas estatales de estas características para las organizaciones se encuentra reforzada, en esta coyuntura, por las complicaciones para conseguir financiamiento internacional. En la década del noventa, este último fue el principal motor de financiamiento de muchos emprendimientos autogestivos —en especial,

a través de la implementación de las llamadas “políticas sociales focalizadas” de los organismos multilaterales de crédito—.

En el caso específico de la Red de Comercio Justo del Litoral, algunas organizaciones miembro cuentan con una extensa experiencia de articulación con el Estado nacional, y poseen un amplio conocimiento de los organismos y herramientas gubernamentales disponibles, de los que han sabido apropiarse para apelar a ellos en distintos momentos. En este sentido, desde la Red se intenta que la mayoría de los emprendedores puedan acceder y apropiarse también de estos instrumentos, y hay un posicionamiento consensuado sobre el rol del Estado y las organizaciones:

Tiene que haber una intervención del Estado. Nosotros como Red lo aceptamos a eso, pero hay otras organizaciones más “anarcos” que están en contra del Estado, que no quieren saber nada, pero yo creo que hay que hacer uso del Estado, tiene que intervenir a favor de esas economías, y hay que exigirselo. Y a estos emprendimientos a veces les cuesta mucho, pero eso..., la fuerza está en la organización, en ser un colectivo, en conocer cuáles son los resortes del Estado que hay que tocar. Nosotros no somos de las organizaciones que no quieren saber nada con el Estado, es muy difícil prescindir y hacerlo sólo desde una organización. Lo que hay que hacer es exigirle al Estado que gobierne, legisle y gestione a favor de estos sectores. (Vanesa, miembro de la organización “La Verdecita” granja agroecológica. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Para la Red es fundamental poder movilizar los recursos políticos y simbólicos de que dispone a fin de exigir a los Estados sobre distintas problemáticas, redefinir diversas políticas públicas o plantear nuevas formas de intervención estatal. Se considera que es mejor hacerlo de forma consensuada y aglutinando a la mayor cantidad de organizaciones. En este sentido, retomando a Tobio Omar (2010):

los sectores populares se ven en la necesidad de asumir cada vez en mayor medida la responsabilidad sobre la producción y reproducción de sus condiciones de vida, como consecuencia de lo cual, los frentes de conflicto tanto como los intentos de

resolución y de institucionalización tienden a territorializarse, cobrando a partir de este momento nuevos sentidos el espacio barrial, las rutas, puentes, calles y la trama de organizaciones sociales y dispositivos estatales que operan en esos segmentos de la superficie terrestre. (s/p)

Las organizaciones pertenecientes a la Red son objeto de un importante reconocimiento por parte de los organismos públicos, tanto nacionales como provinciales y municipales, debido a su gran trayectoria de trabajo contra la exclusión y la pobreza y en favor de la promoción de la economía solidaria. Si bien no todas tienen un vínculo continuo con el Estado Nación, como la asociación Poriajhú, el reconocimiento que poseen todas las organizaciones miembro les permite estar en condiciones de exigir ciertas reivindicaciones vinculadas a la economía social a través de canales institucionales, de una forma más armoniosa que en el caso de otros movimientos sociales.

En otros términos, en la disputa por el sentido de las iniciativas estatales de economía social y por ampliar los espacios en los que se atiendan las problemáticas de este campo, no se tiende a la utilización de repertorios de protesta; se realiza, en cambio, un largo trabajo de construcción a través de reuniones y diálogos con distintos actores estatales. En este sentido, si bien los resultados o la efectividad no se perciben en los mismos tiempos que los que ofrecen las acciones conflictivas más directas, a largo plazo, también se obtienen resultados que pueden considerarse fructíferos.

En resumidas cuentas, a la hora de realizar las distintas peticiones o reclamos, o al intentar situar en la agenda pública diferentes cuestiones, prima la utilización de los canales institucionales. Esta tendencia también está relacionada con el prestigio y reconocimiento que han cosechado con su trayectoria en la economía social y en los territorios las organizaciones de la Red.

Cabe destacar, por ejemplo, el accionar de la Red a través del diálogo y la discusión con la Subsecretaría de Economía Solidaria de la Municipalidad de Rosario que, a principios de 2013, designó un espacio en los galpones junto al río Paraná para la economía social y llamo a licitación.

En esa ocasión, las organizaciones de la Red intervinieron por medio de sus canales de presión, participando en reuniones y manteniendo un diálogo fluido con la Municipalidad, para establecer la necesidad de que el espacio sea gestionado por los

mismos actores de la economía social. Partiendo de diferentes lógicas y percepciones que tiene la Subsecretaría, los actores de la Red sostuvieron que, si se está proyectando una economía solidaria, no se puede llevar adelante el mecanismo de licitación; a este respecto, resaltaron la característica de autogestión de esta “otra economía” y la necesidad de que ese espacio fuera totalmente ocupado por sus actores.

La disputa por la forma en que se armaría el proyecto municipal supuso un largo proceso de intervención de la Red en función de la expresión y defensa de los intereses de los actores de la economía social. Después de un periodo durante el cual continuaron las reuniones y se mantuvo el diálogo fluido con el gobierno, se logró que el Almacén “Tres ecologías”,²⁷ ubicado en los galpones del antiguo ferrocarril en la zona ribereña de Rosario, sea autogestionado por la misma Red de Comercio Justo. “Un año y medio trabajando sobre esto..., porque la idea de este lugar es mostrar toda la Red junta, y un espacio de venta también, de talleres, de muestras, hay una alternativa ahí. Para mí es un logro” (Mariana, miembro de la organización Poriajhú. Organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 28 de agosto de 2014).

El accionar específico de la Municipalidad ante la intervención de la Red ejemplifica las complejidades que existen en torno a la articulación del gobierno de la ciudad de Rosario con las organizaciones de la economía solidaria. Estas dificultades se mantienen, a pesar de que el mismo municipio “reconoce” la trayectoria y las relaciones de fuerza que han construido —y seguirán generando— las organizaciones sociales en el campo de la economía social. Así lo han explicitado los propios funcionarios de la Subsecretaría, al destacar las tácticas que llevaron a cabo las organizaciones para poder gestionar de manera exitosa los microcréditos otorgados por el gobierno nacional.

(...) yo como Estado te tengo que reconocer que debería aprender de su experiencia en el otorgamiento de microcréditos y la eficacia que han tenido para el retorno de ese microcrédito, ahí me tengo que sacar el sombrero. La diferencia está en que el Estado se dirige a todo el universo, no sabe qué hace el vecino de su vida, y a ellos ese nivel de conocimiento de las personas por su cercanía y la cotidianeidad del

²⁷ El Almacén fue inaugurado el día 11 de febrero de 2015, el nombre “Tres Ecologías” retoma el título de la obra de Félix Guattari, haciendo alusión a los tres frentes de lucha de la crisis global que el autor señala en dicha obra; el ambiente Natural, las relaciones sociales y las subjetividades tanto individuales como colectivas.

trabajo en conjunto les ha dado algunas estrategias que han beneficiado en ese recupero del dinero, mucho mejor que el Estado, que no tiene esa cotidianeidad. (Silvia, Subsecretaría de Economía Solidaria de la Municipalidad de Rosario. Comunicación personal, 06 de julio de 2013.)

En este sentido, sobresalen las capacidades que adquieren los movimientos sociales a través del trabajo en el territorio y el contacto cotidiano con los actores de la economía social. Las organizaciones de la Red, a través de los años, han consolidado diferentes relaciones de fuerza que las ubican en una posición favorable frente al Estado. Dichas capacidades se deben a los amplios conocimientos que obtienen, con su trabajo territorial, sobre los distintos espacios, actores y problemáticas que se enfrentan en el campo de esta “otra economía”. Pero también, se debe a cómo conciben los miembros de la Red las relaciones de poder en el territorio y su lugar en la sociedad.

(...) nosotros no entendemos la acumulación de poder como un partido. (...) nosotros al contrario, lo que queremos es que los productores se enfrenten a los funcionarios..., obviamente que yo no voy a desconocer que tengo recursos simbólicos que ellos no tienen, y por eso tengo la obligación de acompañarlos, ¡pero la idea es ir traspasándoselo! Entender al poder como organización. (Vanesa, miembro de la granja agroecológica La Verdecita, organización perteneciente a la Red de Comercio Justo. Comunicación personal, 3 de agosto de 2013)

Este modo de entender las relaciones de fuerza y el rol de las organizaciones implica determinadas formas de vincularse y de actuar en los territorios, a través de lógicas distintas a las estatales. Las organizaciones van construyendo lazos territoriales con los emprendedores y esto produce un enriquecimiento mutuo. Asimismo, se intenta obtener soluciones a las diversas problemáticas de forma colectiva.

A este respecto, cabe destacar que las organizaciones poseen diferentes saberes y prácticas que las ubican en una situación privilegiada frente al Estado. A pesar de que, en distintas oportunidades, carezcan de recursos económicos para llevar a cabo distintas estrategias, su presencia en el territorio les permite generar vínculos y tácticas de contención que el Estado, desde sus diferentes niveles y agencias, no ha intentado o no ha

podido generar hasta el momento. En palabras de Zibechi (2006):

Los actuales movimientos tienden hacia el arraigo territorial, espacios en los que despliegan relaciones sociales no capitalistas, surgidas en la resistencia al modelo neoliberal. Los nuevos territorios son ámbitos de cristalización de relaciones sociales, de producción y reproducción de la vida, que instauran nuevas territorialidades en base a la reconfiguración de las viejas. Con su presencia cotidiana, los movimientos marcan el espacio, pero lo hacen sobre los vínculos y relaciones que portan. (p. 128)

Los actores de la Red de Comercio Justo del Litoral tienen un gran acuerdo sobre la importancia de la intervención estatal. Incluso consideran necesario profundizar las iniciativas estatales en el campo de la otra economía. Por consiguiente, desde la Red, se intenta crear nuevos vínculos con los distintos organismos públicos, para poder acercar las problemáticas de la economía solidaria.

De este modo, la forma de relacionarse de la Red con el Estado es a través de la utilización de los canales institucionales, o mediante la acción conjunta, con la finalidad de visibilizar diferentes problemáticas. A modo de ejemplo, se pueden mencionar los programas de microcrédito del “Banquito de la Buena Fe”; o a nivel provincial, la convocatoria a las organizaciones a participar en el armado de la “Ley de promoción de la economía solidaria”, con la cual se intenta lograr un marco normativo para Santa Fe. Para la consecución de este objetivo, las organizaciones participan de diferentes debates en ámbitos estatales el objeto de establecer algunos criterios básicos de forma consensuada.

Así que vamos a la reunión de las convocatorias para la ley, y vamos impulsando la ley también. Y todo el mundo se banca que nosotros tenemos el derecho de trabajar con todos los Estados. Porque al principio tenían odio que nosotros tuviéramos el programa del Banco Popular de la Buena Fe, y nosotros lo tenemos y lo vamos a seguir teniendo mientras hagan bien las cosas y nosotros decidamos que es válido para la organización llevarlo adelante. Porque eso de que si trabajas con uno no podés trabajar con el otro, para nosotros no va. De última, los funcionarios pasan y nosotros estamos acá firmes. (María, miembro de la Organización Poriajhú,

perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 22 de mayo de 2013)

En este sentido, se puede observar que, si bien, la red establece un vínculo con los distintos organismos públicos, mantiene su autonomía ante el Estado y especialmente frente a los partidos políticos. De esta manera, se propone incidir en el sistema político en torno a las problemáticas de la economía social.

En concreto, se apropian de las distintas posibilidades de participación y cogestión que ofrecen los Estados, desde sus diferentes niveles y agencias, y al mismo tiempo, propician la construcción de distintos frentes de acción colectiva para modificar y generar mayor intervención estatal en el campo de la economía solidaria.

3.8. Los movimientos sociales, la economía social y las políticas públicas

Como indica la amplia literatura existente sobre los movimientos sociales, éstos surgen ante diferentes situaciones de desigualdad social, política, económica y/o cultural (Melucci, 1999; Jelin, 2011; Svampa, 2008). En muchos casos, logran incidir en las instituciones políticas, ya sea afectando de forma directa la agenda²⁸ gubernamental, en una coyuntura específica, o directamente, influyendo en iniciativas estatales que pretenden atender diversas problemáticas.

Los movimientos funcionan para el resto de la sociedad como un tipo específico de medio cuya función principal es revelar lo que el sistema no dice de sí mismo: el núcleo del silencio, de la violencia, del poder arbitrario que los códigos dominantes siempre encierran. Los movimientos son medios que hablan a través de la acción. (Melucci, 1999, p. 67)

En el caso específico de la Red de Comercio Justo, su origen está vinculado a la situación de desigualdad en la que están inmersos los emprendimientos autogestivos en el mercado. Surge a partir de la construcción de un lugar de sentido en el cual,

²⁸ En este trabajo se entiende la agenda política como un proceso en el cual se definen las cuestiones prioritarias que serán atendidas por los gobiernos en una coyuntura específica.

contraponiéndose al mercado y a la lógica de la reventa, empiezan a generarse nuevas formas de comercialización y diferentes estrategias para abordar las problemáticas de la economía solidaria.

Se destaca el trabajo territorial que realizan las organizaciones con los diferentes emprendedores; ello implica, por un lado, amplios conocimientos de las necesidades que atraviesan a la economía social y, por el otro, un gran dominio de las carencias de la intervención estatal en dicha área.

En esta investigación, se considera que la prioridad que puedan tener las demandas colectivas en la esfera pública dependen de cómo los agentes del movimiento sean capaces de visibilizarlas y problematizarlas. Es decir, de cómo dichos actores apelen a los canales estatales para exigir diferentes iniciativas y legislaciones que permitan construir un desarrollo integral para los emprendedores de esta “otra economía”.

En cuanto a la vinculación entre las políticas públicas y los nuevos movimientos sociales, Gomá sostiene:

Ya no se puede seguir afirmando que existe una rígida y estable relación de polarización entre actores sociales e instituciones políticas: que unos y otros juegan en campos nítidamente diferenciados con estrategias y discursos sistemáticamente confrontados (...) En mayor o menor grado —por medio de diversos canales de causalidad y a partir de diferentes posiciones en la red de governance— las agendas de gobierno y la toma de decisiones públicas están siendo orientadas, influidas o directamente conformadas por la acción de los movimientos sociales. (Goma, 2002 p. 10)

Se destaca que las iniciativas estatales no son procesos aislados de la coyuntura política, de los intereses, las presiones e influencias de diversos actores. De hecho, el proceso de formulación de la agenda gubernamental y el control de la aplicación de las políticas públicas son instancias en las cuales los movimientos sociales pueden llegar a tener la mayor incidencia.

En esta investigación, las políticas públicas son consideradas un proceso compuesto

por varias etapas,²⁹ que van desde la formulación de problemas hasta la evaluación y posterior impacto. En este aspecto, Parson (2007) resalta que las fases suelen superponerse, ya que generan una relación dinámica, y los límites entre las diferentes etapas tienden a desdibujarse. A su vez, existen diversas formas de acercarse al proceso y su análisis.

El proceso de formulación de la agenda es la instancia en la cual los movimientos sociales pueden visibilizar determinadas problemáticas e incluir sus propuestas. Se resalta que la agenda política se limita a una cierta cantidad de “cuestiones”³⁰ que serán atendidas por los gobiernos. Es decisivo, pues, lograr que ciertas demandas se constituyan como situación prioritaria a ser resuelta por los Estados.

En otras palabras, la visibilidad que lleguen a tener determinadas problemáticas —en los medios de comunicación y en la agenda social— y la presión que generen los distintos actores resultarán determinantes para posibilitar que sean atendidas por las instituciones públicas. Además, debe señalarse que no sólo es importante situar determinadas demandas en el itinerario gubernamental, sino también la disputa que se da por la definición del problema que se intenta resolver (López Leiva, 2012).

En esta línea, se puede afirmar que, en el caso específico de las políticas públicas en torno a la economía solidaria, las organizaciones de la Red de Comercio Justo han llevado a cabo diferentes acciones para incidir en la formulación de dichas políticas —o en las instancias de decisión gubernamentales—, y que, en determinadas situaciones, han tenido resultados fructíferos.

A modo de ejemplo, se pueden nombrar las distintas negociaciones que se hicieron para conseguir la gestión del local “Tres Ecologías”, cuando como ya se mencionó, apelando a los diversos canales institucionales de diálogo con la Municipalidad, se logró incidir en el destino de ese espacio de economía social y se firmó un convenio de cesión de

²⁹ En términos de Parson, el ciclo de las políticas públicas se caracteriza por ser un proceso que abarca la identificación del problema y formulación de la agenda, la definición del problema, la identificación de respuestas y soluciones alternativas, la evaluación de opciones, la selección de las políticas públicas, su implementación y evaluación.

³⁰ La “Cuestiones” en las políticas públicas son aquellas necesidades o demandas de los integrantes de la sociedad que logran ser socialmente problematizadas y que implican, con respecto a ellas, una toma de posición por parte del Estado (Oszlack y O'Donnell 1976, p. 109). Esto se debe a que los recursos de una sociedad son limitados, por lo que todos los problemas no logran ser tratados de la misma manera, ni con la misma urgencia.

uso por el cual la Red de Comercio Justo y la Red ENES (Encuentro Nacional de Economía Solidaria) se encuentra a cargo de su funcionamiento.

También se destacan las diferentes reuniones de trabajo que llevan adelante los miembros de la organización Poriajhú con los funcionarios del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Dichos canales de diálogo surgieron a raíz de su articulación con la temática del microcrédito para emprendedores sociales, y a través de esta acción conjunta, se abrieron posibilidades para tratar otras problemáticas. No obstante, con otros organismos estatales y municipios, no han logrado instalar la cuestión de la economía solidaria y su comercialización.

Para los miembros de la Red es indispensable que, en las zonas geográficas donde tienen un gran desarrollo territorial, existan iniciativas que partan desde los gobiernos locales para fomentar y fortalecer el desarrollo de las actividades autogestivas. En palabras de los actores entrevistados:

(...) un sistema económico solidario tiene que necesariamente hacer sintonía con todos los programas, de todos los ministerios, y hacer sintonía con todos los Estados. Con el Estado municipal acá es una vergüenza, porque es imposible. Lo único que hacen es poner trabas. Y nosotros a cada traba le hacemos una propuesta de inclusión. (María, miembro de la Organización Poriajhú, perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 22 de mayo de 2013)

Se destaca que, en los ámbitos estatales que no han tomado en su agenda ninguna de las problemáticas de la economía social, resultan más difíciles para la Red la articulación y el diálogo. Dicha situación genera mayores posibilidades de instancias de confrontación, como afirma un miembro de la organización Poriajhú al referirse al trabajo territorial de la organización en la ciudad de Capitán Bermúdez y el accionar del gobierno local:

(...) nosotros estamos ahí viendo de sostener los espacios para también mostrar disposición y por ahí cambian las cosas. Ellos mismos, por ahí este año no tienen esa prioridad y pueden tenerla el año que viene. Y si no, se la haremos ver. (María, miembro de la Organización Poriajhú, perteneciente a la Red de Comercio Justo del Litoral. Comunicación personal, 22 de mayo de 2013)

En resumidas cuentas, si bien las organizaciones de la red, por su amplia trayectoria y prestigio, tienden a la utilización de canales más “armoniosos” de interacción social, no se excluye la posibilidad de recurrir a los repertorios de protesta y a la confrontación para poder visibilizar determinadas problemáticas y obtener respuestas estatales.

Ante la dificultad que tienen los actores de la red para incidir sobre algunas instituciones públicas, es relevante mencionar que, en muchas oportunidades, las políticas públicas —entre otras iniciativas estatales— son percibidas como un gran enigma para distintos actores sociales (Parson, 2007). La información y el análisis desde la ciencias sociales puede ser un aporte para generar un mayor impacto de los actores de la economía solidaria en la definición de los asuntos y de la agenda gubernamental.

En este trabajo, se considera que es fundamental la investigación de este campo de problemas desde el punto de vista de las ciencias sociales, así como el compromiso de los profesionales con la acción pública mediante el aporte que puedan brindar para la identificación y resolución de problemáticas. En todo caso, se debe tener en cuenta a los distintos actores involucrados en el campo de la economía social, así como las características específicas de los sujetos y de sus producciones, para poder abordar dicha área de un modo integral. En este sentido, coincidimos con Bourdieu (2002) al afirmar que:

El investigador no es ni un profeta, ni un faro intelectual. Debe inventar un nuevo rol, muy difícil: debe escuchar, debe investigar e inventar; debe intentar ayudar a los organismos que tienen por misión (...) resistir la política neoliberal; debe darse como tarea asistirlos proveyéndolos de instrumentos. (p. 1)

Al respecto, se considera que es posible una contribución, desde el campo de la Ciencia Política, en cuanto a la relación entre políticas públicas y movimientos sociales. No sólo en el análisis de la disputa por el sentido, el poder y los espacios que se da entre estos actores, sino también en la generación de programas que respondan a las necesidades de la población. En este trabajo se sostiene que, a través del fomento y difusión de la economía solidaria, se puede contribuir a un modelo de desarrollo más inclusivo y sustentable.

3.9. A modo de síntesis

En este capítulo se aborda la experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral dentro del movimiento de economía solidaria porque, a diferencia de otras articulaciones de organizaciones, este espacio presenta gran perdurabilidad y proyección. Esto también se debe a la consolidación de los vínculos y lazos sociales entre los diferentes actores y la rica convivencia que lograron a pesar de las particularidades y diferencias.

La solidez de la articulación y los objetivos en común que tienen dentro de la Red les hace posible generar sus propias estrategias de supervivencia, y asumen un papel importante en la lucha contra la pobreza y la exclusión social. En este sentido, la Red de Comercio Justo, a través de los nodos de comercialización, ha asegurado a muchos productores una capacidad de venta que les permite proyectar y mantenerse dentro de la economía social.

Además, dicho colectivo realiza un abordaje integral de las problemáticas de la economía solidaria; como desarrollamos a lo largo de este capítulo, su acción no se limita a asegurar a los emprendedores la compra de ciertos productos de manera regular. También, a través del despliegue de distintas estrategias, les dan la posibilidad de mejorar su calidad de vida, imaginarse insertos en otras escalas de producción y poder apropiarse de distintas herramientas que tienen a su alcance, ya sean públicas o privadas.

Las estrategias que se piensan desde los mismos actores al momento de influenciar en las políticas públicas y en la acción estatal son, en este sentido, mejor canalizadas hacia el movimiento por las organizaciones sociales. En términos de Elizabet Jelin (2012):

En este nuevo contexto, los actores sociales y los movimientos, tienen un rol doble, por un lado son sistemas colectivos de reconocimiento social, que expresan identidades colectivas viejas y nuevas, con contenidos culturales y simbólicos importantes. Por otro son intermediarios políticos no partidarios, que traen las necesidades y demandas de las voces no articuladas a la esfera pública, las vinculan con los aparatos institucionales del Estado. (p. 42)

En este sentido, es importante resaltar la interacción de estos colectivos con los distintos organismos públicos en la coyuntura actual. Como se ha analizado en el capítulo anterior, en los últimos años hay un incentivo a la economía social muy importante, pero la contención de las organizaciones es fundamental. En esta línea, no es difícil entender que

los “Banquitos de la Buena Fe”, como herramienta de microcrédito, hayan tenido un gran impacto al ser ejecutados en el territorio en forma conjunta con distintas organizaciones que están vinculadas al área de la economía social.

La Red se puede entender como un proceso de transformaciones lentas y graduales que crean, con el tiempo, enclaves de solidaridad y dan “batalla al mercado”. En este trabajo, se considera que la labor que realizan todas las organizaciones es fundamental para poder mantener estos emprendimientos de economía solidaria en el tiempo; asimismo, son reafirmados a través de las redes que se tejen, los lazos solidarios de trabajo y por la contención que brindan.

Un problema que atraviesa a la mayoría de los emprendimientos asociativos es el de generar herramientas de sustentabilidad en su autogestión, debido a la heterogeneidad de recursos comunicacionales, económicos, educativos, culturales que provoca el efecto de desigualar productos; al respecto, es crucial el apoyo territorial de las organizaciones. De esta manera, se comparte la siguiente afirmación:

Los movimientos sociales conjugan en sí un conjunto de factores objetivos y de naturaleza política y económica; así como factores subjetivos e ideológicos que propician un sentido único respondiendo a un cúmulo de intereses, dirección y sentido a su accionar acordes al momento socio-histórico en que cada movimiento se desenvuelve. (Ocampo Banda, 2008, s/p)

Son estrategias que abren las puertas para un proceso de transformaciones lentas y graduales en direcciones no capitalistas y crean, con el tiempo, enclaves de solidaridad en el mercado. En esta investigación, como ya se ha dicho, se considera que la labor que realizan todas las organizaciones sociales y movimiento sociales es fundamental para poder mantener estos emprendimientos de economía solidaria. El trabajo territorial se fortalece con el tiempo —y a través de las redes que se crean— e interpela distintos saberes y valores que están operando de forma contradictoria y como tensiones dentro del movimiento de la economía solidaria.

Capítulo 4

Conclusiones y reflexiones finales

En la presente investigación se parte de la premisa de que la economía solidaria es un movimiento heterogéneo, comprendido por distintas formas asociativas y trabajo autogestivo que inscribe su aparición en los años noventa, en un campo de acción histórico determinado. Es decir, en una coyuntura específica en la que se sucedieron grandes transformaciones a partir de “reformas estructurales” bajo el signo del neoliberalismo. Como ya se ha dicho, no sólo fueron las transformaciones políticas y económicas, sino también una nueva situación que implicó una alteración en la denominada “cuestión social”, la cual ha tenido como marco central el empobrecimiento, la precarización de las condiciones laborales y el desempleo masivo.

Tal entorno posibilitó y condicionó la emergencia de las diferentes experiencias de autogestión. Es decir, se han incorporado en esta investigación elementos del contexto económico, social y político que determinan estas interacciones sociales así como las respuestas espontáneas que ha dado nuestra sociedad a la crisis económica y al desempleo. Además, aquellos factores nos permiten entender por qué, en un principio, tales experiencias de autogestión se caracterizaron por estar más vinculadas a la necesidad que a la posibilidad de pensar en “otras economías posibles” y se perfilaron como una respuesta pro-activa ante la pobreza, vulnerabilidad social y la desigualdad que generan los movimientos sociales y los sectores populares.

La autogestión asociada, las experiencias de trueque y las fábricas recuperadas se presentaron, a fines del siglo xx, como un mecanismo capaz de resolver la provisión de alimentos y el uso de su fuerza de trabajo. Muchas de estas nuevas configuraciones y acciones que se produjeron en los territorios son el resultado de la extensión de formas de reciprocidad y de intercambios de productos y servicios que no operan según las lógicas del mercado tradicional.

Se resalta, como punto nodal del contexto de desarrollo de estas experiencias, la crisis de 2001, la cual marcó aquellos sucesos vinculados a la economía solidaria, así como a muchos actores políticos y sociales. La rebelión popular que se venía gestando y se desató el 19 y 20 de diciembre de 2001 descubrió una crisis del modelo neoliberal. En consecuencia, con la consigna “que se vayan todos”, no sólo se exigía la expulsión de toda

la clase política —lo cual es, en sí mismo, un hecho significativo—, sino que también implicó abrir ventanas para la ocupación de una multiplicidad de espacios.

Por otro lado, este momento de inflexión conllevó determinadas transformaciones. Desde el área de injerencia estatal se generaron distintas estrategias y/o paliativos de inclusión social. También, desde la sociedad civil, se han inventado, de modo creativo, innumerables respuestas a la crisis económica y política que van más allá de las metas de muchos movimientos sociales; esto se ha reflejado especialmente en el entramado de acciones plasmadas en el territorio a través de la economía solidaria.

Se destaca que, desde hace varias décadas, los movimientos sociales denuncian e improvisan una multiplicidad de estrategias ante el problema de la profundización de la brecha social, el aumento de la pobreza y la desocupación. El desarrollo de las distintas experiencias de economía solidaria constituye una de las iniciativas que han generado para hacer frente a dichas problemáticas.

En el ámbito estatal, se destacan, en el periodo post-convertibilidad, variadas iniciativas de contención social; es decir, se percibe una diferencia sustancial entre las políticas gubernamentales aplicadas en este lapso y los subsidios y políticas sociales de la segunda mitad de los años noventa, los cuales eran puntuales y transitorios.

En la gestión actual nos encontramos con una gran variedad de programas y subsidios masivos y permanentes. En consecuencia, se registra una multiplicidad de políticas y programas de promoción de economía social y solidaria llevadas a cabo por el Estado desde sus distintos niveles y agencias. Sobresalen, el Plan de Desarrollo Territorial y Economía Social “Manos a la obra”, y El Programa Nacional de Microcrédito para la Economía Social y Solidaria, que a través los distintos “Banquitos de la Buena Fe” llegaron, mediante la acción coordinada con distintas organizaciones sociales, a una población considerable. Asimismo, surge el programa “Marca colectiva”, o la posibilidad de formalizar la actividad desarrollada a través del “Monotributo social”, por mencionar los puntos más importantes a nivel nacional. También en el nivel provincial y municipal se han generado innumerables iniciativas. Se puede sintetizar que, en el período 2003-2006, se han creado distintos organismos en gran magnitud.

Cabe destacar que, si bien hay un gran fomento desde los distintos niveles estatales al desarrollo de la economía solidaria en comparación a las décadas anteriores, este impulso no sólo está vinculado a una voluntad política de ciertos actores gubernamentales, sino que

tienen un papel muy importante las distintas acciones llevadas a cabo por los movimientos sociales y sectores populares en la promoción, defensa y fortalecimiento de dichas experiencias. Además, muchas políticas sociales se llevan a cabo a través de la cogestión. En este sentido, se destacan el arduo trabajo y entretendido que forman las organizaciones sociales y las distintas relaciones de poder que han consolidado en el campo de la economía solidaria.

Esta afirmación, sin embargo, no desconoce los grandes desafíos y limitantes que enfrenta el movimiento de la economía solidaria. Si bien esta “otra economía” se constituye como una importante herramienta de inserción social, una gran cantidad de personas que están insertas en ella se encuentran atravesadas por situaciones socioeconómicas de gran vulnerabilidad y por una gran preocupación por la supervivencia diaria. Dicha situación no es un problema menor, ya que dificulta su consolidación y proyección como movimiento.

Según hemos desarrollado a lo largo de esta investigación, los emprendimientos autogestivos compiten en forma desigual en el mercado tradicional. Aquí radica, ante todo, la importancia de los circuitos de comercialización alternativos para el desarrollo y continuidad de dichas experiencias. Si bien a nivel estatal se llevan a cabo diferentes iniciativas de fortalecimiento de los sistemas de ferias, estas acciones tienen un carácter residual y, hasta el momento, se carece de un abordaje estatal de la economía solidaria que contemple la necesidad de ampliar y consolidar los denominados “mercados sociales” o “mercados alternativos”.

Por lo anteriormente expuesto, se profundiza la dependencia de los emprendimientos autogestivos con respecto a las estrategias que despliegan los movimientos sociales y los sectores populares para lograr una mayor inserción de las producciones. También se evidencia la dependencia de las tácticas que se llevan a cabo para colocar en la agenda pública, por un lado, la problemática de la comercialización de la economía solidaria, y por el otro, la importancia del fomento y desarrollo del comercio justo en nuestro territorio.

También están presentes los desafíos de apelar a legislaciones adecuadas para las características de los distintos emprendimientos autogestivos y obtenerlas; éstas van desde leyes de expropiación para los trabajadores de fábricas recuperadas, reglamentaciones bromatológicas específicas para los pequeños productores, leyes de promoción de la economía social, hasta la profundización de leyes de protección social, entre las más importantes. En este sentido, se consideran decisivas las estrategias que generen las

organizaciones sociales para poder aprovechar las condiciones políticas favorables y sortear los impedimentos como una forma de conseguir mejores condiciones para el desarrollo de la economía solidaria.

En esta investigación, se aborda, asimismo, el debate en torno a la economía social y solidaria y se recorren diferentes vertientes y conceptos para analizar estas prácticas que todavía se están construyendo. Se afirma que la discusión se halla lejos de estar agotada, y que ninguno de estos términos se ajusta para abarcar la multiplicidad de experiencias autogestivas que pertenecen a este heterogéneo movimiento.

Como se ha podido observar a lo largo del trabajo de campo, la problemática de las denominaciones se encuentra en una tensión permanente, no sólo en el ámbito académico, sino dentro del movimiento de la economía solidaria. No es una cuestión menor que el nombre, que es parte de la identidad de los sujetos, sea reconocido como objeto de distintas tensiones.

Las diferentes concepciones que aparecen en el debate teórico también se inscriben en los territorios. Y como se mencionó anteriormente, ello implica el modo en que los mismos actores se definen, ya que los agentes del movimiento de economía solidaria son un colectivo en busca de una identidad. El nombre no es, pues, un tema superficial, sino que es un problema central. Implica la forma en que nos presentamos en la sociedad y a quiénes nos referimos cuando usamos un “nosotros”. Los mismos agentes buscan no ser definidos por su carencia o por su situación de vulnerabilidad, sino por su práctica y por su modo de entender la economía y la sociedad.

Se considera importante realizar un abordaje de las conceptualizaciones que, con sus diferentes matices y posicionamientos ideológicos, operan en el campo científico y en los distintos actores sociales. Y se ha optado por reconstruir una definición de economía solidaria retomando algunos elementos claves de las distintas corrientes teóricas y de las percepciones que los mismos actores han puesto en juego, en pos de obtener así una herramienta para aproximarnos a analizar, dentro del movimiento de la economía solidaria, la Red de Comercio Justo del Litoral.

En esta investigación se prefiere el término “economía solidaria”; ésta se entiende como un movimiento social heterogéneo, pleno de tensiones y contradicciones. La economía solidaria ha sido definida como un proceso que se caracteriza por estar en permanente construcción, en el que sus integrantes crean distintas herramientas de inserción

social y apuestan a generar y construir lógicas y relaciones económicas más equitativas, teniendo como objetivo o meta democratizar, al menos un poco, la economía. Asimismo, buscan conseguir, a través de estas formas autogestivas y asociativas, “un buen vivir”. En este sentido, la solidaridad adquiere un carácter central en la creación o recreación de lazos sociales y relaciones económicas más justas y humanitarias.

Es importante destacar aquí el papel que juega el “conflicto.” En todo movimiento social, como desarrolla Touraine (1998), la identidad no puede constituirse sin el momento de “la oposición”; es decir, no se podría pensar en esta “otra economía” sin la oposición a ciertas lógicas del capitalismo. En esta dirección, se destaca que, en el terreno de la economía solidaria, se presenta la particularidad de que estas resistencias a las reglas del mercado se caracterizan, fundamentalmente, por materializar la relación conflictual a través de prácticas sociales que diseminan distintas alternativas de inserción socioeconómica y ensayan, permanentemente, estrategias que funcionan a través de otras lógicas más democráticas e inclusivas. Lo anterior no excluye que se realicen acciones colectivas que permitan visibilizar e influir en las agendas y en las políticas públicas.

Aquí radica la importancia de indagar sobre las estrategias socioeconómicas llevadas a cabo desde el movimiento de la economía solidaria para promover la generación de ingresos y la inclusión social de sectores de gran vulnerabilidad.

En este trabajo, se analiza el caso específico de la Red de Comercio Justo del Litoral para proceder no sólo a acercarse a los discursos de los actores, sino también a sus distintas prácticas; es decir, producir un acercamiento a cómo piensan, se expresan y actúan los integrantes del movimiento.

Esta experiencia aglutina a distintas organizaciones sociales con importantes trayectorias y prácticas en el campo de esta “otra economía”. Actualmente, la Red excedió los límites geográficos del litoral y está integrada por las siguientes organizaciones: Poriajhú, de Capitán Bermúdez; las mujeres tejedoras de Lalen, de Granadero Baigorria; Editorial Último Recurso, de Rosario; la Asamblearia, de Buenos Aires; la organización AFIH, de la Banda; la granja agrológica La Verdecita, de Santa Fe; y Mercado Solidario, de Rosario.

La Red se caracteriza por generar circuitos económicos alternativos, los cuales están integrados por más de cuarenta organizaciones, y además, por generar encuentros y vínculos permanentes para abordar e intentar crear soluciones a las problemáticas que están presentes

en las distintas experiencias autogestivas.

La Red surge a través de un entramado de acciones y prácticas, ante la necesidad, por un lado, de influir en “el cuello de botella” que es la comercialización y, por otro lado, de generar estrategias opositoras a la lógica de la reventa. A través de dicha articulación, inventaron distintas tácticas que han permitido a muchos actores lograr una subsistencia mediante la economía solidaria. En este sentido, es relevante la gran capacidad de comercialización que han adquirido, ya que muchas organizaciones han manifestado que insertaron toda su producción, o al menos un alto porcentaje de ella, a través de dichos circuitos; en total ingresan en los “Nodos de distribución y comercialización solidaria” alrededor de cuarenta o cincuenta organizaciones de productores.

La experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral, abordada en el capítulo tercero, se puede sintetizar bajo la idea de “sintonía”. Tal como la proponen sus integrantes, implica entender las dimensiones políticas, sociales, culturales y económicas de las relaciones sociales y de la producción. Este es el sentido de pensar la economía solidaria como un abordaje integral que, a través de una mejora en la situación económica de una persona, transforma otros aspectos de la vida.

Las problemáticas atendidas por este espacio y a las que han podido dar una respuesta las organizaciones son aquellas que se manifiestan en el territorio y que, día a día, atraviesan a las experiencias autogestivas. A través de estas instancias de articulación, se materializan distintas propuestas que, a veces, son impulsadas por los mismos emprendedores; desde la red se las canaliza y se intenta resolverlas con los recursos disponibles; o bien se procura influir en la agenda pública para afrontar las distintas adversidades que atraviesan actualmente los actores de la economía solidaria.

Lo anterior no implica desconocer las problemáticas que no han sido resueltas debido a las limitaciones del accionar de la Red, y que enfrentan los distintos emprendimientos. No obstante, las organizaciones miembros generan una gran contención para los actores que intervienen en estos espacios.

Por otro lado, sobresale en esta experiencia la convivencia de los distintos actores y la perdurabilidad de los nodos de distribución. Es importante resaltarlos, ya que no muchas acciones colectivas tienen la capacidad de persistencia y proyección que tiene esta articulación entre organizaciones.

Cabe destacar que, en torno a la problemática de generar relaciones comerciales más

justas y equitativas, en nuestra región no hay un abordaje relevante desde las lógicas estatales; actualmente, este aspecto se incluye en los programas y políticas públicas, básicamente, a través de la promoción de las ferias.

En el presente trabajo se afirma que hay una gran necesidad de generar políticas públicas que respondan a la problemática de la inserción de los productos de economía social, pues se considera que, para lograr un sólido mercado social “formal”, hay que abordar la cuestión de la comercialización de manera integral. Es decir, se debe atender a los distintos aspectos de la economía solidaria; por ejemplo, la publicidad y promoción de los mercados sociales y de los emprendimientos autogestivos —ya que esto permitiría lograr el reconocimiento de la ciudadanía—; también, promover el desarrollo de normativas específicas —con exigencias acordes al tipo de producción realizada— para la generación de redes de traslados sustentables y de bajo costo.

Los distintos circuitos de comercialización o los debates que se han llevado a cabo lo han hecho, específicamente, a través de construcciones y prácticas “desde abajo y para los de abajo”; surgidas, por lo tanto, desde las necesidades de los distintos actores.

En este sentido, se afirma que, si bien hay un importante fomento estatal en torno a la economía solidaria, ésta se mantiene muy vinculada a la acción de los movimientos sociales y de distintas organizaciones. Una cantidad relevante de experiencias autogestivas sobrevive gracias al apoyo y la contención de estos actores, dado su amplio conocimiento y las prácticas que llevan a cabo en los territorios, como es posible constatar a través del acercamiento a la experiencia de la Red de Comercio Justo del Litoral.

La interacción del movimiento de la economía solidaria con los organismos estatales es un punto fundamental. Por un lado, por el acceso a políticas públicas que se ejecutan para su promoción, lo que también implica la disponibilidad de herramientas para el desarrollo de las experiencias de autogestión y mejores condiciones políticas para la interacción con las instituciones estatales; y por otro lado, por la gran necesidad de crear legislaciones acordes para estos actores sociales.

Se ha intentado, pues, sintetizar aquí algunos de los supuestos que guiaron esta investigación y otros que surgieron como resultado de dicho proceso de indagación. Ello no implica considerar estas palabras como un cierre. Por el contrario, este trabajo es entendido también como un disparador para seguir interrogando el movimiento. Además, se resalta la gran vacancia de estudios existente en la Ciencia Política en el campo de los movimientos

sociales y su relación con la economía solidaria.

En este sentido, se resalta la disponibilidad de un amplio horizonte en la región para profundizar el estudio de experiencias tan significativas como La Red de Comercio Justo del Litoral; así como la posibilidad de analizar a los mismos actores en una coyuntura futura, y de este modo, explorar la continuidad o inmanencia de la experiencia y las alteraciones en la configuraciones sociales que se van generando.

Además, no se debe dejar de señalar la relevancia de reflexionar en profundidad sobre la construcción de esta “otra economía”, la cual abre la posibilidad de seguir interrogándonos sobre los problemas que enfrentamos, y qué riesgos y qué oportunidades se presentan para seguir avanzando en su construcción. Quizás de este modo sea viable medir el alcance que pueden tener estos procesos generados “desde abajo y para los de abajo”, y vislumbrar las ricas posibilidades de pensar en otro tipo de desarrollo.

Referencias bibliográficas

- Ablin, Amalie (2012, agosto). *El supermercado argentino*. Informe del Área de Industria Agroalimentaria, Dirección de Promoción de la Calidad de Productos Agrícolas y Forestales de la Subsecretaría de Agregado de Valor y Nuevas Tecnologías de la Nación. Disponible en http://www.alimentosargentinos.gov.ar/contenido/sectores/niveldeactividad/08Ago_2012_supermercado.pdf
- Amaral Marques, Paulo Lisandro (2009, diciembre). La economía solidaria como nuevo movimiento social contemporáneo. *NEXE* (25). Barcelona, España. Obtenido el 12 de junio de 2013, de http://www.nexe.coop/nexe/index.php?option=com_content&view=article&id=1%3Aleconomia-solidaria-com-a-nou-moviment-social-contemporani&catid=3%3Atextos&lang=es
- Angelone, Juan Pablo, (2003). Reflexiones sobre los movimientos sociales de lucha contra el neoliberalismo en América Latina. *Anuario del departamento de sociología, volumen II*. Rosario, Argentina: Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR.
- Antunes, Ricardo (1999). *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Argentina: Editorial Antídoto.
- Arfuch, Leonor (2005). *Identidades, sujetos, subjetividades*. (2da. Edición). Buenos Aires, Argentina: Prometeo. Obtenido el 01 de julio de 2014, de http://historiaiuna.com.ar/wp-content/material/2013_arfuch_cap-identidad.pdf
- Auyero, Javier (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la argentina democrática*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Rojas (UBA).
- Barbeito, Alberto y Lo Vuolo, Rubén (1995). *La Modernización Excluyente. Transformación Económica y estado de Bienestar en Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Bonet, Alberto (2011). Diciembre de 2001: la resistencia de los ajustados. *Herramienta*

- (46). Obtenido el 15 de julio de 2014, de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-46/diciembre-de-2001-la-resistencia-de-los-ajustados>
- Bourdieu, Pierre (2002, febrero). Los investigadores y el movimiento social. *Le Monde Diplomatique, El Dipló*. Buenos Aires, Argentina. Disponible on line en sitio web: www.eldiplo.org
- Caggiano, Sergio, Jelin, Elizabeth y Mombello, Laura (2011). *Por Los derechos. Mujeres y Hombres en la Acción Colectiva*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.
- Carpio, Jorge y Novacovski, Irene (1999). La cuestión social en los años 90 en Argentina. En Carpio, Jorge y Novacovski, Irene (Coords.), *De Igual a Igual*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura Económica.
- Castel, Robert (2009). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. 9na. Edición. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Cuenya, Beatriz, Fidel, Carlos y Herzer, Hilda (coords.) (2004). *Fragmentos sociales. Problemas Urbanos de la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Cunill Grau, Nuria (1995). La rearticulación de las relaciones Estado sociedad: en búsqueda de nuevos sentidos. *CLAD, Reforma y Democracia* (4). Obtenido el 16 de agosto de 2013, de <http://www.clad.org/portal/publicaciones-del-clad/revista-clad-reforma-democracia/articulos/004-julio-1995/0025400.pdf>
- Cohen, Jean y Arato, Andrew (2000). *Sociedad civil y teoría política*. México: FCE.
- Coraggio, José Luis (2002). La economía social como vía para otro desarrollo social. *Biblioteca Virtual TOP sobre Gestión Pública*. Obtenido el 01 de febrero de 2015, de www.top.org.ar/publicac.htm
- (2007). Una perspectiva alternativa para la economía social. En Coraggio, José Luis (org.), *La economía Social desde la periferia*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- (2010). Redistribución fiscal y regulación del mercado no son suficientes para superar neoliberalismo, es necesario hacerse cargo de la producción. *IV Encuentro internacional de Economía Política y Derechos Humanos*. Buenos Aires,

Argentina. Obtenido el 02 de agosto de 2014, de <http://www.cronicon.net/paginas/pensamientoeconomico/economiasocialidaria1.htm>

————— (2011, noviembre). Economía social y solidaria: las relaciones entre conocimiento y políticas públicas. Documento presentado en el seminario-taller internacional Políticas públicas para la economía social y solidaria: líneas de investigación. IAEN, noviembre 2011.

Coraggio, José Luis y Arancibia, Inés (2004, mayo). Recuperando la economía: Entre la cuestión social y la intervención social. Ponencia presentada en el Congreso Nacional de Trabajo social: De Araxá a Mar del Plata “35 años de trabajo social latinoamericano”. Obtenido el 02 de enero de 2015, de <http://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/download/40153/43080>

Dabas, Elina (2001). Redes Sociales: niveles de abordaje en la intervención y organización en red. Obtenido el 27 de agosto de 2013, de http://www.google.com.ar/url?sa=t&rct=j&q=dabas%20redes%20sociales&source=web&cd=1&cad=rja&ved=0CCwQFjAA&url=http%3F%2Fwww.santafe.gov.ar%2Findex.php%2Fweb%2Fcontent%2Fdownload%2F71292%2F345905%2F&ei=8qwcUvySLoGjigL6o4HIBg&usg=AFQjCNEZ_LQcGPPfiCOtJxujEWPZyPZMXw&bvm=bv.51156542,d.cGE

De Melo Lisboa, Amando (2004). El Tercer Sector. Obtenido el 07 de julio de 2014, de http://www.tau.org.ar/upload/89f0c2b656ca02ff45ef61a4f2e5bf24/tercer_sector.pdf

De Piero, Sergio (2005). *Organizaciones de la sociedad civil*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Escobar, Arturo, Álvarez, Sonia y Dagnino, Evelina (2001). *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales Latinoamericanos*. Colombia: TAURUS ICANH.

Federico-Sabaté, Alberto (2007). ¿Es posible otra economía? Asambleas vecinales y recuperación de empresas. En Coraggio, José Luis (coord.), *La economía social desde la periferia*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.

Félez, Mariano (2011). ¿Neodesarrollismo: más allá del neoliberalismo? Desarrollo y crisis

- capitalista en Argentina desde los 90. *THEOMAI* (23). Buenos Aires, Argentina. Obtenido el 02 de junio de 2014, de <http://revista-theomai.unq.edu.ar/>
- Figuroa, Oscar, Figuroa, Nincen, Illarramendi, Pilar y Mac-Clure, Oscar (2011, abril). Políticas Públicas y desigualdad: Influencia de dos Movimientos Sociales. VI Congreso Chileno de Sociología y Pre Alas 2011. Obtenido el 02 de junio de 2014, de http://www.desigualdades.cl/wp-content/uploads/2011/05/MACCLURE_FIGUEROA.pdf
- Flores, Martín (2006). Reflexiones sobre economía solidaria. Obtenido el 16 de agosto de 2013, de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=44052>
- Fontecob, Ariel (2003). Economía Solidaria y Organizaciones Sociales. La experiencia de la Cooperativa ‘La Asamblearia’. Presentado en el Seminario “De la Globalización a la Economía Solidaria”. Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Obtenido el 28 de mayo de 2014, de http://www.equitativo.com.ar/icecor/documentos/doc_economiasolyorg.sociales.htm
- Fraser, Ronal, Moss, William, Portelli, Alessandro (1991). *La historia oral*. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Galeano, Eduardo (1992). *Ser como ellos y otros artículos*. Madrid: SigloXXI.
- Gambina, Julio (2013). A diez años del Kirchnerismo: el capitalismo local entre la coyuntura y estructura. *Herramienta* (33). Obtenido el 12 de julio de 2014, de www.herramienta.com.ar
- García Guerriero, Luciana (2010). Espacios de articulación, Redes autogestivas e intercambios alternativos en la ciudad de Buenos Aires. *Otra economía* IV. Obtenido el 20 de septiembre de 2014, de [www.riless.org/otra economía](http://www.riless.org/otra%20economia)
- Gaiger, Luiz (2007). La economía solidaria y el Capitalismo. En Coraggio, José Luis (org.), *La economía Social desde la periferia*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- Gendron, Corinne, Palma Torres, Arturo y Bisailon, Veronique (2012). *El comercio justo. Hacia nuevas formas de gobierno en el intercambio global*. Buenos Aires, Argentina: Libros de la Araucaria.

- Giorgi, Claudia [Cemupro] (22/05/2014). Experiencias de autogestión. Cooperativa La Asamblearia de Buenos Aires. [Archivo de video]. Vídeo presentado en el 13° Foro Social, Económico y Político. Obtenido el 26 de noviembre de 2014, de <https://www.youtube.com/watch?v=PyBZ8nEY3Ts>
- Guerra, Pablo (org.) (2007). ¿Cómo denominar a las experiencias económicas solidarias basadas en el trabajo? Diálogo entre académicos latinoamericanos acerca de la polémica conceptual. *Otra Economía* I (1). Buenos Aires, Argentina. Obtenido el 27 de agosto de 2013, de www.riless.org/otraeconomia
- Goma, Ricard, Ibarra, Pedro, González, Robert y Martí, Salvador (2002). Movimientos sociales, políticas públicas y democracia Radical: Algunas cuestiones introductorias. En Ibarra Güell, Pedro, Martí i Puig, Salvador y Gomà, Ricard (coords.), *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona: Icara.
- Hintze, Susana y Deux, María Victoria (2007). La relación Estado-sociedad en las políticas públicas de promoción de la Economía Social y Solidaria. V Jornadas Internacionales de Estado y Sociedad, “Estado y sociedad en la búsqueda de nuevos roles”. Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires. Obtenido el 10 de agosto de 2013, de http://www.ungs.edu.ar/areas/institutos_ico/4/
- Hintze, Susana (2003) Estado y políticas publicas: acerca de la especificidad de la gestión de políticas para la economía social y solidaria. Ponencia presentada al II Congreso Argentino de Administración pública, Sociedad; Estado y Administración. Obtenido el 07 de noviembre de 2013, de <http://www.ag.org.ar/2congreso/Ponencias/Hintzes.pdf>
- Holloway, John (2011). Que se vayan todos (QSVT), 10 años. *Herramienta* (46). Obtenido el 23 de julio de 2014, de www.herramienta.com.ar
- Iglesias, Esteban (2010). *Democracia y protesta social. Los orígenes de la protesta piquetera en la ciudad de Rosario*. Rosario: Laborde Editor.
- Instituto de la Cooperación, Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica (1998). *¿Qué... Quién... Cómo... Cuando... en el cooperativismo*. Capital Federal:

Ediciones Idelcoop.

Jelin, Elizabeth (2005). Los derechos humanos entre el Estado y la sociedad. En Suriano, Juan (coord.), *La nueva historia argentina. Tomo X: Dictadura y democracia*. Buenos Aires: Sudamericana.

Jelin, Elizabet, Caggiano, Sergio, Monbello, Laura (2011). *Por los derechos. Mujeres y Hombres en la acción colectiva*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Trilce.

Laville, Jean-Luis (2007). La Economía Social en Europa. *Otra Economía I (I)*. Obtenido el 08 de abril de 2014, de www.riless.org/otraeconomia

López Leyva, Miguel (2012). Los movimientos sociales y su influencia en el ciclo de las políticas públicas. *Región y Sociedad*, año XXIV (55). Obtenido el 03 de enero del 2015, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1870-39252012000300005&script=sci_arttext

Lo Vuolo, Rubén (2001). *Alternativas. La economía como cuestión social*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Altamira.

Melucci, Alberto (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México. Centro de Estudios Sociológicos.

————— (1999). Esfera pública y democracia en la era de la información. *Metapolítica* 3 (9). México.

Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gola.

Monzón, José Luis y Defourny, Jacques (1993). *La economía Social: tercer sector de un nuevo escenario” Curso asociativismo y Economía Solidaria*. Obtenido el 27 de junio de 2014, de <http://www.unida.org.ar/Bibliografia/documentos/M4%20ONG%20y%20DL%20Bs%20As/Economia%20Social%20Monzon%20Defourny.doc>

Murillo, Susana (2008). *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañon*. Buenos Aires: CLACSO.

Mustapic, Ana María (2000, enero-marzo). Oficialistas y diputados: las relaciones

Ejecutivo-Legislativo en la Argentina. *Desarrollo Económico* 39 (156). Obtenido el 20 de abril de 2014, de <http://www.observatorioelectoral.org/biblioteca/?bookID=20&page=0>

Nosetto, Luciano (2005, noviembre). La economía social como sustrato de trabajo humano. *VII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina De Análisis Político*. Obtenido el 20 de julio de 2013, de <http://www.aset.org.ar/congresos/7congreso.htm>

Ocampo Banda, Luis (2008). La re-definición del Estado y los movimientos sociales en América Latina. *THEOMAI* (18). Obtenido el 24 de marzo de 2011, de <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero18/ocampo.pdf>

Oszlack, Oscar y O'Donnell, Guillermo (1976). *Estado y políticas estatales en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CEDES.

Oxoby, Paula (2010, primer semestre). Una aproximación a la divergencias e implicaciones de los distintos abordajes a la Economía social: países centrales europeos y américa latina. *Otra economía* IV (6). Obtenido el 25 de marzo de 2013, de www.riless.org/otraeconomia

Palomino, Héctor (2004). La Argentina hoy: Los movimientos sociales. *Herramienta* (27). Obtenido el 20 de julio de 2013, de <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-27/la-argentina-hoy-los-movimientos-sociales>

————— (2005). Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales”. En Suriano, Juan (coord.), *La nueva historia argentina. Tomo X. dictadura y democracia*. Buenos Aires: Sudamericana.

Palti, Elías José (2008). *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

Parson, Wayne (2007). *Políticas Públicas. Una introducción a la teoría y la práctica del análisis de políticas públicas*. México: Miño & Dávila, coeditado con FLACSO

Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster, Federico (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después del 2001*. Argentina: Al Margen.

- Porto-Gonçalves, Carlos (2001). *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.
- (2009). De saberes y territorios: diversidad y emancipación a partir de las experiencia latino-americana. *Polis* 8 (22). Universidad bolivariana. Obtenido el 24 de septiembre de 2014, de biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100817091913/saberes.pdf
- Quijano, Aníbal (2007). ¿Sistemas alternativos de producción?. En Coraggio, José Luis (org.), *La economía Social desde la periferia*. Buenos Aires: Altamira.
- Razetto, Luis (1997). *El Factor "C"*. Obtenido el 10 de agosto de 2013, de www.economiasolidaria.org/files/el_factor_c.pdf
- Razeto Migliaro, Luis (2007). La Economía de la solidaridad: concepto, realidad y proyecto. En Coraggio, José Luis (org.), *La economía Social desde la periferia*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- Scherer-Warren, Lise (2005). Redes sociales y de movimientos en la sociedad de la información. *Nueva Sociedad* (196). Buenos Aires, Argentina. Obtenido el 24 de septiembre de 2014, de www.nuso.org/upload/articulos/3250_1.pdf Página 78-79
- Schuster, Federico, Pereyra, Sebastián, Nardacchione, Gabriel y Naishtat, Francisco (2005). *Tomar la Palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Seoane, José, Taddei, Emilio y Algranti, Clara (2006). Las Nuevas configuraciones de los nuevos movimientos populares en América Latina. En: Boron, Atilio A. y Lechini, Gladys (eds.), *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Smulovitz, Catalina y Urribarri, Daniela (2008). Organizaciones Sociales e Incidencia en Políticas Públicas. Actores y Contexto en el Caso Argentino. Río de Janeiro, Brasil: Centro Edelstein. Obtenido el 24 de septiembre de 2014, de <http://gestionsocial.org/archivos/00000824/OrganizacionesSociales.pdf>
- Sosa, Ruth (2004). Trabajo, empleo y contexto de sus transformaciones. En Pereyra, Kelly,

- Schujman, Mario, Tomatis, Karina y Peixoto de alburqueque, Paulo (comps.), *Economía social y solidaria. Praxis, vivencias e intenciones*. Rosario: Ediciones Del Revés.
- Suriano, Juan (2000). Introducción: una aproximación a la definición de la cuestión social en Argentina. En Suriano, Juan (comp.), *La cuestión social en Argentina (1870-1943)*. Buenos Aires: La Colmena.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, Maristella (2008). *Cambio de Época. Movimientos Sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2008). Argentina: una cartografía de las resistencias (2003-2008) Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo. OSAL X (24). Obtenido el 02 de octubre de 2014, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal24/02svampa.pdf>
- (2006). *La sociedad Excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Stanley, Jo (2002). Incluir los sentimientos: darse a conocer a uno mismo a través del testimonio político personal. *Nuevo Mundo*. Francia. Disponible on line en <http://nuevomundo.revues.org/67400>.
- Thompson, Paul (2004). Historia oral y contemporaneidad. *Anuario de la Escuela de Historia. Historia, memoria y pasado reciente* (20). Rosario: Homo Sapiens.
- Touraine, Alain (1998). *La producción de la sociedad*. México: Universidad nacional de Mexico.
- Tobío, Omar (2010). Entre el Estado y los movimientos sociales: sobre la recreación de lo público en función de la planificación territorial. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales universidad de Barcelona* XIV (331). Obtenido del 30 de septiembre de 2014, de <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-331/sn-331-43.htm>
- Vidal, Isabel (2009). Capítulo 6. Economía Social. Centro de investigación de economía y

sociedad. En Taylor, R. (ed.) *Third Sector Research*.. New York: Springer.

Zibechi, Raúl (2003). Los Movimientos sociales latinoamericanos: Tendencias y desafíos. *Osal* (9). Buenos Aires, Argentina: Clacso. Obtenido el 08 de octubre de 2013.

————— (2006). La emancipación como producción de vínculos. En Ceceña, Ester (comp.), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires, Argentina: Clacso. Obtenido el 03 de noviembre de 2014, de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/cece/Raul%20Zibechi.pdf>

————— (2006). Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos. *Osal*, año VII (21). Obtenido el 05 de noviembre de 2014, de <http://www.clacso.org.ar/institucional/1h3.php>

Principales sitios web de Organizaciones Sociales e Instituciones Públicas de Economía Solidaria consultados:

Asociación internacional “*Fair Trade*”: <http://www.ifat.org>

Asociación Europea de Comercio Justo: <http://www.eftafairtrade.org/>

Asociación *Fair trade Labelling Organization*: <http://www.fairtrade.net/>

Asociación *World Fair Trade Organization*: <http://wfto-la.org/>

Colectivo Editorial Último Recurso: www.ultimorecurso.org.a

Centro Ecuménico Poriajhú: www.poriajhu.blogspot.com

Comercio solidario: www.comerciosolidario.org.ar

Cooperativa La Asamblearia: www.asamblearia.blogspot.com

Cooperativa Mercado Solidario: www.mercadosolidariocooperativa.blogspot.com

Enredando. Comunicación para las organizaciones Sociales: <http://www.enredando.org.ar>

Granja agroecológica “La Verdecita”: <http://laverdecita.blogspot.com.ar/>

Mercado Solidario: www.mercadosolidario.com.ar

Ministerio de Desarrollo Social de la Nación: <http://www.desarrollosocial.gov.ar>

Ministerio de Desarrollo Social de Santa Fe: <http://www.santafe.gov.ar>

Municipalidad de Granadero Baigorria: www.baigorria.gov.ar/

Red de redes de economía alternativa y solidaria: <http://www.economiasolidaria.org>

Subsecretaria de Economía Solidaria de la Municipalidad de Rosario:
<http://www.rosario.gov.ar>